



77



H.º L.º M.

"Vida de la Virgen Maria"

"Mítica Ciudad
de Dios" de

San Maria ^{de} Lencina

Ayuda

La famosísima mon-
ja española del siglo

17 venerable Srta. Ma-

ria de León Agreda,

la cual como si fuera

de las visiones espirituales

que se decía tener, es-

cribió la

Vida de la Virgen María

RESÚMEN

DE LA

VIDA DE MARÍA SANTÍSIMA,

SACADO DE LA MÍSTICA CIUDAD DE DIOS

que escribió Sor María de Jesús,

POR

D. Juan Güell, Pbro.,

CURA-PÁRROCO.

AUMENTADA POR EL MISMO.

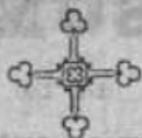
~~~~~  
Tercera edición.  
~~~~~

Con licencia eclesiástica.



VICH:

Imprenta y librería de Ramón Anglada,
1897.



Printed and Published by J. W. & J. S. GARDNER, 10, N. 2d St., N. Y.

1891

Á la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios.

DEDICATORIA.

QUERIDÍSIMA Madre de Dios y de los hombres: ¿á quién mejor que á Vos misma, puedo dedicar este insignificante trabajo, del cual sola Vos sois el dulce objeto y vuestra gloria su único y agradable fin? ¿no será razón que os lo consagre afectuoso y os lo ofrezca rendido, para que lo mireis con cariño y lo bendigais con eficacia, y con vuestra bendición encienda los ánimos de vuestros devotos á amaros con mayor ardor y serviros más perfectamente? Aceptad, Señora, con benignidad este pequeño homenaje y con él el corto tributo de alabanzas de corazones humildes que con la lectura de vuestra Vida os honrarán y darán gloria á Dios que os ha hecho tan grande. De Vos canta la Iglesia, «que habeis destruido sola todas las heregias»: destruid, pues, todos los errores de nuestro siglo, haced florecer y prosperar en todas las partes la Religión de vuestro Hijo, dad paz á la Iglesia, humillad á sus enemigos y libertad al augusto cautivo del Vaticano, el Papa León XIII, Vicario de vuestro santísimo Hijo en la tierra. Vos habeis prometido á los que os honran la vida eterna: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*, alcanzádnosla, misericordiosa Señora, á todos cuantos contribuyamos á enaltecer Vuestras glorias por la consideración é imitación de Vuestras virtudes. Así os lo suplica vuestro indigno hijo y Capellan que B. V. R. P.

Juán Crúell, Pbro.

INDICATORIA

El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili, dignísimo Obispo de esta Diócesis, concede 40 días de Indulgencia por cada Capítulo que se lea de esta obrita, rogando por los fines acostumbrados.

PRÓLOGO.

AGOTADA la segunda edición de esta obrita, ofrecemos á los devotos de María esta tercera, esperando la acogerán con igual benevolencia y se aprovecharán de ella con ardor. La importante Obra de la «Mística Ciudad de Dios», de la cual es breve resúmen la nuestra, ni puede llegar á manos de todos por su coste, ni puede de todos ser leida por su extensión. Por lo mismo creemos hacer un bien y contribuir á la propagación del culto de la Señora, dando nuevamente á luz este Compendio, que por su volúmen y baratura es accesible á todos. ¡Ojalá obtuviésemos

con esta lectura las grandes ventajas que el Señor se propuso en la manifestación de las virtudes de su Santísima Madre hecha á la V. Sor María de Jesús Agreda, conforme leemos en su Vida, á saber, que «renovando las memorias vivas de las obras del Hijo y de la Madre, se aprovechen los hombres, pesen y ponderen lo que les deben, y lo agradezcan!» Esto deseamos y suplicamos ardientemente á la Madre de Dios, á cuya honra y gloria ordenamos este trabajo.





CAPÍTULO I.

Casamiento de San Joaquín con Santa Ana, notificándoles un Angel que tendrán una hija.

SAN Joaquín varón justo y santo, tenía casa en Nazareth, y con oración continua y fervorosa pedía á Dios el cumplimiento de sus promesas. Santa Ana tenía su casa en Belén, era doncella castísima, humilde y hermosa, y desde su niñez santa, compuesta y llena de virtudes, siendo por otra parte muy aficionada al trabajo, con que llegó á la plenitud de la perfección de las vidas activa y contemplativa. Pidió al Señor la diese compañía de esposo, que la ayudase á la guarda de la divina ley para ser perfecta en la observancia de sus preceptos. Al mismo tiempo San Joaquín pedía al Señor una esposa santa, para mayor servicio del Señor y más exacto cumplimiento de sus

preceptos. Ambas oraciones llegaron al tribunal de la Beatísima Trinidad y fueron despachadas favorablemente.

El Arcángel San Gabriel se apareció corporalmente á Santa Ana, que estaba en oración y pedía la venida del Salvador del mundo y el remedio de los hombres, y la dijo: «El Altísimo te dé su bendición (sierva suya) y sea tu salud. Su Alteza ha oído tus peticiones, y quiere que perseveres en ellas y clames por la venida del Salvador, y es su voluntad que recibas por esposo á Joaquín, que es varón de corazón recto y agradable á los ojos del Señor». Á San Joaquín se le apareció en sueños y le dijo: «Joaquín, bendito seas de la divina diestra del Altísimo, persevera en tus deseos y vive con rectitud y pasos perfectos. Voluntad del Señor es, que recibas por tu esposa á Ana, que es alma á quien el Todopoderoso ha dado su bendición. Cuida de ella y estímalas como prenda del Altísimo, y dále gracias á Su Majestad porque te la ha entregado». En virtud de estas divinas embajadas pidió luego Joaquín por esposa á la castísima Ana, y se efectuó el casamiento.

Vivían los dos santos Esposos en invio-

lable paz en Nazareth, y de las rentas y frutos de su hacienda hacían todos los años tres partes: la primera la ofrecían al templo de Jerusalén, la segunda la distribuían á los pobres, y con la tercera sustentaban su vida.

Pasaron estos santos casados veinte años sin sucesión, cosa que en aquella edad y pueblo se tenía por la mayor infelicidad y desgracia, por cuya causa padecieron entre sus vecinos y conocidos muchos oprobios y desprecios; pues que los que no tenían hijos se reputaban como excluidos de tener parte en la venida del Mesías que esperaban. Pero el Altísimo, que por medio de esta humillación los quiso afligir y disponer para la gracia que les preparaba, les dió tolerancia y conformidad para que sembrasen con lágrimas y oraciones el fruto, que después habían de coger. Hicieron grandes peticiones de lo profundo de su corazón, y ofrecieron al Señor con voto expreso, que si les daba hijos, consagrarían á su servicio en el templo el fruto que recibiesen de bendición.

Llegaron las peticiones de los Santos Joaquín y Ana á la presencia y trono de la Beatísima Trinidad; donde, siendo oídas y aceptadas, el Santo Arcángel Gabriel se apa-

reció á San Joaquín, que estaba en oración, y le dijo: «Varón justo y recto, el Altísimo desde su real Trono ha visto tus deseos y oído tus peticiones y gemidos, y te hace dichoso en la tierra. Tu esposa Ana concebirá y parirá una hija, que será bendita entre las mujeres, y las naciones la aclamarán bienaventurada. El que es Dios eterno, increado y Criador de todo, y en sus juicios rectísimo, me envía á ti, porque le han sido aceptas tus obras y limosnas». Mientras pasaba esto entre el Arcángel y San Joaquín, estaba Santa Ana en altísima oración, y con profunda humildad y viva fé pedia á Su Majestad acelerase la venida del Reparador del linaje humano, diciendo: «Altísimo Rey y Señor de todo lo criado: yo, vil y desgraciada criatura, deseára con dar la vida (que de Vos he recibido) obligaros á que vuestra dignación abreviára el tiempo de nuestra salud. ¡Oh si nuestros ojos vieran ya al Redentor de los hombres! ¡Llegue ya, llegue este día tan deseado! ¿Es posible que el Altísimo ha de bajar de su santo cielo? ¿Es posible que ha de tener Madre en la tierra? ¿Qué mujer será tan dichosa y bienaventurada? ¡Oh, quién pudiera verla!

¡Quién fuera digna de servir á sus siervas! Dichosos los ojos que la vieren y los oídos que oyeren sus palabras, y la familia que eligiere el Altísimo para tener Madre en ella». En esta oración y otros coloquios entró el santo Arcángel Gabriel en forma humana, hermoso y refulgente más que el sol, á la presencia de Santa Ana, y díjola: «Ana, sierva del Altísimo, ángel del consejo de Su Alteza, soy enviado de las alturas por su divina dignación; buena es la oración incesante y la confianza humilde. La oración y limosna abren los tesoros del Rey Omnipotente y le inclinan á ser rico en misericordias con los que le ruegan. Tú y Joaquín habeis pedido fruto de bendición, y el Altísimo ha determinado dárosle admirable y santo; y con él enriqueceros de dones celestiales, concediéndoois mucho más de lo que habeis pedido. Persevera en la oración, y pide sin cesar el remedio del linaje humano para obligar al Altísimo. La humildad, fé y limosna de Joaquín y las tuyas llegaron al trono del Altísimo, y me envió á mí, ángel suyo, para que anuncie nuevas de alegría para tu espíritu, porque Su Alteza quiere que seas dichosa y bienaventurada.

Te elige por madre de la que ha de engendrar y parir al Unigénito del Padre. Parirás una hija que por divina ordenación se llamará María. Será bendita entre las mujeres y llena del Espíritu Santo. Advierte que á Joaquín le he evangelizado que tendrá una hija que será dichosa y bendita; pero el Señor reservó el Misterio, no manifestándole que había de ser Madre del Mesías. Y por esto debes tú guardar este secreto: luego irás al templo á dar gracias al Altísimo; y en la puerta Aurea encontrarás á Joaquín, donde conferirás estas nuevas». Oyó Santa Ana con alegría incomparable esta embajada, se fué luego al templo de Jerusalén y topó con San Joaquín, como el ángel le había dicho; y juntos dieron gracias al Autor de esta maravilla, y ofrecieron dones y sacrificios. Fueron de nuevo iluminados de la gracia del divino Espíritu; y llenos de consolación divina, se volvieron á su casa confiriendo los favores que del Altísimo habían recibido, y cómo el Arcángel San Gabriel á cada uno en particular les había hablado y prometido de parte del Señor, que les daría una hija muy dichosa y bienaventurada.

CAPÍTULO II.

De la concepción de la Virgen Santísima.

TENIA San Joaquín 66 años y Santa Ana 44, cuando la Virgen, destinada para ser Madre de Dios, fué concebida sin mancha de pecado en las entrañas de Santa Ana; y entre ambos concurren la naturaleza y la gracia; aquélla corta, medida, y sólo en lo preciso é inexcusable, y ésta superabundante, poderosa y excesiva, para absorber á la misma naturaleza, no confundiéndola, pero realizándola y mejorándola con modo milagroso: de suerte que se conociese como la gracia había tomado por su cuenta esta concepción, sirviéndose de la naturaleza lo que bastaba para que esta inefable hija tuviese padres naturales. En cuanto á la concepción ó infusión del alma de María Santísima, fué cuando la Beatísima Trinidad dijo aquellas palabras con mayor afecto de amor, que

cuando las refiere Moisés (Gen. Cap. 1. v. 26): «Hagamos á María á nuestra imagen y semejanza, á nuestra verdadera Hija y Esposa, para Madre del Unigénito de la substancia del Padre».

Con la fuerza de esta divina palabra y del amor con que procedió de la boca del Omnipotente, fué criada é infundida en el cuerpo de María Santísima su alma dichosisima, llenándola al mismo instante de gracia y de dones sobre los más altos serafines, sin haber instante en que se hallase privada de la amistad y amor de su Criador, ó pudiese tocarle la mancha y oscuridad del pecado original; fuele también concedido el uso de la razón perfectísimo y correspondiente á los dones de la gracia que recibía, para obrar admirables efectos de sumo agrado para su Hacedor.

Al tiempo de infundirse el alma en el cuerpo de esía divina Señora, quiso el Altísimo que su madre Santa Ana sintiese la presencia de la Divinidad por modo altísimo, con que fué llena del Espíritu Santo y movida interiormente con tanto júbilo y devoción sobre sus fuerzas ordinarias, que fué arrebatada en un éxtasis soberano, donde fué

ilustrada con altísimas inteligencias de muy escondidos misterios, y alabó al Señor con nuevos cánticos de Alegría.

El altísimo destinó para custodia de la Virgen María mil ángeles, entre ellos doce para que la asistiesen en forma corporal y visible, y fué señalado por su cabeza el príncipe de la milicia celestial, San Miguel.

Al mismo instante que María tuvo sér natural, derramó Dios sobre ella todas las gracias y dones en tan eminente grado, cual ninguno de los Santos, ni todos juntos pudieron jamás alcanzar, ni con lengua humana se puede manifestar: empezó luego á obrar heróicos actos de las virtudes, bendiciendo, amando y reverenciando al Autor de tantas obras admirables. Conoció la gravedad del pecado contra el Sumo Bien, lloró y derramó lágrimas, y pidió luego el remedio de los hombres, empezando á ejercer el oficio de medianera, abogada y reparadora; presentó á Dios los clamores de los Santos Padres y de los justos de la tierra, para que su misericordia no dilatase la salud de los mortales, á quienes miraba ya como hermanos. Oró también en el mismo instante de su concepción por sus padres

naturales Joaquín y Ana, á quienes antes de verlos con el cuerpo, vió y conoció en Dios; y luego ejercitó con ellos la virtud del amor, reverencia y agradecimiento de hija reconociéndolos por causa segunda de su ser natural. Hizo también otras muchas peticiones en general y particular por diferentes causas. Grande fué en todo, y grande salió de la mano del Altísimo, para caminar, crecer y llegar á ser tan magnífica, que sólo Dios fuese mayor.

*Doctrina que dió la Reina del Cielo
á su discípula.*

Acto es de justicia debido á Dios eterno, que la criatura cuando recibe el uso de la razón, encamine su primer movimiento al mismo Dios, conociéndole para amarle, reverenciarle y adorarle como á su Criador. Los padres deben instruir á sus hijos desde niños en este conocimiento, enderezándoles para que busquen su último fin. Mi santa Madre, llevándome en su vientre, adoraba en mi nombre al Criador, dándole por mí la suma reverencia y gracias debidas, por haberme criado, y le suplicaba me

guardase, defendiese y sacase libre en el estado que entonces tenia. Deben asimismo los padres pedir á Dios con fervor, que ordene con su providencia como aquellas almas de los niños lleguen á recibir el Bautismo, y sean libres de la servidumbre del pecado original.



CAPÍTULO III.

—

**De lo que sucedió en los nueve meses
del preñado de Santa Ana y lo que
hizo ella y su hija María.**

CONCEBIDA María sin pecado original, y teniendo perfectísimo uso de razón, se ocupó durante los nueve meses que estuvo encerrada en el claustro de su madre, Santa Ana, en continuas peticiones por el linaje humano, en actos heroicos de reverencia, adoración y amor de Dios, y trato con los ángeles. Tuvo tres visiones de la Divinidad y quedó con ellas su espíritu todo absorto y ocupado en Dios con grande amor, amor que comenzó en el instante que fué criada su alma dichosísima para no interrumpirse jamás, antes para continuarlo por toda la eternidad en la suma gloria de pura criatura, que goza en la diestra de su Hijo santísimo.

La felicísima madre Santa Ana, corría

su preñado, toda espiritualizada con divinos efectos y suavidad, que sentia en sus potencias; pero la divina Providencia, para mayor corona y seguridad, ordenó que llevase algún lastre de trabajos: y así el demonio, que andaba siempre desvelado, atendiendo y acechando á todas las mujeres más santas de la ley antigua, para reconocer si topaba con aquella que le había de pisar y quebrantar la cabeza, rodeaba á las que conocia se señalaban más en las virtudes y gracia del Altísimo.

Con esta malignidad y astucia, advirtió mucho en la extremada santidad de la gran matrona Ana, y en todo lo que alcanzaba de cuanto en ella iba sucediendo; y aunque no pudo conocer el valor del tesoro, no obstante sentia contra sí una grande fuerza y virtud, que redundaba de Santa Ana; y el no poder penetrar la causa de aquella poderosa eficacia, le traía muy turbado. Se escandalizaba de ver tanta quietud en el preñado de Santa Ana, y sobre todo le despechaba el sentirse flaco en fuerzas para resistir á la que salía de la bienaventurada Santa Ana, y dió en sospechar que no era sola quién la causaba.

Turbado el dragón con estos recelos, determinó quitar la vida á la dichosísima Ana, y si no lo conseguía, procurar á lo menos que tuviese mal gozo su preñado. Porque era tanta la soberbia de Lucifer, que se persuadía podría vencer ó quitar la vida á la que fuese Madre del Verbo humanado, y al mismo Mesías reparador del mundo. Con esta audacia se animó á tentar á Santa Ana con muchas sugestiones, espantos, sobresaltos y desconfianzas de la verdad de su preñado, representándole su larga edad y dilación. Pero la invicta matrona resistió estos golpes con humilde fortaleza, paciencia, continua oración, y viva fé en el Señor.

Viendo el demonio que no podía lograr por este medio su intento, procuró valerse de medios humanos; y fué el primero mirar de derribar la casa de San Joaquín y Santa Ana, para que con el susto se alterase y moviese; y como no lo pudo conseguir porque los ángeles santos le resistieron, irritó á unas mujercillas flacas conocidas de Santa Ana, para que riñesen con ella, como lo hicieron con grande ira, injuriándola con palabras muy descomedidas de con-

tumelia: y entre ellas hicieron gran mofa de su preñado, diciéndola, que era embuste del demonio salir con aquello al cabo de tantos años de vejez. No se turbó Ana con esa tentación, antes con toda mansedumbre y caridad sufrió las injurias y acarició á quien se las hacía: y desde entonces miró aquellas mujeres con más afecto, y les hizo mayores beneficios. Pero como éstas estaban poseídas del demonio, en lugar de apaciguarse, intentaron alguna venganza en la persona y vida de Santa Ana; mas no pudieron ejecutarlo, porque la virtud divina hizo más débiles aquellas mujeres, y nada pudieron obrar contra la Santa, antes ella las venció con amonestaciones, y las redujo con sus oraciones á conocimiento y enmienda de sus vidas.

Con esto quedo vencido el dragón, pero no rendido, porque luego se valió de una criada, que servía á los santos Casados, y la irritó contra Santa Ana; de suerte que ésta fué peor que las otras mujeres, porque era enemigo doméstico, y por esto más pertinaz y peligroso, pero con el favor divino alcanzó victoria de esta tentación, más gloriosamente que de las otras muje-

res: porque no dormitaba el guarda de Israel, que guardaba á su ciudad santa, y la tenía guarnecida con tantos centinelas, los más esforzados de su milicia, que ahuyentaron á Lucifer y sus ministros para que no molestasen más á la dichosa Madre, que aguardaba ya el parto felicísimo de la Princesa del cielo, y se había dispuesto para él con los actos heróicos de las virtudes y merecimientos adquiridos en estas peleas, y se acercaba al fin deseado.

Doctrina de la Madre de Dios á su discípula.

Amiga mía, los beneficios que descenden del Padre de los hombres, aseguran humillando, y humillan sin desconfianza: dan confianza con solicitud y desvelo, y solicitud con sosiego y paz, para que estos afectos no se impidan en el cumplimiento de la voluntad divina. Procura deponer luego cualquiera desordenado afecto, que te mueva temor excesivo, y deja tu causa al Señor. No te fíes de tu propio juicio, ni seas sábia contigo misma, porque al dictámen propio le ciegan fácilmente las pasiones, y

le llevan tras de sí, y él con ellas arrebatan la voluntad; con que se viene á temer lo que no se debía temer, y á dilatarse en lo que no le conviene. Aunque los efectos sean buenos en el fin que se desea, todos se han de regular por la obediencia y consejo, porque sin esta dirección suelen salir mónstruos y sin provecho. En todos serás atenta á lo más santo y perfecto.



CAPÍTULO IV.

Del nacimiento de la Santísima Virgen y de su Santo Nombre.

LLEGÓ el día alegre para el mundo, del parto felicísimo de Santa Ana, y nacimiento de la que venía á él santificada y consagrada para Madre del mismo Dios. Nació á las doce de la noche del ocho de Septiembre, pura, limpia y llena toda de gracias, publicando con ellas que venía libre de la ley y tributo del pecado. Su misma Madre la envolvió en las mantillas, y con fervor y lágrimas la ofreció á Su Majestad, y le pidió: ¿cómo debía tratar á la Hija, ya que no merecía ser su sierva? Respondió el Señor á la santa Matrona, que tratase á la divina Niña como madre á su hija en lo exterior, sin mostrarle reverencia; pero que se la tuviese en lo interior; y que en su crianza cumplie-

se con las leyes de verdadera madre, cuidando de su hija con solicitud y amor.

Los Ángeles de la Guarda de la dulce Niña, con otra gran multitud, la adoraron y reverenciaron en los brazos de su Madre, y le hicieron música celestial, oyendo algo de ella la dichosa Ana; y los mil ángeles señalados para custodia de la gran Reina, se le ofrecieron y dedicaron para su ministerio; y fué esta la primera vez que la divina Señora los vió en forma corpórea y les pidió que alabasen al Altísimo con ella y en su nombre.

Al punto que nació nuestra princesa María, envió el Altísimo al Santo Arcángel Gabriel para que evangelizase á los Santos Padres del limbo, que ya era nacida la que sería Madre del Mesías prometido, y que verían luego la salud y la gloria del Altísimo. Apenas nacida, el brazo del Señor comenzó á obrar en ella nuevas maravillas, sobre todo el pensamiento de los hombres; y la primera fué enviar innumerables ángeles para que á la elegida para Madre del Verbo Eterno llevasen al cielo empíreo en alma y cuerpo. Los santos, recibiendo la niña María de los brazos de su madre Santa Ana,

ordenaron nueva y solemne procesión, llevando con cánticos de incomparable júbilo á la verdadera Arca del Nuevo Testamento, para que por algún espacio tuviese en el templo del sumo Rey, donde después había de ser colocada eternamente.

Entró la niña María en mano de los Ángeles en el cielo empíreo, y postrada con el afecto en la presencia del trono real del Altísimo, sucedió allí (á nuestro entender) la verdad de lo que antes se hizo en figura, cuando entrando Betsabé en presencia de su hijo Salomón, que desde su trono juzgaba al pueblo de Israel, se levantó de él, y recibiendo á su Madre, la honró, dándole asiento de Reina á su lado. Lo mismo hizo, y más gloriosa y admirablemente, la Persona del Verbo Eterno con la niña María, que para Madre había escogido, recibéndola en su trono y dándole á su lado la honra de Madre suya y Reina de todo lo criado, aunque se hacía ignorando ella la dignidad propia y al fin de tan inefables misterios y favores; mas para recibirlos, fueron sus flacas fuerzas confortadas con la virtud divina. Diéronsele nuevas gracias y dones, con que sus potencias respectivamente fueron eleva-

das; y las interiores, sobre nueva gracia y luz con que fueron preparadas, las elevó y proporcionó Dios con el objeto que se le había de manifestar, y dándole el lumen necesario, desplegó su Divinidad, y se le manifestó intuitiva y claramente en grado altísimo, siendo esta vez la primera que aquella alma santísima de María vió la Beatísima Trinidad con visión clara y beatífica.

De la gloria de esta visión que tuvo la niña María, de los secretos que le fueron revelados de nuevo, de los efectos que redundaron en su alma purísima, sólo fué testigo el Autor de tan inaudito milagro. Pero estando la Reina á la diestra del Señor, que había de ser su Hijo, y viéndole cara á cara, pidió, más dichosa que Betsabé, que diese la intacta Sunamitis Abisag, que era su inaccesible divinidad, á la humana naturaleza su propia hermana, y cumpliese la palabra, bajando del cielo al mundo y celebrando el matrimonio de la unión hipostática en la Persona del Verbo, acelerase el remedio del linaje humano, que por tantos siglos le aguardaba. El Altísimo prometió á su Madre que luego bajaría al mundo, tomando carne humana para redimirle.

Determinóse en el consistorio de la Santísima Trinidad, dar nombre á la Niña reina, y los ángeles oyeron una voz del Trono que decía en persona del Padre Eterno: «María se ha de llamar nuestra escogida; y este nombre ha de ser maravilloso y magnífico; los que le invocaren con afecto devoto, recibirán copiosísimas gracias, los que le estimaren y pronunciaren con reverencia, serán consolados y vivificados, y todos hallarán en él remedio de sus dolencias tesoros con que enriquecerse, luz para que los encamine á la vida eterna. Será terrible contra el infierno, quebrantará la cabeza de la serpiente y alcanzará insignes victorias de los príncipes de las tinieblas.» La Niña divina, postrada con el afecto ante el Trono, rindió agradecidas y humildes gracias al Ser Eterno; y los ángeles con el mismo júbilo y reverencia la volvieron á poner en los brazos de Santa Ana, á quien se le ocultó la ausencia de su Hija, porque su lugar suplió uno de los ángeles de su guarda, tomando cuerpo aéreo para este efecto. Y á más de esto, mientras la Niña divina estuvo en el cielo empíreo, tuvo su madre Ana un éxtasis de altísima contemplación,

y en él le fueron manifestados grandes misterios de la dignidad de Madre de Dios, para que era escogida su Hija.

Como San Joaquin y Santa Ana eran fieles observadores de la Ley, determinaron en el octavo día convocar á los parientes y un sacerdote; y con mucha solemnidad y convite suntuoso pusieron el nombre de María á la recién nacida; y los ángeles lo celebraron con dulcísima y grandiosa música, que sólo oyeron Madre é Hija Santísima; con que quedó nuestra divina Princesa con nombre, dándosele la Santísima Trinidad en el cielo el día en que nació, y en la tierra á los ocho días.

Doctrina de la Reina á su discípula.

La doctrina que ahora te doy es, que trabajes con todas tus fuerzas en imitarme en un ejercicio que hice toda mi vida y fué; que cada dia en amaneciendo, me postraba en presencia del Altísimo, y le daba gracias y alababa por su Ser inmutable y perfecciones infinitas, y porque me habia criado de la nada; y reconociéndome por criatura y hechura suya, le bendecía y adoraba, dán-

dole honor, magnificencia y gloria, como Supremo Señor y Criador mio, y de todo lo que tiene sér. Levantaba mi espíritu hasta ponerle en sus manos, y con profunda humildad y resignación me ofrecía en ellas; y le pedía hiciese de mí á su voluntad en aquel día y en todos los que me restasen de mi vida, y me enseñase lo que fuese de mayor agrado suyo para cumplirlo. De mi dulcísimo Nombre serás muy devota. Y quiero que sepas que fueron tantas las prerogativas y gracias que le concedió el Todopoderoso, que de conocerlas yo á la vista de la Divinidad, quedé empeñada y cuidadosa para el retorno.



CAPÍTULO V.

—

De la presentación de María en el Templo y de la vida que tuvo en los tres primeros años.

CUMPLIDOS los ochenta días del Nacimiento de la niña María, Santa Ana, acompañada de San Joaquín, llevando en sus brazos á su Hija, se dirigió al templo de Jerusalén, y al llegar á la puerta del tabernáculo habló con el Santo Sacerdote Simeón, y le ofreció el cordero y tórtola con lo demás que llevaba; y con humildes lágrimas le pidió orase por ella y por su Hija, que si tenían culpa las perdonase el Señor. El Santo Sacerdote recibió la oblación, y en su espíritu fué inflamado y movido de un extraordinario júbilo, y sin entender otra cosa ni manifestar lo que sentía, dijo dentro de sí mismo: ¿Qué novedad es esta que siento? ¿Si por ventura estas mujeres son parientes del Mesías que ha de venir? Y quedando con esta suspensión y alegría les mostró grande bene-

volencia; y la Santa Madre Ana entró con su Hija en los brazos, y la ofreció al Señor con devotísimas y tiernas lágrimas, como quién sola en el mundo conocía el tesoro que se le había dado en depósito.

Santa Ana renovó el voto que antes había hecho de ofrecer al Templo á su primogénita en llegando á la edad que convenía; y en esta renovación fué ilustrada con nueva gracia y luz del Altísimo, y sintió en su corazón una voz que le decía, cumpliese el voto, llevase y ofreciese en el templo á su Hija dentro de tres años.

La dulce Niña quisiera postrarse en el Templo; y besando la tierra de él adorar al Señor. Pero lo que no pudo hacer con el efecto de las acciones exteriores, suplió con el afecto interior y adoró y bendijo á Dios con el amor más alto y reverencia más profunda, que antes ni después ninguna otra pura criatura lo pudo hacer; y hablando en su corazón con el Señor, hizo esta oración: «Altísimo Rey y Señor mio: yo, humilde polvo, pero hechura vuestra, os adoro en este santo lugar y templo vuestro; y doy gracias, en cuanto mi poquedad alcanza, á vuestra dignación, porque me habeis dado que

vean mis ojos este santo Templo y casa de oración, donde vuestros Profetas y mis antiguos Padres os alabaron y bendijeron. Recibidme, Señor, para que yo pueda servirlos en él, cuando fuere vuestra santa voluntad.

Hizo este humilde ofrecimiento como esclava del Señor, la que era Reina de todo el universo; y en testimonio de que el Altísimo la aceptaba, vino del cielo una clarísima luz, que sensiblemente bañó á la Niña y á la Madre, llenándolas de nuevos resplandores de gracia. Santa Ana se volvió á su casa con la niña María enriquecida de nuevos dones del altísimo Dios.

La Niña soberana era tratada como los demás niños de su edad. Era su comida la común, aunque la cantidad muy poca, y lo mismo era del sueño, aunque la aplicaban para que durmiese. Pero no era molesta, ni jamás lloró con el enojo de otras niñas, mas era en extremo agradable y apacible; y disimulábase mucho esta maravilla con llorar y sollozar muchas veces por los pecados del mundo, y por alcanzar el remedio de ellos y la venida del Redentor de los hombres. Su prudente madre Ana trataba á la Niña con incomparable cuidado, y

su padre Joaquin la amaba como padre y como santo, y la Niña se mostraba con su padre más amorosa, como quien le conocía por padre y tan amado de Dios. En todo era la Niña reina agraciada, perfectísima y admirable.

El silencio forzoso en los años primeros de las otras niñas fué heróica virtud en nuestra Niña reina, pues aunque podía hablar, no hablaba sino con Dios y sus santos ángeles, y jamás su Madre lo entendió. La primera acción que hizo la Niña Maria con sus brazos, fué coger las manos á sus padres y se las besó con grande sumisión y humildad reverencial, y en esta costumbre perseveró mientras vivieron, y con algunas demostraciones daba señal en aquella edad para que la bendijesen, hablándoles más bien al corazón para que lo hicieran, que no pidiéndolo con la boca.

Llegó el tiempo en que el silencio santo de María se rompiese, y se oyera en nuestra tierra su divina voz, y esto fué á los diez y ocho meses de edad; pero antes de tener licencia del Señor para comenzar á hablar con los hombres, tuvo una intelectual visión de la Divinidad, no intuitiva sino

per species, y en esta divina visión dijo la Reina á Su Majestad: «Altísimo Señor, ¿cómo á la más inútil y pobre criatura favoreceis tanto? ¿Cómo á vuestra esclava, insuficiente para el retorno, inclináis vuestra grandeza con tan amable dignación? ¡Yo, Señor, soy la que menos merece vuestros favores! ¿Qué haré en vuestra divina presencia? ¿Con qué os daré la retribución que os debo? ¿Qué tengo yo, Señor, que no sea vuestro, si Vos me dais el ser, la vida y movimiento? Pero gozaréme, Amado mio, de que Vos tengais todo lo bueno y que nada tenga la criatura fuera de Vos mismo, y que sea condición y gloria vuestra levantar al que es menos, favorecer al más inútil, para que así vuestra magnificencia sea más conocida y engrandecida.

El Señor la respondió: «Paloma y querida mia, en mis ojos hallaste gracia; suave eres, amiga y escogida mia, en mis delicias. Quiérote manifestar lo que en tí será de mi mayor agrado,» y dijo: «Yo soy Dios de misericordias, y con inmenso amor amo á los mortales. He determinado remediarlos, enviándoles á mi Unigénito para que no carezcan más de mi gloria, ni yo de su ala-

banza eterna.» Y la santísima Niña respondió: «Altísimo Señor, vuestras son las criaturas, y vuestra la potencia, obliqueos, Señor, vuestra misma bondad á acelerar el paso de vuestro Unigénito en la redención de los hijos de Adán; llegue ya el deseado día de mis antiguos Padres, y vean los mortales vuestra salud eterna. Si puede mi vida ser de algún servicio, yo os la ofrezco, pronta para ponerla por ellos.» Mandóle el Altísimo con grande benevolencia, que todos los días le pidiese muchas veces la aceleración de la Encarnación del Verbo, y el remedio de todo el linaje humano, y que llorase los pecados de los hombres, y la declaró, que para mayor gloria suya, convenía que hablase con las criaturas humanas; y para cumplir con esta obediencia dijo la Niña á Su Majestad:

«Altísimo Señor, ¿cómo se atreverá á tratar misterios tan escondidos y soberanos, la que es menor entre los nacidos? ¿Cómo os obligará por ellos, y qué puede alcanzar la criatura, que en nada os ha servido? Pero Vos, Amado mio, os daréis por obligado de la misma necesidad, y la enferma buscará la salud, la sedienta de-

seará las fuentes de vuestra misericordia, y obedecerá á vuestra divina voluntad. Y si ordenais, Señor mio, que yo desate mis labios para hablar, atended, os suplico, á mi fragilidad y peligro; yo callára toda la vida, si fuera de vuestro beneplácito, por no aventurar el perderos; que si lo hiciese, imposible sería vivir un sólo punto.» ¡Gran confusión y ejemplo para los mortales, que temiese el peligro de la lengua, la que no podía pecar, y los que no podemos hablar sino es pecando, nos deshacemos por hacerlo!

Del prudentísimo recato de la Niña se agradó el Altísimo, y le prometió gobernarla sus palabras y asistiría para que todas fuesen de su servicio y agrado. Con lo cual pidió á Su Majestad nueva licencia y bendición para abrir sus labios llenos de gracia. Y para ser en todo prudente y advertida, la primera palabra habló con sus padres San Joaquín y Santa Ana, pidiéndoles la bendijesen, como quienes después de Dios la habían dado el ser que tenía. Oyéronla los Santos dichosos, y juntamente vieron que comenzaba andar por sí sola, y la feliz madre Ana con grande alegría to-

mándola en sus brazos la dijo: «Hija mía y querida de mi corazón, sea enhorabuena y para gloria del Altísimo que oigamos vuestra voz y palabra; y que también comenzeis á dar pasos para su mayor servicio. Sean vuestras razones y palabras pocas, medidas y de mucho peso, y vuestros pasos rectos y enderezados al servicio y honra de nuestro Criador.

Oyó la niña María estas y otras razones que su madre Ana la dijo, escribiéndolas en su tierno corazón para guardarlas con profunda humildad y obediencia; y hasta cumplir los tres años en que fué al Templo, fueron muy pocas palabras las que habló, salvo cuando su Madre la llamaba y mandaba que con ella hablase de Dios y de sus misterios, y la Niña divina lo hacía, oyendo y preguntando á su santa madre Ana.

No era muy rica la casa de Joaquín, pero tampoco era pobre; y conforme al honrado porte de su familia, deseaba Santa Ana vestir á su Hija con el vestido mejor que pudiese, dentro de los términos de la honestidad y modestia. La humildísima Niña admitió este afecto materno mientras no hablaba, sin resistir á ello, pero cuando em-

pezó á hablar, pidió con humildad á su Madre no le pusiese vestido costoso ni de alguna gala, antes fuese grosero, pobre y traído por otros (si fuese posible) y de color pardo de ceniza, cual es el que hoy usan las Religiosas de Santa Clara. La Madre le respondió: «Hija mia, yo haré lo que me pedís en la forma y color de vuestro vestido; pero vuestras fuerzas de niña no lo podrán sufrir tan grosero como Vos le deseais, y en esto me obedeceréis á mí.» No replicó la Niña á la voluntad de su Madre, porque jamás lo hacía, pues en la obediencia de sus Padres fué excelentísima y prontísima, sin darles molestia ni pena alguna los tres años que vivió en su compañía.

Retirábase algunas veces á solas, para gozar con más libertad de la vista y coloquios divinos de sus ángeles santos, y manifestarles con señales exteriores el amor ardiente de su Amado; y en algunos ejercicios que hacía se postraba, llorando y affigiendo aquel cuerpecito perfectísimo y tierno por los pecados de los mortales, pidiendo é inclinando la misericordia del Altísimo, para que obrase grandes beneficios, que desde luego comenzó á merecerles.

Á los dos años, comenzó á señalarse mucho en efecto y caridad con los pobres. Pedía á su Madre limosna para ellos, y la piadosa Madre satisfacía juntamente al pobre y á su Hija, y la exhortaba á que los amase y reverenciase la que era maestra de caridad y perfección. Y á más de lo que recibía para distribuir á los pobres, reservaba alguna parte de su comida para darles; y decía en su corazón: «Á este hermano y señor mio se le debe, y no lo tiene, y yo lo tengo sin merecerlo:» y entregando la limosna, besaba la mano del pobre, y si estaba á solas le besaba los piés; y si no podía hacerlo, besaba el suelo donde había pasado, pero jamás dió limosna á pobre que no se la hiciese mayor á su alma pidiendo por ella, y así eran remediados de alma y cuerpo.

Acercándose el tiempo de llevarla al Templo, comenzó á prevenir y disponer á su Madre, manifestándole seis meses antes el deseo que tenía de verse ya en el Templo, y representábale los beneficios, que de la mano del Señor habían recibido, y que en el Templo estando dedicada á Dios, la tendría más por suya que en su casa propia.

Oía la santa Madre las razones de su Hija, y aunque estaba rendida á la divina voluntad, no obstante sentía la ausencia que tan de cerca la amenazaba de su amada Hija.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mia, en mi infancia sentí hambre, sed, sueño y penalidades en mi cuerpo, y como hija de Adán estuve sujeta á estos accidentes; porque era justo imitase yo á mi Hijo santísimo. Como la divina gracia me gobernaba, usaba de la comida y sueño en peso y medida, recibiendo sólo aquello que era preciso para el aumento y conservación de la vida y salud. En todas las penalidades que padecí, después que nací al mundo, estuve conforme y alegre, porque cuando me faltaba alguna cosa de lo que necesitaba, confesaba que se hacía conmigo lo que era razón, porque todo se me daba de gracia sin merecerlo. Si yo decía esto, ¿qué juicio hacen los mortales, cuando faltándoles alguna cosa de las que más desean, se enfurecen unos contra otros, y aún se irritan contra Dios como si recibieran de Él algún agravio, cuando han recibido de Él tantos beneficios?

CAPÍTULO VI.

—

De la presentación de la niña María en el Templo.

HABIENDO cumplido ya la niña María los tres años, salieron de Nazareth Joaquín y Ana acompañados de algunos parientes, llevando consijo á su Hija para depositarla en el templo de Jerusalem. Iba esta humilde procesión muy atejada de criaturas terrenas, y sin alguna visible ostentación, pero con ilustre y numeroso acompañamiento de espíritus angélicos, que para celebrar esta fiesta habían bajado del cielo, á más de los mil que guardaban á la niña María. Los dichos Padres sintieron grande júbilo y consolación de espíritu en el camino de Nazareth hasta Jerusalén. Llegaron al Templo santo, y la bienaventurada Ana, para entrar con su Hija en él, la llevó de la mano, asistíendolas particularmente el santo Joaquín,

y todos tres hicieron devota y fervorosa oración al Señor: los Padres ofreciéndole á su Hija, y la Hija ofreciéndose á sí misma con profunda humildad, devoción y reverencia. Hecha esta oración, se levantaron y fueron al Sacerdote y le entregaron los Padres á su Hija, y el Sacerdote le dió su bendición, y todos juntos la llevaron á un cuarto, donde estaba el Colegio de las doncellas que se criaban en recogimiento y santas costumbres, mientras llegaban á la edad de tomar el estado del matrimonio.

La subida de este Colegio tenia quince gradas, á donde salieron otros sacerdotes á recibir la niña Maria; y el que la llevaba, que debía ser uno de los inferiores, la puso en la grada primera, ella le pidió licencia, y volviéndose á sus padres Joaquín y Ana, hincando las rodillas, les pidió su bendición, y les besó la mano, rogándoles la encomendasen á Dios. Los santos Padres con gran ternura y lágrimas la echaron bendiciones, y en recibéndolas subió por sí sola las quince gradas con gran fervor y alegría, sin volver la cabeza ni derramar lágrimas, ni mostrar sentimiento de la despedida de sus Padres.

Los Sacerdotes la recibieron y llevaron al

Colegio de las demás vírgenes, y el Santo Simeón, sumo sacerdote, la entregó á las Maestras, una de las cuales era Ana profetiza. Los padres Joaquín y Ana se volvieron á Nazareth doloridos y sin el rico tesoro de su casa, pero el Altísimo los confortó y consoló en ella. El sacerdote Simeón tuvo grande luz de que aquella Niña era santa y escogida del Señor; y los otros Sacerdotes también sintieron de ella con grande alteza y reverencia.

La niña María, entregada y encargada á su Maestra, con humildad profunda le pidió de rodillas la bendición, y la rogó la recibiese debajo de su obediencia, enseñanza y consejo, y que tuviese paciencia en lo mucho que con ella trabajaría y padecería. Ana la recibió con agrado, y la dijo: «Hija mía, en mi voluntad hallaréis madre y amparo, y yo cuidaré de Vos y de vuestra crianza con todo el desvelo posible.» Luego pasó á ofrecerse con la misma humildad á todas las doncellas que allí estaban, y á cada una singularmente la saludó y abrazó, y se ofreció por sierva suya, y les pidió que como mayores y más capaces de lo que allí habían de hacer, la enseñasen y mandasen;

y dióles gracias porque sin merecerlo la admitían en su compañía.

Cuando la niña María, despedidos sus Padres, se quedó en el Templo para vivir en él, le señaló su Maestra el retiro que le tocaba entre las demás vírgenes. Postróse en tierra, y con advertencia de que era suelo y lugar del Templo, le besó y adoró al Señor dándole gracias por aquel nuevo beneficio. Luego dijo á los ángeles: «Príncipes celestiales, nuncios del Altísimo, fidelísimos amigos y compañeros míos, yo os suplico que en este santo Templo hagais conmigo el oficio de centinelas, avisándome de todo lo que debo hacer; para que acierte en todo á cumplir la voluntad del Altísimo, dar gusto á los santos Sacerdotes, obedecer á mi Maestra y compañeras.» Y dirigiéndose á los doce, les dijo: «Y á vosotros, embajadores míos, os pido que si el Altísimo os diere su licencia, vayais á consolar á mis santos Padres en su aflicción y soledad.

Obedecieron á su Reina los doce ángeles, y quedando con los demás en coloquios divinos, fué levantada en un éxtasis, y acompañada de todos sus santos ángeles y otros muchos, vestida de una refulgente nu-

becilla, fué llevada en cuerpo y alma hasta el cielo empíreo, donde fué recibida de la Santísima Trinidad con digna benevolencia y agrado. Postróse ante la presencia del poderosísimo y altísimo Señor; y adoróle con profunda humildad y reverencia. Vió la Divinidad intuitiva y claramente; y el Padre Eterno le dijo: «Paloma mía y Amada mía, quiero que veas los tesoros de mi ser inmutable y perfecciones infinitas, y los ocultos dones que tengo destinados para las almas que tengo elegidas para herederas de mi gloria, que serán rescatadas con la sangre del Cordero, que por ellas ha de morir. De tí quiero, que como mi escogida, seas testigo de vista de los tesoros que tengo aparejados para levantar los humildes, remunerar los pobres, engrandecer los abatidos, y premiar todo lo que en mi nombre hicieren ó padecieren los mortales.

La Santísima María respondió al Señor: «Altísimo y Supremo Dios eterno, incomprendible sois en vuestra grandeza, rico en misericordias, abundante en tesoros, inefable en misterios, fidelísimo en promesas, verdadero en palabras, perfectísimo en vuestras obras, porque sois Señor infinito y

Eterno en vuestro ser y perfecciones. Cumplid en mí todo vuestro querer y beneplácito; y si en vuestros ojos son tan estimables los trabajos y desprecios de los mortales, la humildad, la paciencia y mansedumbre en ellos, no consintais, Amado mio, que yo carezca de tan rico tesoro y prendas de vuestro amor.» El Altísimo se agradó mucho de la petición de la divina Niña, y la dió á conocer como la admitía, concediéndole que trabajase y padeciese por su amor en el discurso de su vida. La Princesa del cielo dió gracias de este beneficio y favor, de que era escogida para trabajar y padecer por el nombre y gloria del Señor, y fervorosa con el deseo de conseguirlo, pidió licencia á Su Majestad para hacer en su presencia cuatro votos; de castidad, pobreza, obediencia y perpétuo encerramiento en el Templo. El Señor la respondió: «Esposamia, admito el voto de castidad, y quiero le hagais, y que renuncies desde luego las riquezas terrenas. Si bien es mi voluntad que en los demás votos y en sus materias obres en lo posible como si los hubieras hecho todos.» Y tu deseo se cumplirá en otras muchas doncellas en el tiempo venidero de la

ley de gracia, que por seguirle y servirle harán los mismos votos viviendo juntas en congregación, y serás madre de muchas hijas.

Hizo luego la santísima Niña en presencia del Señor el voto de castidad, y en lo demás sin obligarse renunció todo efecto á lo terreno y criado; y propuso obedecer por Dios á todas las criaturas. Con esto cesó la visión intuitiva y clara de la Divinidad; mas tuvo luego otra visión imaginaria del mismo Señor en otro estado más inferior; y en esta visión llegaron á ella algunos Serafines de los más inmediatos al Señor, y por mandato suyo la adornaron en esta forma. Lo primero, todos sus sentidos fueron como iluminados con una claridad que los llenaba de gracia y hermosura. Luego la vistieron una ropa ó tunicela preciosísima de refulgencia y la ciñeron con una cintura de piedras diferentes, de varios colores transparentes, lucidísimos y brillantes. Pusiéronla un collar inestimable y de subido valor con tres grandes piedras, símbolo de las tres virtudes, Fe, Esperanza y Caridad. Diéronle tras esto siete anillos de rara hermosura en sus manos, donde se los puso el Espíritu Santo en testimonio de

la que la adornaba con sus dones en grado eminentísimo. Y la Santísima Trinidad puso sobre su cabeza una imperial corona de materia y piedras inestimables, haciéndola juntamente Esposa suya y Emperatriz del cielo.

Adornada la soberana Niña con las galas de la Divinidad, se celebró el desposorio más célebre y maravilloso que pudo imaginar ninguno de los más altos Serafines, porque el Altísimo la admitió por Esposa única y singular, y la constituyó en la más suprema dignidad que pudo haber en pura criatura, para depositar en ella su misma divinidad en la persona del Verbo, y con él todos los tesoros de gracias que á tal eminencia convenían. Estaba la humildísima Niña absorta en el abismo de amor y admiración que le causaban tales beneficios, y en presencia del Señor dijo: «Altísimo Rey y Dios incomprendible, ¿quién sois Vos, y quién soy yo, para que vuestra dignación mire á la que es polvo, indigna de tales misericordias? Yo, Rey mio y mi Señor, os admito por mi Esposo y me ofrezco por vuestra esclava. No tendrá mi entendimiento otro objeto, ni mi memoria otra imagen, ni mi voluntad otro fin ni deseo fuera de

Vos, sumo, verdadero y único bien y amor mio, ni mis ojos se levantarán para ver criatura humana, ni atenderán mis potencias y sentidos á nadie fuera de Vos mismo, y á lo que Vuestra Majestad me encamináre: sólo Vos, Amado mio, seréis para vuestra Esposa, y ella para sólo Vos, que sois inconmutable y eterno bien.»

Recibió el Altísimo con inefable agrado esta aceptación que hizo la soberana Princesa del nuevo desposorio, que con su alma santísima había celebrado, y como verdadera Esposa le puso en sus manos todos los tesoros de su poder y gracia, y la mandó que pidiese, que nada le seria negado. La humildísima paloma pidió al Señor con ardentísima caridad enviase á su Unigénito al mundo para remedio de los mortales, que á todos los llamase al conocimiento verdadero de su Divinidad; que á sus padres Joaquín y Ana les aumentase el amor y dones de su divina diestra: que á los pobres y afligidôs los consolase y confortase en sus trabajos; é hizo muchas otras peticiones, y para sí misma pidió el cumplimiento y beneplácito de la divina voluntad. Los ángeles con música celestial volvieron á la

santísima Niña desde el cielo empireo al lugar del Templo, de donde la habían llevado. Y para comenzar á poner por obra lo que había prometido en presencia del Señor, fué á su Maestra y la entregó todo cuanto tenía, y la rogó lo distribuyese á los pobres, ó como ella gustase disponer de ello, y la mandase lo que debía hacer. La discreta Maestra con divino impulso admitió y aprobó lo que la hermosa Niña María ofrecía, y la dejó pobre y sin cosa alguna más de lo que tenía vestido; y propuso cuidar como la más destituida y pobre; pues las otras doncellas tenían cada una su peculio y homenaje señalado y propio de sus ropas, y otras cosas á su voluntad.

Doctrina de la Santísima Virgen María.

Hija mia, entre los favores grandes que recibí del Todopoderoso, fué el que acabas de escribir, porque en la vista clara de la Divinidad conocí ocultísimos misterios. Aquel deseo que tuve de hacer los cuatro votos de pobreza, obediencia, castidad y encerramiento, agradó mucho al Señor, y merecí con el deseo, que estableciese en la

Iglesia y ley de gracia el hacer los mismos votos las religiosas; y aquel fué el principio de lo que ahora haceis las religiosas, porque el Altísimo ordenó que fuesen mis deseos el fundamento de las religiones de la ley evangélica. Yo cumplí todo lo que allí propuse delante del Señor; jamás miré el rostro á hombre alguno, ni de mi esposo José, ni de los mismos ángeles, cuando en forma humana se me aparecían, y á ninguna cosa criada ó racional tuve afecto, ni en operación ó inclinación humana, ni tuve querer propio; porque en todo me gobernó el Altísimo, ó por sí inmediatamente, ó por la obediencia á las criaturas á quienes de voluntad me sujetaba.



CAPÍTULO VII.

—

Vida y ocupaciones de María en el Templo.

DESPUÉS que la Niña santísima consagró el Templo con su presencia y habitación, fué creciendo con toda propiedad en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres. Y después de haberse ofrecido toda al Señor, pidió con humildad á los Sacerdotes y Maestra la ordenasen la vida y ocupaciones en que había de trabajar. El Sacerdote hablóla y dijola: «Hija: muy niña os ha traído el Señor á su casa y Templo santo; pero agradeced este favor y procurad gananciar con él, trabajando mucho en servirle con verdad y corazón perfecto.» Obedeced á vuestra maestra Ana, y comenzad temprano á llevar el yugo suave de la virtud, para que le halleis más fácil en lo restante de la vida.» La soberana Niña respondió: «Vos, Señor mio, como Sacerdote

y ministro del Altísimo, y mi Maestra juntamente, me mandaréis y enseñaréis lo que debo hacer para no errar yo en ello; y así os lo suplico con deseo de obedecer en todo á vuestra voluntad.»

El Sacerdote la ordenó sus ocupaciones y la dijo: «Hija mía, á las divinas alabanzas y cánticos del Señor asistiréis con toda reverencia y devoción, y hareis siempre oración al muy Alto por las necesidades de su Templo santo, y de su pueblo, y por la venida del Mesías. Á las ocho de la noche os recogeréis á dormir; y al salir el alba os levantaréis á orar y bendecir al Señor hasta las nueve; desde las nueve hasta la tarde os ocuparéis en alguna labor de manos para que en todo seais enseñada. Y en la comida que después del trabajo tomaréis, guardad la templanza que conviene. Ireis luego á oír lo que la Maestra os enseñare, y ocuparéis lo restante del día en la lección de las Escrituras Santas; y en todo sereis humilde, afable y obediente á lo que mandare vuestra Maestra.» Oyó la Niña de rodillas al Sacerdote y pidióle al concluir la bendición y la mano; y habiéndosela besado á él y á la Maestra, propuso en su corazón

guardar el orden que le señalaban de su vida, todo el tiempo que estuviese en el Templo, mientras no la mandasen otra cosa.

Pidió licencia á su Maestra para servir á todas las otras doncellas, y ejercitar los oficios humildes de barrer, limpiar la casa y lavar los platos, y lo hacía con tan presurosa humildad, que ganaba el tiempo y ocasion de lo que otras habían de hacer, para tenerlo hecho antes que ninguna. Pedía á su Maestra cada día por la mañana y tarde la bendición, y besaba su mano; lo mismo hacía cuando la mandaba algún acto de humildad ó le daba licencia para hacerlo; y algunas veces le besaba los piés. Era tan dócil, tan apasible y suave en su proceder, tan oficiosa, rendida y diligente en humillarse en servir y respetar á todas las doncellas que vivían en el Templo, que á todas robaba el corazón, y á todas obedecía, como si cada una fuera su maestra.

La hermosura, la gracia, el donaire y agrado de nuestra Reina eran incomparables. En la comida y sueño era perfectísima, tenía regla ajustada á la templanza, jamás se excedía, antes moderaba algo de lo necesario, de manera que por su voluntad

nunca comió carne, ni más de una sola vez cada día, salvo cuando vivió con su esposo José, cuando acompañaba á su Hijo en sus peregrinaciones, que en estas ocasiones por la necesidad de ajustarse á los demás, seguía el orden que el Señor le daba, pero siempre con milagrosa templanza. El breve sueño que se tomaba y que no le impedía la altísima contemplación, por su voluntad lo dejara; pero en virtud de la obediencia se recogía el tiempo que le habían señalado.

Distribuía el tiempo con rara discreción, para dar el que le tocaba á cada una de sus ocupaciones. Era muy pronta en discurrir, profundísima en entender, altísima y nobilísima en pensamientos, prudentísima en elegir y disponer, eficacísima y suavísima en obrar, y en todo era una regla perfectísima y un objeto de admiración para los hombres, para los ángeles, y en su modo para el mismo Señor, que la hizo toda á medida de su corazón y agrado.

Doctrina de la Soberana Señora.

Hija mía, la naturaleza humana es imperfecta y remisa en obrar la virtud, y frágil

en desfallecer; porque se inclina mucho al descanso, y repugna al trabajo con todas sus fuerzas. Trabaja, y para tí no hay ley, mandato, ni acción perfecta que sea pequeña; ninguna desprecies ni olvides, obsérvalas todas, porque en los ojos de Dios todo es precioso lo que se hace por su gusto. Considera en todo que tienes Esposo á quién agradar, Dios á quién servir, Padre á quién obedecer, Juez á quién temer y Maestra á quién imitar y seguir. En las obras de supererogación pide consejo á tu Confesor y Prelado; y primero suplica á Dios que le dé acierto, y llega desnuda de toda inclinación y afecto á cosa determinada; y lo que te ordenare óyelo y escríbelo en tu corazón, y ejecútalo con puntualidad; y si es posible acudir á la obediencia y consejo, nunca por tí sola determines cosa alguna por más buena que te parezca; que la voluntad de Dios se te manifestará siempre por la santa obediencia.



CAPÍTULO VIII.

—

**Continúase la vida de la niña María
en el Templo y muerte de su
padre San Joaquín.**

CRECÍA la santísima Niña en edad y gracia cerca de Dios y de los hombres; y el Altísimo continuaba derramando sus dones y favores, renovando cada hora las maravillas de su brazo poderoso, como si para sola María Santísima estuviera reservada. Y correspondía Su Alteza en aquella tierna edad, llenando el corazón del mismo Señor de perfecto y adecuado beneplácito.

Determinó el Altísimo que la plenitud de gracias y virtudes de la princesa María, alcanzasen el colmo de merecimientos, extendiéndose á las obras árduas y magnánimas en el modo posible á sus tiernos años. Y en una de las visiones en que se le manifestó Su Majestad, la dijo: «Esposa y paloma mía, yo te amo con amor infini-

to, y de tí quiero lo más agradable á mis ojos y la satisfacción entera de mi deseo. No ignoras, hija mía, el tesoro oculto que encierran los trabajos y penalidades que la ciega ignorancia de los mortales aborrece, y que mi Unigénito, cuando se vista de la naturaleza humana, enseñará el camino de la cruz con ejemplo y con doctrina, dejándola por herencia á mis escogidos, como el mismo la elegirá por sí, y establecerá la ley de gracia fundando su firmeza y excelencia en la humildad y paciencia de la cruz y penalidades; y así quiero que te dispongas á padecer tribulaciones y penalidades por mi amor.

Á esta proposición del Altísimo respondió la niña María: «Señor, Dios mio y Rey altísimo, todas mis operaciones y potencias, y el mismo ser, que de vuestra bondad infinita he recibido, tengo dedicado á vuestro beneplácito, para que en todo se cumpla según la elección de vuestra infinita sabiduría y bondad. Y si me dais licencia para que yo haga elección de alguna cosa, sólo quiero hacerla del padecer por vuestro amor hasta la muerte. Yo confieso, Señor y Dios liberalísimo, mi deuda; pero si el padecer

por Vos admitis por alguna retribución, vengan sobre mi todas las tribulaciones y dolores de la muerte; sólo pido vuestra divina protección, hágase en mí vuestra voluntad perfecta y santa.»

Recibió el Altísimo este sacrificio de la tierna Niña y la dijo: «Hermosa eres en tus pensamientos, paloma mía y amada mía, yo admito tus deseos, y quiero que en su cumplimiento entiendas llega el tiempo en que tu padre Joaquín ha de pasar de la vida mortal á la inmortal y eterna; su muerte será muy breve, y luego descansará en paz, y será puesto con los Santos en el limbo, aguardando la redención del linaje humano. Este aviso del Señor no turbó el pecho real de la niña Maria, aunque no pudo excusar el natural dolor de carecer de su santísimo padre Joaquín, á quien santamente amaba como á hija. Pidió al Señor le mirase como poderoso y Dios verdadero en el tránsito de su dichosa muerte, y le defendiese del demonio, y le constituyese en el número de los elegidos, y para obligar más á Su Majestad se ofreció á padecer por su padre Joaquín todo lo que el Señor ordenase.

Aceptó Su Majestad esta petición, asegurándola que asistiría á su Padre y le colocaría entre los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob; y la previno de nuevo para recibir y padecer otros trabajos. Ocho días antes de la muerte de su padre San Joaquin, el Señor le declaró la hora en que habia de morir, y fué seis meses después que habia entrado ella en el Templo. La niña Reina pidió á doce ángeles que asistiesen á su padre San Joaquín en su enfermedad, y le confortasen y consolasen en ella; y para la última hora de su tránsito envió á todos los de su guarda, y pidió al Señor se los manifestase á su Padre para mayor consuelo suyo. Concediólo el Altísimo, y San Joaquin vió á los mil ángeles que guardaban á su Hija, y le dijeron: «Varón de Dios, sea el Altísimo tu salud eterna; María, tu Hija, nos envia para estar contigo en esta hora en que has de pagar á tu Criador la deuda de la muerte natural. Ella es poderosa intercesora tuya con el Altísimo, en cuyo nombre y paz parte de este mundo consolado y alegre, porque te hizo Padre de tan bendita Hija. María, tu Hija y nuestra Reina, es la escogida por el brazo del

Omnipotente para Madre del Mesías, y la bendita entre las mujeres, la superior á todas las criaturas, y sólo al mismo Dios inferior.»

Cuando los ángeles santos hablaron á Joaquín estas palabras, estaba su esposa Santa Ana á la cabecera de su lecho y las oyó y entendió por divina disposición; y al mismo punto el Santo Patriarca Joaquín perdió el habla, comenzó á agonizar con una lucha maravillosa entre el júbilo de tan alegre nueva y el dolor de su muerte. En este conflicto ejercitó muchas virtudes, y absor-to en el nuevo conocimiento de tan divino misterio, llegó al término de la vida natural con la preciosa muerte de los Santos. Su alma santísima fué llevada por los ángeles al limbo de los Santos Padres, y les participó que era nacida el alba María, de quien nacería el sol de la Divinidad, Cristo, reparador de todo el linaje humano. Difunto el Santo Patriarca, Padre de nuestra Reina, volvieron á su presencia los santos ángeles y la dieron noticia de todo lo sucedido en el tránsito de su Padre; y luego la prudentísima Niña solicitó con oraciones el consuelo de su madre Santa Ana, pidiendo

al Señor la asistiese como Padre en la soledad en que la dejaba la falta de su esposo Joaquín. Santa Ana dió noticia de la muerte de su Esposo á la Maestra de nuestra divina Princesa, para que participándosela, la consolase. Hizolo así la Maestra, y la Niña la oyó con disimulación y agrado, pero con la paciencia y modestia de Reina, y se fué al Templo repitiendo el sacrificio de alabanza, humildad, paciencia y otras virtudes y oraciones.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mia; mi Hijo y mi Señor eligió para sí y para sus escogidos, por herencia legitima los trabajos, naciendo y viviendo siempre en trabajos, y muriendo en cruz. Por aquí has de medir el precio del padecer, que los mundanos no alcanzan porque son indignos de la ciencia divina, y, como la ignoran, la desprecian. Alégrate y consuélate en las tribulaciones, y cuando el Altísimo se dignare enviarte alguna, procura tú salirle al encuentro para recibirla como bendición suya y prenda de su amor y gloria. Advierte, carísima, que mi Hijo

Santísimo y yo deseamos tener entre las criaturas alguna alma de las que han llegado al camino de la cruz, á quien pudiésemos enseñar esta divina ciencia; si quieres ser nuestra discípula, entra en esta escuela donde sólo se enseña la doctrina de la cruz, y aprende á buscar en ella el descanso y las delicias verdaderas.



CAPÍTULO IX.

Trabajos de la niña María en el Templo.

EN el breve curso de sus tiernos años la niña María había gozado de las delicias del Altísimo, de los santos ángeles y de sus Padres, y en el Templo de las de sus Maestros y Sacerdotes, porque en los ojos de todos era graciosa y amable; pero el Señor quiso que de los regalos y caricias pasase á la soledad, sequedad y tribulaciones.

El primero de los trabajos que padeció la niña María, fué suspender el Señor las continuas visiones que la comunicaba, y fué tanto mayor este dolor, cuanto él era nuevo y desacostumbrado, y más alto y precioso el tesoro que perdía de vista. Ocul-táronsele también los santos ángeles, y con el retiro de tantos, tan excelentes y divinos objetos, quedó aquella alma á su parecer co-

mo desierta y sola en la noche oscura de la ausencia de su Amado, que la vestía de luz. Como era tan humilde, atribuía á su ingratitud el no haber merecido la presencia y posesión del bien perdido; y con el encendido amor le solicitaba y buscaba. Convirtiéndose toda al Señor en aquel nuevo estado que sentía y dijole:

«Dios Altísimo y Señor de todo lo criado, en bondad infinito, y rico en misericordias; confieso que tan vil criatura no pudo merecer vuestros favores, y mi alma con íntimo dolor recela de su propia ingratitud y vuestro desagrado. Si he sido remisa en el retorno de tantos beneficios, conozco yo, Señor, la culpa de mi grosero descuido. Si como ignorante y simple oveja, no supe ser agradecida, ni obrar lo más acepto á vuestros ojos, postrada estoy en tierra, unida con el polvo, para que Vos, mi Dios, que habitais en las alturas, me levanteis por pobre y destituida. Mi alma desfallece en su amargura y en vuestra ausencia, que sois su dulce vida.»

Volviase á los santos ángeles y les decía: «Principes celestiales, embajadores del gran Rey, y amigos fidelísimos de mi al-

ma, ¿por qué también me habeis dejado? ¿Por qué me privais de vuestra dulce vista y me negais vuestra presencia? Pero no me admiro de vuestro enojo, si por desgracia mia he merecido caer en la de vuestro Criador y mio. Luceros de los cielos, alumbrad en esta mi ignorancia á mi entendimiento, y si tengo culpa, corregidme y alcanzad de mi dueño me perdone. Nobilísimos cortesanos de la celestial Jerusalem, doleos de mi aflicción y desamparo: decidme: ¿á dónde fué mi Amado? Dónde se ha escondido? Dónde lo hallaré?» Convertíase luego á las criaturas y les decía: «Sin duda vosotras también estais armadas contra los ingratos, pero si por la bondad de mi Señor y vuestro me consentís entre vosotras, aunque soy la más vil, no podeis satisfacer á mi deseo. «Otras muchas razones formaba en su pecho y repetía en su lengua nuestra divina señora; y habiendo permanecido por algún tiempo en esto, padeció más tormentos espirituales y trabajos que todos los Santos juntos, porque llegando á sospechar si había perdido á Dios, y caido en su desgracia por culpa suya, nadie puede encarecer ni conocer fuera del mismo

Señor, cuánto y cuál sería el dolor de aquel ardiente corazón que tanto supo amar.

El segundo de los trabajos que padeció la niña María, fué el ser atormentada de varios pensamientos de suma iniquidad y malicia; y como el demonio reconoció á la gran Señora afligida y llorosa, la embistió por medio de la desconfianza. Estuvo nuestra invencible Reina tan superior é inmóvil á la batería del infierno, que en su interior ni se alteró ni se dió por entendida á tantas sugerencias, tomando ocasión para reconcentrarse en sus incomparables virtudes, y levantar más la llama del divino incendio de amor que en su pecho ardía.

Entre estas alternadas tentaciones y combates, era incesante la oración fervorosa de María Santísima y decía al Señor: «Ahora, Dios mio altísimo, que estoy en la tribulación, estareis conmigo; ahora que de todo mi corazón os llamo y busco vuestras justificaciones, llegarán mis peticiones á vuestros oídos; ahora que padezco tan gran violencia, respondereis por mí. Vos, Señor y Padre mio, sois mi fortaleza y mi refugio, y por vuestro santo Nombre me sacareis del peligro, me encaminaréis por el

seguro camino, y me alimentaréis como hija vuestra.»

Vencido el demonio, se valió de las criaturas, esto es, de las doncellas compañeras de María, arrojándoles algunas centellas de envidia, persuadiéndolas que á vista del Sol, María, quedaban ellas oscurecidas y poco estimadas, y que sus propias negligencias eran más conocidas de la Maestra y de los Sacerdotes, y que sola María sería la preferida en estado y estimación de todos. Admitieron esta mala semilla en su pecho las compañeras de la niña María, empezaron á mirarla y tratarla mal, llamándola hipócrita, y que sólo trataba de granjear con artificio la gracia de la Maestra y Sacerdotes, y desacreditar á las demás compañeras, murmurando de ellas, y encareciendo sus faltas, siendo ella la más inútil de todas.

Estas contumelias y otras muchas oyó la prudentísima Virgen sin recibir turbación alguna, y con igual humildad respondió: «Amigas y señoras mías, razón teneis por cierto que yo soy la menor y más imperfecta de todas; pero vosotras, mis hermanas, como más advertidas, habeis de per-

donar mis faltas y enseñar mi ignorancia, encaminándome para que acierte á hacer lo mejor y á daros gusto. Yo os suplico, amigas, que aunque soy tan inútil, no me negueis vuestra gracia, ni creais de mí que deseo desmerecerla; porque os amo y reverencio como sierva, y lo seré en todo lo que gustáreis hacer experiencia de mi buena voluntad: mandadme, pues, y decidme lo que de mí quereis.

No ablandaron estas humildes y suaves razones de la modestísima María el pecho endurecido de sus amigas y compañeras; antes continuaron muchos días esta persecución, sin que fuesen poderosas la humildad, paciencia, modestia y tolerancia de la divina Señora, á templar el odio de sus compañeras que, seducidas del demonio, llegaron á injuriarla de palabra, y darle algunos empellones: pero la divina Señora, cumpliendo en todo con lo perfecto y más alto de la divina ley, las volvió bien por mal, bendiciones por maldiciones, y rogó al Altísimo por las que la perseguían.

Mas, engañadas un día del demonio, llevaron á la princesa María á un aposento retirado, y allí la llenaron de injurias; y al

ver la mansedumbre y paciencia de María, alzaron la voz destempladamente, de manera que, acudiendo al ruido los Sacerdotes y Maestra, preguntaron la causa de aquella inquietud. Callando la mausísima María, respondieron las otras doncellas y dijeron: «María de Nazareth nos trae á todas inquietas y alteradas con su terrible condición, y fuera de vuestra presencia nos desconsuela y provoca, de suerte que si no sale del Templo, no será posible tener todas paz con ella. Si la sufrimos, es altiva; y si la reprendemos, se burla de todas, postrándose á los piés con fingida humildad, y después lo murmura y lo inquieta todo entre nosotras.»

Los Sacerdotes y Maestra llevaron á otro aposento á la Señora del mundo, y allí la reprendieron, y habiéndola exhortado á que se enmendase y procediese como quien vivía en casa de Dios, la amenazaron con que si no lo hacía la despedirían y echarían del Templo. Enternecióse un poco la prudentísima Virgen con esta conminación, y con lágrimas respondió: «Señores, yo agradezco el favor que me haceis con reprenderme y enseñarme como á tan imperfecta

y vil mujer; pero suplico me perdoneis, pues sois ministros del Altísimo, y disimulando mis defectos, me gobernéis en todo para que yo acierte mejor que hasta ahora á dar gusto á Su Majestad y á mis hermanas y compañeras; que con la gracia del Señor lo propongo de nuevo y comenzaré desde hoy.» Los Sacerdotes y Maestra la dejaron, y ella fuese luego á las demás compañeras y doncellas, y postrándose á sus piés las pidió perdón, como si fuera culpable.

Viéndose despreciada y maltratada de las criaturas, se dirigió al Señor y le dijo: «Si Vos, que sois mi Dueño y mi Hacedor, me habeis desamparado, no es mucho que todo el resto de las criaturas me aborrezcan y se conviertan contra mí. Todo lo merece mi ingratitude á vuestros beneficios. Vos sólo sois mi bien, y descanso; y si lo sois y os tengo ausente; ¿cómo sosegará mi afligido corazón? Descontad, Señor, mis negligencias con el dolor de haberos ocultado á mi interior, y pagad con larga mano el bien que vuestras criaturas me granjean, obligándome á conocer más vuestra bondad y mi vileza; levantad, Señor, á la me-

nesterosa del polvo de la tierra, y vea yo vuestro divino rostro y seré salva.»

Doctrina de la Santísima Virgen.

Hija mía, todos los bienes se estiman según el aprecio que de ellos hacen las criaturas, y en tanto los aprecian, en cuanto conocen ser bienes; pero como sólo es uno el verdadero bien, sólo éste debe ser apreciado y conocido; y entonces llegarás á darle la estimación y amor, cuando le conocieres y apreciares sobre todo lo criado. Por este aprecio y amor se regula el dolor de perderle, y así entenderás algo de los afectos que yo sentí cuando se me ausentaba, dejándome temerosa si acaso por culpas le perdía. Muchas veces, el dolor de estos celos y la fuerza del amor me priváran de la vida, si el mismo Señor no la conservára. Pondera cual debe ser el dolor de perder á Dios por pecados.

También quiero que entiendas que padecer las injurias con igualdad de corazón y perdonarlas enteramente por el Señor, será más grato á sus ojos que si por tu voluntad hicieras rígidas penitencias y derramaras tu pro-

pia sangre. Humíllate á los que te persiguen, ámalos y ruega por ellos con verdadero corazón, y con esto subirás á lo perfecto de la Santidad, y vencerás á todo el infierno.



CAPÍTULO X.

**El Altísimo hace ver la inocencia de
María y la participa la muerte
cercana de su Madre.**

LLEGÓ el tiempo oportuno de poner término á la ciega envidia y emulación de las engañadas doncellas; el mismo Señor habló en sueños al Sacerdote, y le dijo: «Mi sierva María es agradable á mis ojos, es perfecta y escogida, y está sin culpa en lo que se le atribuye.» La misma revelación tuvo Ana, la Maestra de las doncellas. Y á la mañana llamaron á la princesa María, pidiéndola perdón de haber dado crédito á la falsa relación de las doncellas, y la prometieron defenderla de la persecución que la hacían, y las penas que la ocasionaban. Mas la Maestra de la humildad respondió al Sacerdote y Maestra: «Señores, yo soy á quién se deben las reprensiones, y os suplico no desmerezca oírlas, pues como ne-

cesitada las pido y estimo. La compañía de mis hermanas para mí es muy amable, y no quiero perderla por mis deméritos, pues tanto debo á todas por lo que me han sufrido, y en retorno las deseo más servir; pero si me mandais otra cosa, estoy para obedecer vuestra voluntad.»

El Sacerdote y Maestra aprobaron su humilde petición, pero en adelante la miraron con nueva reverencia y afecto. Pidió la Virgen al Sacerdote la mano y bendición, y también á la Maestra, y con esto la dejaron.

Retiróse nuestra Reina, y hablando con el Altísimo le dijo: «¿Por qué, Señor, tanto rigor conmigo? Por qué tan larga ausencia y tanto olvido de quien sin Vos no vive?» La ausencia del Señor de la divina Esposa duró diez años, para que por el ejercicio de todas las virtudes se dispusiese para la dignidad que el Altísimo la prevenía.

Entrada la Virgen á los doce años de edad, un día los santos ángeles, sin manifestársele, la hablaron y dijeron: «Maria, el término de la vida de tu santa madre Ana se cumple ahora, y Su Majestad ha determinado que sea libre de las prisiones

del cuerpo mortal y sus trabajos tengan dichoso fin.» Con este doloroso aviso se enterneció el corazón de la piadosa Hija, y postrándose en la presencia del Altísimo, hizo una fervorosa oración por la buena muerte de su madre Santa Ana. Mandó Su Majestad en aquella noche que los santos ángeles la llevasen real y personalmente á la presencia de su madre enferma, y en su lugar quedase sustituto uno de ellos, tomando cuerpo aéreo de su misma forma. Al llegar la divina Señora, la dijo, besándola la mano: «Madre mía y mi señora, sea el Altísimo vuestra luz y fortaleza, y sea bendito, pues no ha querido su dignación que yo, pobre y necesitada, quedase sin el beneficio de vuestra última bendición.» Dióla su bendición Santa Ana, y con íntimo afecto dió al Señor las gracias, y agradeció á su Hija el amor que en tal ocasión le había manifestado.

Luego nuestra Princesa animó y confortó á su santa Madre para el trance de la muerte, y le dijo: «Madre y querida de mi alma, necesario es que por la puerta de la muerte pasemos á la eterna vida que esperamos; amargo es y penoso el tránsito, pe-

ro fructuoso. Recibid, Madre mia, la muerte, y pagad con ella la común deuda con alegría de espíritu, y partid segura á la compañía de los santos Patriarcas, justos y amigos de Dios, donde con ellos esperaréis la redención; la seguridad de esta esperanza será el alivio mientras llega la posesión del bien que todos esperamos.»

■ Santa Ana respondió: «Hija mia querida, cumplid ahora con esta obligación, no olvidándome en la presencia de Nuestro Señor, representándole mi necesidad de su divina protección en esta hora; advertid lo que debeis á quien os concibió, os sustentó á sus pechos y siempre os tiene en el corazón. Pedid al Señor extienda la mano de sus misericordias infinitas sobre esta inútil criatura y venga sobre mí su bendición en esta hora de mi muerte; pues ahora y siempre he puesto mi confianza toda en sólo su santo Nombre, y no me desampareis, amada mia, antes que cerreis mis ojos. Huérfana quedais y sin amparo de los hombres; pero en la protección del Altísimo viviréis, y esperaréis, en sus misericordias; caminad por el camino de las justificaciones del Señor y pedid á Su Ma-

jestad gobierne vuestros afectos y potencias y sea el maestro que os enseñe su santa ley. No salgais del Templo antes de tomar estado, y este sea con el sano consejo de los Sacerdotes del Señor. La hacienda de vuestro padre Joaquín y mia, que os pertenece, partiréis con los pobres, con quienes seréis larga y caritativa. Pediréis continuamente al Omnipotente quiera su misericordia enviar al mundo su salud y redención por el Mesías prometido. Ruego y suplico á su bondad infinita, sea vuestro amparo, y venga sobre Vos su bendición con la mia».

Entre estos coloquios Santa Ana sintió las últimas congojas de la vida, y reclinada en los brazos de su Hija santísima dió su alma purísima á su criador. Habiéndole cerrado los ojos, como lo pidió á su Hija, dejando el sagrado cuerpo compuesto, volvieron los santos ángeles á su reina María en el Templo. Sintió la Virgen María la muerte de su feliz Madre, y con ella su propia soledad sin tal amparo, pero se resignó á la voluntad del Señor.

Sentía nuestra divina Princesa que se llegaba la vista deseada del sumo bien; enar-

deciase toda con la vecindad de la invisible llama que alumbra y no consume, y retocado su espíritu con los asomos de esta nueva claridad, preguntaba á sus ángeles, y les decía: «Amigos y señores; ¿cuándo llegará el día en que verán mis ojos al Sol de justicia que los alumbra?» Respondieronla y dijeron: «Esposa del Altísimo, cerca está vuestra deseada verdad y luz, y no tardará mucho, que ya viene.» Se le manifestaron los santos ángeles y les vió como solía. Alegre nuestra Princesa con este refrigerio, habló á sus ángeles y les dijo: «Príncipes soberanos, ¿por qué tan largo tiempo he desmerecido vuestra vista? En qué os desagradé? Decidme en qué fuí negligente, para que no me desampareis por culpa mia.» «Señora, (respondieron ellos) á la voz de nuestro Criador obedecemos, y por su santa voluntad nos gobernamos todos; mandónos ocultar de vuestra vista cuando encubrió la suya, pero que disimulados asistiéramos cuidadosos á vuestro amparo y defensa.»

«Decidme, replicó María: ¿dónde está mi Dueño, mi Bien, mi Hacedor? Decidme si le verán mis ojos luego, ó si por ventura

le tengo disgustado, para que esta vilísima criatura llore amargamente la causa de su pena.» «Luego, Señora, vereis al que desea vuestra alma.»

Finalmente, Su Majestad, después de haber estado tanto tiempo oculto, se manifestó á su esposa María por visión abstractiva de la Divinidad; y con ella el Señor enjugó las continuadas lágrimas de nuestra Reina, premió sus afectos y ansias amorosas, satisfizo á su deseo, y toda descansó con afluencias de delicias, reclinada en los brazos de su Amado.

Doctrina de la reina Santísima María.

Hija mia, la mayor ciencia de la criatura es dejarse toda en manos de su Criador. Aflige y corrige con adversidades á los justos, consuela y vivifica con favores, alienta con promesas, y atemoriza con amenazas; auséntase para más solicitar los afectos del amor; manifiéstase para premiarlos y conservarlos, y con esta variedad hace más hermosa y agradable la vida de los escogidos.

Tu incesante oración será, repitiendo

siempre: Aquí estoy, Señor, ¿qué quieres hacer de mí? Preparado está mi corazón; ¿qué quereis Señor que yo haga por Vos? pronunciando estas palabras con lo íntimo y fervoroso de tu afecto, más que con los labios.



CAPÍTULO XI.

Desposorio de María Santísima con San José.

A los trece años y medio tuvo la princesa María otra visión abstractiva de la Divinidad, en la que el Altísimo la mandó que recibiese esposo para su guarda y compañía. Á tan impensado mandato suspendió la prudentísima Virgen su juicio y dijo al Señor: «Eterno Dios de majestad incomprendible, Criador del cielo y de la tierra y todo lo que en ellos se contiene, podeis hacer de vuestro gusanillo vil á vuestro beneplácito, sin que yo falte á lo que os tengo prometido; y si no me desvío de vuestro gusto de nuevo confirmo y ratifico que quiero ser casta en lo que tuviere vida, y á Vos quiero por dueño y por Esposo: pues á mí sólo me toca obedeceros, mirad, Esposo mío, que de vuestra cuenta corre sacar á mi flaqueza humana de este empe-

ño, en que vuestro santo amor me pone.»

Turbóse algún poco la castísima María; aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la más heróica obediencia, que hasta entonces había tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor. Su Majestad la Respondió: «María no se turbe tu corazón, que tu rendimiento me es agradable, y mi brazo poderoso no está sujeto á leyes; por mi cuenta correrá lo que á tí más te conviene.» Con sola esta promesa del Altísimo volvió María de la visión á su ordinario estado, y entre la suspensión y la esperanza, que la dejaron el divino mandato y promesa, quedó siempre cuidadosa, obligándola el Señor por este medio á que multiplicase con lágrimas nuevos afectos de amor y confianza, de fé, de humildad y de obediencia, de castidad purísima y de otras muchísimas virtudes.

Durante este tiempo, habló Dios en sueños al Sumo Sacerdote, que era el Santo Simeón, y le mandó que dispusiese como dar estado de casada á María de Nazareth. El santo Simeón preguntó al Señor con quién la había de casar, y el Señor le mandó que juntase á los otros sacerdotes y letra-

dos y les propusiese como aquella doncella era sola y huérfana y no tenía voluntad de casarse; pero que según la costumbre de no salir del Templo las primogénitas sin tomar estado, era conveniente hacerlo con quién más á propósito les pareciere. Obedeció Simeón á la ordenación divina; y habiendo congregado á los demás, les dió noticia de la voluntad del Altísimo, y les propuso el agrado que Su Majestad tenía de María de Nazareth, según se le había revelado; y que hallándose en el Templo y faltándole sus Padres, era obligación de todos ellos cuidar de su remedio, y buscarle esposo digno de mujer tan honesta, virtuosa, y de costumbres tan irrepreensibles, como todas habian conocido de ella en el Templo; y á más de esto que mirasen la persona, la hacienda, la calidad, para que se reparase mucho á quien todo se había de entregar. Añadió que María no deseaba tomar estado de matrimonio; pero que no era justo saliese del Templo sin él porque era huérfana y primogénita.

Los sacerdotes y letrados determinaron que convenía pedir la voluntad del Señor, para que señalase la persona que más á

propósito fuese para esposo de María. Determinaron que todos los varones solteros del linaje de David que estaban en Jerusalem, se juntasen en el Templo, y vino á ser aquel día el mismo que María cumplía catorce años de su edad. Y como era necesario darle á ella noticia de este acuerdo, y pedirle su consentimiento, el sacerdote Simeón la llamó, y la propuso el intento que tenían él y los demás sacerdotes de darla esposo antes que saliese del Templo.

La prudentísima Virgen lleno el rostro de virginal pudor, respondió al Sacerdote y dijo: «Yo, Señor mio, cuanto es de mi voluntad he deseado guardar toda mi vida castidad perpétua, dedicándome á mi Dios en el servicio de este santo Templo, en retorno de los bienes que en él he recibido, y jamás tuve intento, ni me incliné al estado de matrimonio, juzgándome por inhábil para los cuidados que trae consigo. Esta es mi inclinación, pero Vos, Señor, que estais en lugar de Dios, me enseñaréis lo que fuere de su voluntad.» «Hija mia, replicó el Sacerdote, vuestros deseos santos recibirá el Señor, pero advertid que ninguna de las doncellas de Israel se abstiene aho-

ra del matrimonio, mientras aguardamos la venida del Mesías, y por esto se juzga por feliz y bendita la que tiene sucesión de hijos en nuestro pueblo. En el estado del matrimonio podreis servir á Dios con muchas veras y perfección; para que tengais en él quien os acompañe y á vuestros intentos se conforme, haremos oración pidiendo al Señor señale de su mano esposo que sea más conforme á su divina voluntad, entre los del linaje de David; y Vos pedid lo mismo, para que el Altísimo nos mire y nos encamine á todos.

Esto sucedió nueve días antes de tomar la última resolución, y en este tiempo la Santísima Virgen multiplicó sus peticiones al Señor con incesantes lágrimas y suspiros, pidiendo el cumplimiento de su divina voluntad. Un día de estos se le apareció el Señor y le dijo: «Esposa y paloma mia, dilata tu afligido corazón, y no se turbe ni contriste; yo estoy atento á tus deseos y ruegos y lo gobierno todo, y por mi luz va regido el Sacerdote: yo te daré esposo de mi mano, que no impida tus santos deseos; pero que con mi gracia te ayude en ellos: yo te buscaré varón perfecto

conforme á mi corazón, y le elegiré entre mis siervos; mi poder es infinito, y no te faltará mi protección y amparo.»

Respondió María Santísima: «Sumo bien, y amor de mi alma, bien sabeis el secreto de mi pecho; conservadme, pues, Esposo mio, casta y pura, como por Vos mismo y para Vos lo he deseado. No desprecieis mis suspiros, ni me apartéis de vuestro divino rostro. Atended, Señor y Dueño mio, que soy un gusanillo vil, flaco y despreciable por mi bajeza: y si en el estado del matrimonio desfallezco, faltaré á Vos y á mis deseos; determinad mi seguro acierto; aunque soy polvo inútil, clamaré á los piés de vuestra grandeza, esperando, Señor, vuestras misericordias infinitas.»

Llegó el día señalado, y se juntaron en el Templo los varones de la tribu de Judá y linaje de David, hicieron oración al Señor junto con los Sacerdotes, para que todos fuesen gobernados por su divino Espíritu en lo que debían hacer. El Altísimo habló al corazón del sumo Sacerdote inspirándole, que á cada uno de los jóvenes allí congregados pusiese una vara seca en las manos, y todos pidiesen con viva fe á Su Majes-

tad, declarase por aquel medio á quien habia elegido para esposo de María. Estando todos los congregados en esta oración, se vió florecer la vara de José, y al mismo tiempo bajó una paloma sobre él; y Dios habló en su interior y le dijo: «José, siervo mio, tu esposa será María, admítela con atención y reverencia, porque en mis ojos es acepta, justa y purísima en alma y cuerpo, y tú harás todo lo que ella te dijere.» Con la declaración y señal del cielo los Sacerdotes dieron á San José por esposo elegido del mismo Dios para la doncella María. Y llamándola para el desposorio, salió la escogida como el sol, más hermosa que la luna, y pareció en presencia de todos con un semblante más que de ángel, de incomparable hermosura, honestidad y gracia, y los Sacerdotes la desposaron con el más casto y santo de los varones, José.

La divina Princesa, más pura que las estrellas, con el semblante lloroso y grave se despidió de los Sacerdotes, pidiéndoles la bendición y á la Maestra también; y á las doncellas perdón, y á todos dando gracias por los beneficios recibidos de sus manos en el Templo. Despidióse del Templo,

no sin grave dolor de dejarle, contra inclinación y deseo; y acompañándola algunos legos de los más principales, que servían en el Templo, con su mismo esposo José caminaron á Nazareth, patria natural de los dos felicísimos desposados. Llegado que hubieron á Nazareth donde la joven María tenía casa y hacienda de sus dichosos Padres, fueron recibidos y visitados de todos los amigos y parientes con el regocijo y aplauso que en tales ocasiones se acostumbra. Y habiendo cumplido con la natural obligación y urbanidad santamente, satisfaciendo á estas deudas temporales de la conversación y comercio de los hombres, quedaron libres y desocupados los dos santísimos Esposos en su casa.

Doctrina de la Reina del Cielo.

Hija mia, mandóme su Alteza tomar estado de casada; quiero que entiendas que fué para mí el mayor dolor y aflicción, que hasta aquel día había padecido, saber que había de tener por esposo á uno de los hombres; y si en esta pena no me confortára su virtud divina, y no me dejára al-

guna confianza, aunque oscura y sin determinación, con el dolor hubiera perdido la vida.

Pero quedarás enseñada, cual ha de ser el rendimiento de la criatura á la voluntad del Altísimo, sin escudriñar los secretos de la Majestad. Yo reconocía que el Altísimo es superior á todas las criaturas; y si bien por no saber lo que me mandaría y ordenaría en el estado del matrimonio, me afligia mucho; no obstante este dolor y pena sirvieron para que mi obediencia fuese más excelente.

Con tal ejemplo debes tú regular el rendimiento que has de tener á tu Esposo y Señor dejándote en su protección y en la firmeza de sus promesas; y en lo que tuvieses aprobación de tus Prelados, déjate gobernar ciegamente.



CAPÍTULO XII.

Orden de vida que dispuso María Santísima en el matrimonio.

Pocos días después del matrimonio, habló José á María y la dijo. «Esposa y Señora mia, yo doy gracias al Altísimo por la merced de haberme señalado por vuestro esposo cuando me juzgaba indigno de vuestra compañía: pero Su Majestad hizo esta misericordia conmigo, y deseo me ayudeis á darle el retorno que le debo, sirviéndole con rectitud de corazón. Para esto me tendreis por vuestro siervo; decidme, Señora, cual es vuestra voluntad, para que yo la cumpla.» La divina Esposa respondió al Santo: «Señor mio, yo estoy gozosa de que el Altísimo, para ponerme en este estado, se dignase de señalaros para mi esposo y dueño, y que el serviros fuese con el testimonio de su voluntad divina; pero si me dais licencia diré lo que os de-

seo manifestar.» «Hablad, Señora, que vuestro siervo oye.» «Señor y esposo mio; en mi tierna edad me consagré á Dios con perpétuo voto de ser casta en alma y cuerpo; suya soy y le reconozco por esposo y Dueño con voluntad inmutable de guardarle la fe de la castidad. Para cumplir esto, quiero, señor mio, que me ayudeis, que en lo demás yo seré vuestra fiel sierva, para cuidar de vuestra vida, cuanto durare la mia.» El castísimo José la respondió: «Yo, Señora, quiero que entendais como de doce años hice también promesa de servir al Altísimo en castidad perpétua; y ahora vuelvo á ratificar el mismo voto para no impedir el vuestro; antes en la presencia de su Alteza os prometo ayudaros cuanto en mi fuere, para que en toda pureza le sirvais y ameis, según vuestro deseo. Yo seré con la divina gracia vuestro fidelísimo siervo y compañero, y os suplico recibais mi casto afecto y me tengais por vuestro hermano, sin admitir jamás otro peregrino amor, fuera del que debeis á Dios y despues á mi.» La divina Princesa ofreció á San José corresponderle á su deseo. Luego distribuyeron la hacienda here-

dada de San Joaquín y Santa Ana; una parte ofreció al Templo, otra á los pobres, y la tercera quedó á cuenta del santo Esposo, para que la gobernase. Sólo reservó para sí nuestra Reina el cuidado de servirle y trabajar dentro de casa.

En sus primeros años había aprendido San José el oficio de carpintero, y preguntó á la santísima Esposa si gustaría que ejercitase aquel oficio para servirla y granjear algo para los pobres; pues era forzoso trabajar y no vivir ocioso. Aprobólo la Virgen, advirtiéndole á San José que el Señor no los quería ricos, sino pobres, y amadores de los pobres, y para su amparo en lo que su caudal se extendiese.

Quería San José prestar obediencia á su Esposa; la humildísima Esposa no consintió que siendo el varón cabeza, se pervirtiese el orden de la misma naturaleza, y quiso en todo obedecer á su esposo José, pidiéndole consentimiento sólo para dar limosna á los pobres del Señor, y el Santo la dió licencia para hacerlo.

Hallándose la princesa María en el nuevo estado de su matrimonio, levantó su mente purísima al Padre de las lumbres

para entender como se gobernaría con mayor agrado suyo entre las nuevas obligaciones de su estado. Fué María Santísima digno ejemplar de todas las mujeres casadas, jamás estuvo ociosa, trabajaba lino y lana para su Esposo y para su Hijo, y muchos pobres que de su trabajo socorría. Jamás olvidó ninguna de sus propias obligaciones, pues fué vigilantísima en todo, jamás hubo en ella descuido ni olvido, ni tardanza ó inadvertencia en lo que había de prevenir ó proveer. Era más laboriosa en el consejo de las obras interiores, conservando las especies de las visiones divinas, y la elección de las Sagradas Escrituras, jamás estuvo ociosa en su interior sin trabajar y acrecentar los dones y virtudes del alma. Ninguno de los pecadores puso tanta fuerza en mortificar sus desordenadas pasiones como nuestra Princesa en gobernar y santificar más todas sus potencias y sentidos. Castigaba su castísimo y virginal cuerpo con penitencias incesantes, vigili-
as, ayunos, postraciones en cruz, y negaba siempre á sus sentidos el descanso y lo deleitable, no porque se hubiesen desconcertado, mas para obrar lo más santo y acep-

to al Señor, sin tibieza, remisión ó negligencia; porque todas sus obras fueron con toda la eficacia y fuerza de la gracia.

Doctrina de la Soberana Señora.

Hija mia, con el ejemplo de mi vida en el estado del matrimonio, hallarás reprendida la disculpa que alegan, para no ser perfectas, las almas que le tienen en el mundo. Yo vivía en casa de mi Esposo con la misma perfección que en el Templo; porque no mudé con el estado el afecto, ni el deseo, ni cuidado de amar y de servir á Dios, antes lo aumenté para que nada me impidiese las obligaciones de esposa, y por esto me asistió más el favor divino, y me disponía y acomodaba su mano poderosa todas las cosas conforme á mi deseo.



CAPÍTULO XIII.

Comienza el Altísimo á disponer en María el misterio de la Encarnación y su ejecución por nueve días antecedentes.

EL primer día de esta felicísima novena, sucedió que la princesa María, después de algún pequeño alivio que recibía, se levantó á media noche, y postrada por el tiempo de nueve horas en la presencia del Altísimo, comenzó su acostumbrada oración y santos ejercicios. Manifestósele la Divinidad por visión abstractiva muy eminente, pidió en ella la Encarnación del Verbo, y humillándose dijo: «Que si ella era la que impedía el beneficio de la redención, deseaba la muerte antes que retardar un beneficio tan grande á favor del linaje humano.»

El segundo día, el Altísimo la dió el dominio sobre las criaturas; ya le pertenecía por ser exenta de la culpa original, ya tam-

bién por haber de ser Madre del Criador. En el día primero la hizo participante del atributo de la sabiduría, y en este segundo día le comunicó en su modo el de la omnipotencia.

El día tercero, precediendo las mismas preparaciones, se le manifestó la Divinidad en visión abstractiva, como los otros dos días, y en ella conoció la inclinación del amor divino al remedio de los hombres, y á levantarlos de todas sus miserias. En el conocimiento de esta infinita misericordia, y lo que con ella benignamente había de obrar, le dió el Altísimo á María Purísima cierto género de participación más alta de sus mismos atributos, para que después como Madre y abogada de los pecadores intercediese por ellos.

El cuarto día fué elevada á la visión de la Divinidad en la forma dicha abstractiva; pero con nuevos efectos y más altas iluminaciones de aquel purísimo espíritu. Se la declaró en esta visión la nueva ley de gracia que el Salvador del mundo había de fundar, con los sacramentos que contiene, y el fin para que los establecería y dejaría en la nueva iglesia evangélica, y los au-

xilios, dones y favores que prevenía para los hombres, con deseo de que todos fuesen salvos y se lograra en ellos el fruto de la redención. Conoció el mal estado del mundo, y cuan ciegamente se impedían los mortales y privaban de la participación de la Divinidad. De aquí le resultó un nuevo género de martirio con la fuerza con que se dolía de la perdición humana, y el deseo de reparar tan lamentable ruina. Hizo sobre esto altísimas oraciones, peticiones, ofrecimientos, sacrificios, humillaciones y heroicos actos de amor de Dios y de los hombres, para que ninguno, si fuera posible, se perdiera de allí adelante, y todos conociesen á su Criador y reparador, y le confesasen, adorasen y amasen.

En la visión del quinto día, le manifestó el Señor cuanto impedían los pecados de los hombres la Encarnación, pero la piadosa Virgen instó, suplicó para la ejecución, y la Santísima Trinidad dió su real palabra á María, que luego enviaría al mundo el Verbo Eterno hecho hombre.

En la visión del sexto día, se le manifestó la creación del primer hombre, el feliz estado de la justicia original, la hermosura

y perfección de la inocencia y de la gracia en que fueron criados nuestros primeros Padres, su tentación y caída, los efectos que hizo el pecado, el furor y odio de los demonios contra el linaje humano. Tomó María por su cuenta llorar aquella primera culpa con todas las demás que de ella resultaron, como si de todas fuera ella delincuente. Rindió dignas gracias al Criador por la ostentosa obra de la creación del hombre.

Doctrina de la princesa María.

Hija mia, atiende como la virtud de la humildad fué el fundamento de todas las maravillas que obró el Altísimo conmigo, y para que aprecies esta virtud, advierte que entre todas, así como es tan preciosa, también es delicada y peligrosa; y si en alguna cosa la pierdes, y no eres humilde en todas sin diferencia, no lo serás con verdad en alguna. Cuando el Altísimo me dió conocimiento de su bondad, inclinada con infinito peso á enriquecer á los mortales, y la mala correspondencia y tenebrosa ingratitude de parte de ellos, fué traspasado

mi corazón con una flecha de mortal amargura, que me duró toda la vida. Quiero pues que tú, amiga mia, seas mi compañera en este dolor, tan poco advertido de los vivientes, que yo padecí por ellos. Y para que me imites en él y en los efectos que te causará tan justa pena, debes negarte, olvidarte de tí misma en todo, y coronar tu corazón de espinas y dolores, contra lo que hacen los mortales. Llorá tú lo que ellos se ríen y deleitan en su eterna condenación, que este es el oficio más legítimo de las que son con verdad esposas de mi Hijo santísimo; y sólo se les permite que se deleiten en lágrimas que derramen por sus pecados y por los del mundo ignorante.



CAPÍTULO XIV.

—

Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio.

LLEGÓ el día séptimo; y en la misma hora que en los pasados días, fué llamada y elevada en espíritu la divina Señora, pero con una diferencia de los días precedentes, porque en este fué llevada corporalmente por mano de sus ángeles al cielo empíreo, quedando en su lugar uno de ellos que la representase en cuerpo aparente. Puesta en aquel supremo cielo, vió la Divinidad con abstractiva visión como los otros días; pero siempre todos los días con nueva y mayor luz y misterios más profundos. Oyó luego una voz que salía del trono real y decía: «Esposa y paloma electa, ven, graciosa y amada nuestra, que hallaste gracia en nuestros ojos y eres escogida entre millares, y de nuevo te queremos admitir por nuestra Esposa única: y para esto quere-

mos darte el adorno y hermosura digna de nuestros deseos.» La humildísima Señora, rendida al beneplácito divino, respondió: «Aquí está, Señor, el polvo, aquí está este vil gusanillo, aquí está la pobre esclava vuestra para que se cumpla en ella vuestro mayor agrado.»

Mandó luego el Altísimo á dos Serafines de los más allegados al trono que asistiesen á aquella divina mujer, y acompañados de otros se pusieron en forma visible al pié del trono donde estaba María, más inflamada que todos ellos en el amor divino.

La Beatísima Trinidad determinó que fuese levantada al supremo grado de gracia y amistad del mismo Dios, que ninguna otra pura criatura había tenido ni tendrá jamás; dándola á ella sola más que á todas juntas. Vistieron luego los dos Serafines á María Santísima una tunicela, ó vestidura larga tan hermosa y refulgente, que sólo un rayo de luz de los que sin número despedía diera mayor claridad que miles de soles. Sobre la vestidura la pusieron una cintura muy rica como de piedras várias en extremo refulgentes, que la agra-

ciaban y hermo세aban mucho. Conoció que la adornaban de hermosísimos y dilatados cabellos recogidos con un rico apretador, y ellos eran más brillantes que el oro subido y refulgente. Las manos la adornaron con manillas, los dedos la hermo세aron con anillos, añadieron á esto un collar ó banda que la pusieron llena de brillantes piedras preciosas, y pendiente una cifra de las tres más excelentes virtudes, fe, esperanza y caridad; en las orejas le pusieron unos pendientes de oro con gusanillos de plata; sembraron luego la vestidura de unas cifras que servían como de realces ó bordaduras de finísimos matices y oro, y para complemento de toda esta belleza la dieron por agua de rostro muchas iluminaciones. Con este adorno y hermosura quedó nuestra princesa María tan bella y agradable, que pudo el Rey supremo enamorarse santamente de ella.— El octavo día, y en la hora de media noche, elevada y abstraída en el Señor, orando y pidiéndole para la salud de los mortales, oyó que Su Majestad le respondía: «Esposa y paloma mia, ven, escogida mia, que no se entiende contigo la ley común: exenta eres del pecado, y libre es-

tás de sus efectos desde el instante de tu concepción. Ven á mí y no desmayes en tu humildad y conocimiento de tu naturaleza: yo levanto al humilde y lleno de riquezas al que es pobre: de tu parte me tienes, y favorable será contigo mi liberal misericordia.

Estas palabras oyó intelectualmente nuestra Reina, y luego conoció que por mano de sus santos ángeles era llevada corporalmente al cielo, y que en su lugar quedaba uno de los mismos de su guarda. Subió á la presencia del Altísimo tan rica de tesoros de su gracia y dones, tan próspera y tan hermosa, que los ángeles decían unos á otros: ¿Quién es ésta que sube del desierto tan afluyente de delicias? ¿Quién es ésta que se levanta como aurora, más hermosa que la luna, escogida como el sol? ¿Cómo sube tan refulgente de la tierra llena de tinieblas? Y ¿cómo estando cerrado el cielo á los hijos de Adan, se le franquea la entrada á esta singular mujer de aquella misma descendencia? Recibió el Altísimo á su electa en su presencia, y como enamorado de ella, la dijo: «Esposa mia, perfectísima paloma, y amiga mia, agrada-

ble á mis ojos, vuélvete y conviértete á nosotros para que te veamos, y nos agrademos de tu hermosura: vean mis espíritus celestiales cuan dignamente he querido y quiero elegirte por mi Esposa y Reina de todas mis criaturas: conozcan como me deleito con razón en tu tálamo en donde mi Unigénito, después de la gloria de mi pecho, será más glorificado. Entiendan todos, que si justamente repudié á Eva, la primera reina de la tierra, por su inobediencia, te levanto y te pongo en la suprema dignidad, mostrándome magnífico y poderoso con tu humildad purísima y desprecio.»

Estaba absorta María en el abismo de la Divinidad y luz de sus infinitas perfecciones; y el Altísimo la dijo con extrema dignación: «Esposa y elegida mia, pues hallaste gracia en mis ojos, pídemme sin recelo lo que deseas, y te aseguro como Dios fidelísimo y Poderoso Rey, que no desecharé tus peticiones, ni te negaré lo que me pidieres.» Humillóse profundamente nuestra gran Princesa, y levantándose con segura confianza, dijo: «Señor y Dios altísimo, si en vuestros ojos hallé gracia, aunque

soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra presencia, y derramaré mi corazón.» Otra vez Su Majestad le mandó que pidiese, aunque fuese parte de su reino. «No pido, Señor mio, respondió María, parte de vuestro reino para mí; però pídolo todo entero para todo el linaje humano, que son mis hermanos. Pido, poderoso Rey, que por vuestra piedad inmensa nos enviéis á vuestro Unigénito, para que satisfaciendo por todos los pecados del mundo, alcance vuestro pueblo la libertad que desea, y quedando satisfecha vuestra justicia, se publique la paz en la tierra á los hombres, y se les haga franca la entrada de los cielos que por sus culpas están cerrados. Llegue ya, Dios mio, el día de vuestras promesas, y venga nuestro Mesías por tantos siglos deseado.» El Altísimo se inclinó benigno á las súplicas de María y la respondió con singular clemencia: «Agradables son tus ruegos á mi voluntad, y aceptas son tus peticiones: hágase como tu lo pides; yo quiero, hija y esposa mia, lo que tu desees: y en fe de esta verdad, te prometo que con gran brevedad bajaré mi Unigénito á la tierra, y se vestirá y unirá con la naturaleza humana,

y tus deseos tendrán cumplimiento». Con esta certificación de la divina palabra, sintió nuestra gran Princesa en su interior nueva luz y seguridad de que se llegaba ya la hora de la redención humana, y pasó todo el día en dar alabanzas al Señor en su nombre y de todos los mortales, después que por los mismos ángeles fué restituida á la tierra.

Llegó, pues, el día noveno en que María Santísima habia de quedar tan próxima á Dios, hasta ser Madre suya. Y aquella noche, en la misma hora, fué llamada por el mismo Señor. Respondió la humilde Reina: «Aparejado está mi corazón, Señor y Rey altísimo, para que en mí se haga vuestro divino beneplácito.» Luego fué llevada en cuerpo y alma por mano de sus ángeles al cielo empíreo, y puesta en presencia del trono real del Altísimo, Su Majestad la levantó y colocó á su lado, señalándola el asiento y lugar que para siempre habia de tener en su presencia. Y fué el más alto y más inmediato al mismo Dios, fuera del que se reservaba para la humanidad del Verbo.

Vió luego la Divinidad con abstractiva

visión, vió en ella todas las cosas criadas, y muchas posibles y futuras. Conoció junta toda la fábrica del universo, y las criaturas que en él se contienen; vió toda su armonía, orden, conexión y dependencia, que tienen entre sí; vió todos los cielos y estrellas, elementos y sus moradores, el purgatorio, limbo, infierno con todos cuantos vivían en aquellas cavernas. Estando la divina Señora absorta en lo que el Altísimo la manifestaba, Su Majestad la dijo: «Electa mia y paloma mia, todas las criaturas visibles que conoces las he criado y las conservo en tanta variedad y hermosura, sólo por el amor que tengo á los hombres. Tú, Esposa mia, eres mi escogida, y hallaste gracia en mi corazón: y así te hago señora de todos estos bienes, y te doy la posesión y dominio de todos ellos, para que los distribuyas y dispenses á quien por tu mano ó intercesión me los pidiere; que para esto los deposito en las tuyas.» Púsole la Santísima Trinidad una corona en la cabeza, consagrándola por suprema Reina de todo lo criado, y estaba esmaltada con unas cifras que decían: *Madre de Dios*, pero sin entenderlas ella; sólo las conocieron

los ángeles, quienes la reverenciaron y adoraron por su Reina legítima y Señora suya y de todo lo criado.

Para poner la última mano en esta prodigiosa obra de María, extendió Dios su brazo, dándole nuevas iluminaciones, hábitos y cualidades, cuya grandeza no cabe en términos terrenos.

Doctrina de la Reina del Cielo.

Hija mia, no es digna esposa del Altísimo la que tiene amor interesado y servil; porque la esposa no ha de amar ni temer como la esclava, ni tampoco ha de servir por el jornal del estipendio. Porque todos los tesoros y riquezas, que son del esposo, pertenecen á la legítima esposa, considera de cuántos te hace participante y señora. Goza, pues, de todos como doméstica, y cela su honra como hija y esposa tan favorecida, y agradece todas estas obras y beneficios, como si para tí sola fueran criados por tu Señor, ámale y reverencíale por tí y por los demás prójimos, para quienes fué tan liberal.

CAPÍTULO XV.

—

De la Encarnación del Hijo de Dios.

LLEGÓ, pues, el dichoso día, en que el Altísimo determinó manifestarse á los hombres, y dar principio á la redención del linaje humano; mandó al arcángel Gabriel que anunciara á María el misterio de la Encarnación. Obedeciendo con especial gozo el soberano príncipe Gabriel, descendió del supremo cielo, acompañado de muchos millares de ángeles hermosísimos, que le seguían en forma visible. La de Gabriel era como de un mancebo elegantísimo, y de rara belleza, su rostro tenía refulgente, y despedía muchos rayos de resplandor, su semblante grave y majestuoso, sus pasos medidos, las acciones compuestas, sus palabras de peso y eficaces, todo él representaba mayor deidad que otros ángeles de

los que había visto la divina Señora hasta entonces en aquella forma. Llevaba diadema de singular resplandor, y sus vestiduras rozagantes descubrían varios colores, pero todos refulgentes y muy brillantes; y en el pecho llevaba como engastada una cruz bellísima que descubría el misterio de la Encarnación.

Todo este celestial ejército encaminó su vuelo á Nazareth á la morada de María Santísima, que era como una casa humilde, y su retrete un estrecho aposento, desnudo de los adornos que usa el mundo. Era la divina Señora de más de catorce años, bien dispuesta, y de más altura que la común de aquella edad en otras mujeres; pero muy elegante de cuerpo, el rostro más largo que redondo, pero gracioso, el color claro y un tanto moreno, la frente espaciosa con proporción, las cejas en arcos perfectísimos, los ojos grandes y graves con indecible hermosura y columbino agrado, el color entre negro y verde obscuro, la nariz seguida y perfecta, la boca pequeña, y los labios colorados y sin extremo delgados ni gruesos; y toda ella en estos dones de naturaleza era tan proporcionada

y hermosa, que ninguna otra criatura lo fué tanto. El mirarla causaba á un mismo tiempo alegría y reverencia, afición y temor reverencial, atraía al corazón, y causaba en todos divinos efectos que no se pueden fácilmente explicar. Su vestido era humilde, pobre y limpio, de color que tiraba á ceniza, compuesto y aliñado sin curiosidad; pero con suma modestia y honestidad. Cuando el santo arcángel Gabriel entró en el retrete donde estaba orando María, le miró la divina Princesa con suma modestia y templanza, y al reconocer que era un ángel quiso reverenciarle; pero el santo Príncipe no lo consintió, antes él la reverenció como á su Reina y Señora y la dijo: *Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.*

Túrbase sin alteración la más humilde de las criaturas oyendo esta nueva salutación; y el ángel prosiguió diciendo: «No temas, María, porque hallaste gracia con el Señor, advierte que concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; será grande y será llamado Hijo del Altísimo.» La Virgen respondió al arcángel: «¿Cómo ha de ser esto de concebir y parir

hijo; porque no conozco varón ni le puedo conocer?» Respondióla el santo príncipe Gabriel: «Señora, sin conocer varón, es fácil al Poder divino haceros Madre; y el Espíritu Santo vendrá con su presencia y estará de nuevo con Vos, y la virtud del Altísimo os hará sombra para que de Vos pueda nacer el Santo de los Santos, que se llamará Hijo de Dios. Y advertid que vuestra parienta Elisabeth también ha concebido un hijo en su estéril senectud, y este es el sexto mes de su concepción, porque nada es imposible para con Dios: y el mismo que hace concebir y parir á la que era estéril, puede hacer que Vos, Señora, lleguéis á ser Madre, quedando siempre Virgen, y más consagrada vuestra gran pureza; y al Hijo que pariréis le dará Dios el trono de su padre David, y su reino será eterno.»

La Virgen María, con humildad nunca harto encarecida, inclinando un poco la cabeza y juntas las manos, dijo: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. Al pronunciar este *fiat* tan dulce para los oídos de Dios, y tan feliz para nosotros, en un instante la Encarnación fué hecha. En el mismo instante de tiempo que

celebró el Todopoderoso las bodas de la unión hipostática, en el tálamo virginal de María Santísima, fué elevada á la visión beatífica y se le manifestó la Divinidad intuitiva y claramente, y conoció con claridad y distinción el misterio de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo Eterno; y la beatísima Trinidad la confirmó en el título, nombre y derecho de Madre de Dios.

Conoció asimismo en esta visión todos los misterios futuros de la vida y muerte de su Hijo y la redención del linaje humano, y nueva ley del Evangelio que con ella se había de fundar, y otros grandiosos y ocultos secretos, que á ningún otro Santo se le manifestaron. Viéndose la prudentísima Reina en la presencia clara de la Divinidad, humillóse ante el trono de la Majestad inmensa, adoró al Señor en su ser infinito, y luego en la unión de la humanidad santísima. Dióle gracias por el beneficio y dignidad de Madre que había recibido, y por el que hacía Su Majestad á todo el linaje humano. Ofrecióse en sacrificio acepto para servir, criar y alimentar á su Hijo dulcísimo, y para asistirle y cooperar

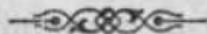
(cuanto de su parte fuese posible) á la obra de la redención: y la Santísima Trinidad la admitió y señaló por coadjutora para esta obra. Pidió nueva gracia y luz divina para esto y para gobernarse en la dignidad y misterio de Madre del Verbo Humanado, y tratarle con la veneración y magnificencia debidas al mismo Dios. Respondióla el Todopoderoso: «Paloma mia, no temas, que yo te asistiré y gobernaré, ordenándote todo lo que hubieres de hacer con mi Hijo Unigénito.» Con esta promesa salió del éxtasis, y restituida á sus sentidos, lo primero que hizo fué postrarse en tierra y adorar á su Hijo santísimo, Dios y hombre, concebido en su virginal vientre. Esta adoración continuó toda su vida, comenzándola cada día á media noche, y hasta la otra siguiente solía repetir trescientas genuflexiones, y más si tenía oportunidad.

El día siguiente á la Encarnación se le manifestaron en forma corpórea los mil ángeles que la asistían, y con profunda humildad adoraron en el vientre de la Madre á su Rey Humanado; y á ella la reconocieron de nuevo por Reina y Señora, y la dieron la enhorabuena y se la ofrecieron

como vasallos y siervos del Rey supremo de quien era Madre verdadera.

Doctrina de la Virgen Maria.

Hija mia, quiero que te duelas, y con dulce afecto te lastimes de la grosería é ignorancia, tardanza y peligro de los hijos de los hombres, de la ingratitude de los fieles hijos de la Iglesia, que han recibido la luz de la fe divina, y viven tan olvidados en su interior de estas obras y beneficios de la Encarnación, y aún del mismo Dios, que sólo parece se diferencian de los infieles en algunas ceremonias y obras del culto exterior, pero éstas hacen sin afecto y sentimiento del corazón; y muchas veces en ellas ofenden y provocan la divina justicia que debian aplacar. Duélete de tanto daño de tus prójimos, y pide el remedio con lo íntimo de tu corazón.



CAPÍTULO XVI.

De la visitación de María Santísima á su prima Elisabeth.

CONOCIENDO la prudentísima Señora que era voluntad del Altísimo que pasase á visitar á su Prima, pidió licencia á San José con estas palabras: «Señor y esposo mio, por la divina luz he conocido como la dignación del Altísimo ha favorecido á Isabel, mi prima, mujer de Zacarías, dándole el fruto que pedía en un hijo que ha concebido. Yo juzgo que en tal ocasión como esta me corre obligación decente de ir á visitarla, y tratar con ella algunas cosas convenientes á su consuelo y á su bien espiritual. Si esta obra, Señor, es de vuestro gusto, haréla con vuestra licencia, estando sujeta en todo á vuestra disposición y voluntad». El santo Esposo la respondió: «Ya sabeis, Señora y esposa mia, que mis deseos todos están dedicados á serviros con toda mi

atención y diligencia; porque de vuestra gran virtud confío, como debo, no se inclinará vuestra rectísima voluntad á cosa alguna que no sea de mayor agrado y gloria del Altísimo, como creo lo será esta jornada. Y porque no extrañen que vais en ella sin la compañía de vuestro Esposo, yo iré con mucho gusto para cuidar de vuestro servicio en el camino.»

Agradeció María Santísima á San José el cuidadoso afecto, y entrambos determinaron partir luego á casa de Isabel, previniendo San José alguna fruta, pan, y unos pocos pececillos, y á más una humilde cabalcadura, que buscó prestada, para llevar en ella la provisión y á su amada Esposa. Pero al salir de su pobre casa, la gran Señora hincó las rodillas á los piés de San José y le pidió su bendición, para dar principio á la jornada en el nombre del Señor. Distaba la casa de su Prima de Nazareth veinte y siete leguas, y gran parte del camino era áspero y frágoso. Toda la comodidad consistía en un humilde jumentillo, y aunque iba destinado sólo para María, no obstante se apeaba muchas veces, y rogaba á su Esposo partiesen el trabajo y comodidad, y que fuese el Santo

con algún alivio, sirviéndose para esto de la cabalcadura. Nunca lo admitió el prudente Esposo, y por condescender en algo, consentía que su Esposa algunos ratos fuese con él á pié. Caminaban en soledad, pero los asistían los mil ángeles, que aunque vistos de María, no lo eran de José. Preguntaba muchas veces José á María si se fatigaba y cansaba, y en qué la podía aliviar y servir. En el discurso del camino, que les duró cuatro días, hablaron muchas cosas de la salud de las almas y de las misericordias del Señor, de la venida del Mesías, y de las profecías que de él estaban anunciadas á los antiguos Padres, y otros misterios y sacramentos del Altísimo. Á más ejercitaron muchos actos de caridad con los pobres afligidos y enfermos, de manera que cuantos encontraba María, á todos socorría, consolaba y sanaba de sus dolencias.

Llegaron el cuarto día á la ciudad de Judá, que era donde vivían Isabel y Zacarías, aunque después del nacimiento del Bautista se retiraron á la ciudad de Hebrón, distante ocho leguas de la ciudad de Jerusalén. Al llegar á dicha ciudad, se adelantó algunos pasos San José, y al llegar á la casa de Za-

carías, llamando, saludó á los moradores diciendo: «El Señor sea con vosotros, y llene vuestras almas de su divina gracia». Estaba ya prevenida Santa Isabel, porque el mismo Señor le había revelado que María de Nazareth, su deuda, partía á visitarla. Salió luego Isabel con algunos de su familia á recibir á María, la cual previno á su prima y la dijo: «El Señor sea con Vos, prima y carísima mia». «El mismo Señor (respondió Isabel) os premie el haber venido á darme este consuelo». Subieron á la casa de Zacarías y se retiraron las dos primas á solas, y luego la Madre de la gracia saludó de nuevo á su deuda y la dijo: «Dios te salve, prima y carísima mia, y su divina luz te comunique gracia y vida». Con esta voz de María quedó Santa Isabel llena del Espíritu Santo, y tan iluminado su interior, que en un instante conoció altísimos misterios. Estos efectos y los que sintió al mismo tiempo el niño Juan en el vientre de su Madre, resultaron de la presencia del Verbo Humanado en el tálamo de María: donde sirviéndose de su voz como de instrumento, comenzó á usar de la potestad que le dió el Padre Eterno para salvar y justificar las

almas como su Reparador. Al pronunciar la divina Señora las palabras referidas, miró Dios al Niño en el vientre de Santa Isabel, y le dió uso de razón perfectísimo, ilustrándole con especiales auxilios de la divina luz, para que se preparase, conociendo el bien que le hacían. Con esta disposición fué santificado del pecado original, y constituido hijo adoptivo del Señor, y lleno del Espíritu Santo con abundantísima gracia, y plenitud de dones y virtudes; y sus potencias quedaron santificadas, sujetas y subordinadas á la razón, con que se cumplió lo que había dicho el ángel San Gabriel á Zacarias, que su hijo sería lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su Madre. Al mismo tiempo el dichoso Niño vió al Verbo encarnado y adoró, puesto de rodillas, á su Redentor y Criador. Y este fué el movimiento y júbilo que su Madre Santa Isabel reconoció y sintió en su Infante y en su vientre.

Conoció Santa Isabel el misterio de la Encarnación, la santificación de su propio hijo, la pureza virginal y la dignidad de María Santísima, y muchos otros misterios; y admirada con lo que conocía y sentía, en alta voz prorumpió. «Bendita eres tú entre

las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de dónde á mi esto, que venga la Madre de mi Señor á donde yo estoy? Pues luego que llegó á mis oídos la voz de tu salutación saltó de gozo y se alegró el Infante en mi vientre. Bienaventurada eres tú, que creiste, porque en ti se cumplirán perfectamente todas las cosas que el Señor te dijo». Á estas palabras respondió la Maestra de la sabiduría y humildad con dulcísima y suavísima voz: «Magnifica mi alma al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios, que es mi salud: porque atendió á la humildad de su sierva, y por esto todas las generaciones me dirán bienaventurada. Porque el Poderoso hizo conmigo grandes cosas, y su santo nombre. Y su misericordia se extenderá de generación en generaciones para los que le temen. En su brazo manifestó su potencia: destruyó á los soberbios con el espíritu de su corazón. Derribó á los poderosos de su silla, y levantó á los humildes. Á los que tenían hambre llenó de bienes, y dejó vacíos á los que estaban ricos. Recibió á su siervo Israel, y se acordó de su misericordia, como lo dijo á nuestros padres Abrahán, y su generación por todos los siglos».

Cuando salieron las dos Señoras de su retiro, Santa Isabel ofreció á la Reina del cielo su persona por esclava, y á toda su familia y casa para su servicio, y que para su quietud y recogimiento admitiese un aposento de que ella misma usaba para la oración por más retirado y cómodo para esta ocupación. La divina Princesa con rendido agradecimiento admitió el aposento, y le señaló para su recogimiento y para dormir, y nadie entró en él fuera de las dos primas. Y en lo demás se ofreció á servir y asistir á Santa Isabel como sierva; pues para esto dijo había venido á visitarla y consolarla.

Vió la Reina á Zacarias que estaba con su mudez, y le pidió su bendición como á sacerdote del Señor, y el Santo se la dió. Santa Isabel, que ya conocía la buena dicha de San José, le acarició y regaló con grande reverencia y estimación. Y después de tres días que había estado en casa de Zacarías, pidió licencia á su divina Esposa para volverse á Nazareth, dejándola en compañía de Santa Isabel para que la asistiese en su preñado. Despidióse con acuerdo que volvería por su Esposa cuando le

diese aviso. Santa Isabel le ofreció algunos dones, que llevase á su casa; pero de todo recibió muy poco, porque era el varón de Dios no sólo amador de la pobreza, pero de corazón magnánimo y generoso. Con esto caminó la vuelta de Nazareth con la bestezuela que había traído. Durante la ausencia de su cara Esposa le sirvió una mujer vecina y deuda, que solía acudir á las cosas que se ofrecían traer de fuera, cuando estaba en su casa María Santísima.

Doctrina de la Santísima Virgen.

Hija mia, quiero que adviertas el beneficio que me hizo la dignación divina, dándome una piedad y afecto suavísimo con las criaturas, como hechuras y participantes de la bondad y ser divino. Con este afecto deseaba consolar, aliviar y animar á todas las almas; y con una natural compasión les procuraba todo bien espiritual y corporal; y á ninguno, por grande pecador que fuese, le deseaba mal alguno; antes á éstos me inclinaba con gran fuerza de mi compasivo corazón, para solicitarles su salud eterna. Esta suave compasión la tenía

muy particular con los afligidos y enfermos, y á todos procuraba granjearles algún alivio. Y en esta condición quiero de tí, que usando de ella prudentemente, me imites como lo conoces.



CAPÍTULO XVII.

Ordena María Santísima sus ejercicios en casa de Zacarías.

SANTIFICADO ya el precursor Juán, y renovada su Madre Santa Isabel con mayores dones y beneficios, determinó disponer las ocupaciones que había de tener en casa de Zacarías; pidió al Altísimo la gobernase y la ordenase lo que debía hacer. El Señor le respondió: «Esposa y paloma mia, yo gobernaré todas tus acciones, y encaminaré tus pasos á mi mayor servicio y agrado, y te señalaré el día que quiero que vuelvas á tu casa; y mientras estuvieres en la de mi sierva Isabel, tratarás y conversarás con ella; en lo demás continúa tus ejercicios y peticiones, en especial por la salud de los hombres, y para que no use con ellos de mi justicia por las incesantes ofensas que contra mi bondad multiplican. Y en esta petición me ofrecerás por ellos el

Cordero sin mancilla que tienes en tu vientre, que quita los pecados del mundo».

Con este mandato del Altísimo, ordenó la Princesa todas las ocupaciones que había de tener en casa de su prima Isabel. Se levantaba á media noche, se entregaba á la incesante contemplación de los misterios divinos, dormía no más que lo necesario para el cuerpo, recibía continuos favores del Altísimo, y muchas veces con el incendio de su amor llegára á desfallecer y morir, si no fuera confortada con la virtud del Señor. Acudía al servicio y consuelo de su prima Isabel, sin estar un momento más de lo que la caridad pedía. Volvía luego á su retiro, donde con mayor libertad se derramaba el espíritu en la presencia del Señor; y al mismo tiempo trabajaba muchos ratos en algunas obras de manos, de manera que entre otras cosas labró los fajos y mantillas en que se envolvió y crió el precursor Juan.

Tenían las dos primas grandes y dulces competencias, pues Santa Isabel era muy solícita y cuidadosa en servir á la Virgen María, y en que lo hiciesen todos los de su familia; pero la que era Maestra de las vir-

tudes decía á su prima: «Amiga y prima mia, yo tengo mi consuelo en ser mandada y obedecer en toda mi vida, tratadme como á vuestra sierva mientras estuviere en vuestra compañía». Santa Isabel le respondió: «Señora y amada mia, antes me toca á mí el obedeceros y á Vos mandarme y gobernarne en todas las cosas». En estas dichas y otras muchas emulaciones gastaban algunos ratos; pero la Reina de la humildad salía siempre victoriosa, hallando medios y caminos con que obedecer y ser mandada.

Fué Santa Isabel muy favorecida del Señor, desde el día que le tuvo por huésped en su casa, y en el vientre de su Madre Virgen. Y con las continuas pláticas y trato familiar de esta divina Reina, fué creciendo la gran Matrona en todo género de santidad, como quien la bebía de su fuente. Era Santa Isabel muy ilustrada en las divinas Escrituras, y así confería con ella nuestra Reina los misterios divinos, y admirábase muchas veces de ver y oír la profunda sabiduría de la Madre de Dios, y de nuevo la volvía á bendecir, y la prudentísima Señora la consolaba, renovaba y vi-

vificaba con sus divinas y eficaces razones. Servía la prudentísima Señora no sólo á su prima, si que también á las criadas de su casa. Barriaba la casa de su prima y con las criadas lavaba los platos, y obraba otras cosas de profunda humildad.

Conversaba también con los santos ángeles, y les decía: «Espíritus celestiales, custodios y compañeros míos, embajadores del Altísimo, venid y atended mi corazón preso y herido de su divino amor, venid y alabad conmigo el admirable nombre del Señor; ayudad á este pobre gusanillo para que bendiga á su Hacedor, que se dignó piadoso de mirar esta pequeñez. Hablemos de las maravillas de mi Esposo; tratemos de la hermosura de mi Señor, de mi Hijo santísimo, amigos y compañeros míos, que conocéis mi secreto y mi tesoro, que depositó el Altísimo en la estrechez de este vaso frágil y limitado. Grandes son estos sacramentos divinos, y admirables son estos misterios; y aunque con afectos dulces los contemplo, pero su grandeza me aniquila, su profundidad me anega; nunca mi abrasado corazón se satisface; no alcanza entero reposo; porque mi deseo se adelanta á

mis obras, y mi obligación á mis deseos». «Madre de nuestro Criador y Señora nuestra, respondieron los santos ángeles: Vos teneis en posesión verdadera al Todopoderoso y sumo bien, y sois su verdadera Esposa y Madre, gozadle y tenedle eternamente. Mas no querais en vuestro amor tan encendido hallar descanso; pues la condición y estado de viadora no permite ahora que vuestros afectos lleguen á su término ni se retarden en adquirir nuevos aumentos de mayores méritos y corona. Á todas las naciones exceden sin comparación vuestras obligaciones; pero siempre han de crecer y ser mayores; y nunca vuestro amor tan encendido se adecuará con el objeto, porque es eterno, y en perfecciones infinito, y quedaréis siempre de su grandeza dichosamente vencida.»

Servía en aquella casa una criada de inclinaciones siniestras, inquieta, de condición iracunda y acostumbraba jurar y maldecir. Por espacio de catorce años la asistían y acompañaban muchos demonios, para asegurar la presa de su alma; sólo cuando estaba á la presencia de la Virgen se retiraban. No sintiendo la criada los malos

efectos de los demonios estando á la presencia de la Virgen, mientras por otra parte la dulce vista y trato de María iba obrando en ella nuevos beneficios, comenzó á inclinarse y aficionarse mucho á María, procuraba asistirle con mucho afecto y ofrecérsele á su servicio, y granjear todo el tiempo que podía para ir á donde estaba su Alteza, y la miraba con reverencia, porque entre sus torcidas inclinaciones tenía una buena, que era un linaje de natural piedad y compasión de los necesitados y humildes, y se inclinaba á ellos, y á hacerles bien. La piadosa Princesa la miró con piadoso afecto de madre, hizo oraciones por ella, y le alcanzó el perdón, el remedio, y la salvación.

No era de mejor condición que esta criada, otra mujer vecina de casa de Zacarías; vivía licensiosamente en la guarda de la honestidad, y al saber la llegada de María á aquella ciudad, su compostura y recato, dijo con liviandad y curiosidad: «¿Quién es esta forastera que nos ha venido tan á lo santo y retirado?» Y con el deseo vano y curioso de inquirir novedades, procuró ver á la divina Señora y reconocer el traje y la

cara que tenía. Logró verla, y quedó tan herida en el corazón, que se trocó en otra, mudó sus inclinaciones, y lloró sus pecados. Solicitó después ver y hablar á la Madre de la gracia; y su Alteza se lo concedió, la admitió con maternal afecto de piedad, la amonestó, y catequizó en la virtud. Por este modo hizo nuestra gran Señora muchas obras y conversiones admirables de gran número de almas, aunque siempre con silencio y raro secreto.

Doctrina de la Celestial Señora.

Hija mia, los beneficios del Altísimo y la noticia de sus divinos misterios engendran un linaje de inclinación y aprecio de la humildad. En mí conocerás, carísima, la práctica verdadera de esta doctrina, pues ninguno de los favores y beneficios que obró la divina diestra conmigo fué pequeño; pero nunca mi corazón se elevó ni anduvo sobre sí con presunción, ni supo codiciar más que el abatimiento y último lugar de todas las criaturas.

También debes advertir que ninguna ocupación ó acto exterior en materia de vir-

tud por más humilde que sea, puede impedir, si se ordena bien, para dar el culto, reverencia y alabanza al Criador. Y que entiendas, que á mí lo que más me movía y excitaba para hacer todos los actos de humildad, era la consideración de que mi Hijo santísimo venía humilde, para enseñar con doctrina y con ejemplo esta virtud en el mundo y desterrar la vanidad y soberbia de los hombres. Y dióme Su Majestad tan alto conocimiento de lo que se agrada de esta virtud, que por hacer un sólo acto de los que has referido, como barrer el suelo ó besar los piés á un pobre, padecería los mayores tormentos del mundo.



CAPÍTULO XVIII.

—

**Pide Santa Isabel á la Reina del Cielo la
asista á su parto, y nacimiento de
San Juan.**

CORRIAN ya más de dos meses después de la venida de la Princesa del Cielo á casa de Santa Isabel, y la discreta Matrona prevenía ya su mismo dolor con la partida y ausencia de la gran Señora. Temía, con razon, perder la posesion de tanta dicha, lloraba á solas, suplicaba al Señor pusiera en el corazon de su prima no la dejase sola; servíala con gran veneración, asistencia y cuidado. Para consolarse en esta pena, determinó Santa Isabel manifestárselo á la divina Señora, y con gran rendimiento y veneración la dijo: «Prima y Señora mía, por el respeto y atención con que os debo servir, no me he atrevido hasta ahora á manifiestaros mi deseo y una pena que tiene poseido mi corazon; dándome licencia para que yo busque el alivio con manifes-

taros mis cuidados, los referiré; pues sólo vivo con la esperanza de lo que deseo. El Señor por su dignación divina me hizo singular misericordia de traeros á donde yo tuviese la dicha, que no pude merecer, de trataros y conocer los misterios que en Vos, Señora mía, tiene encerrados la divina Providencia. Yo, indigna por este beneficio, le alabo eternamente. Considero mi baja y cuan rica me hizo Su Majestad hallándome, sin merecerlo, con el tesoro de los cielos en mi casa, y con la que eligió por Madre suya: temo ya con razón que desobligada Vos y el fruto de vuestro vientre con mis pecados, desamparéis esta pobre esclava, dejándome sola. Posible es para el Señor, si fuese también voluntad vuestra, que yo alcanzase la felicidad de serviros y no apartarme de Vos en lo que me resta de vida; y si el ir á vuestra casa tiene más dificultad, más fácil será quedaros en la mía, y llamará vuestro santo esposo, para que los dos vivais en ella como dueños y señores, á quienes serviré como sierva y con el afecto que mueve mi deseo. Y aunque no merezco lo que pido, os suplico no desprecieis mi humilde petición».

•

Oyó María Santísima con dulcísimo agrado la súplica de su prima, y respondióla: «Carísima amiga de mi alma; vuestros afectos santos y piadosos serán aceptos al Altísimo. Yo los agradezco de corazón, pero en todos nuestros cuidados y propósitos es debido que acudamos á la voluntad divina, y á ella subordinemos con todo rendimiento la nuestra. Y aunque esta es la obligación de todos los nacidos, bien sabeis que yo le debo más que todos. Todas mis palabras y movimientos se han de gobernar por la voluntad de mi Señor é Hijo; no he de tener querer ni no querer más de su divina disposición. Presentaremos á Su Majestad vuestros deseos, y aquello que ordenare de su mayor beneplácito, eso ejecutaremos. Á mi esposo José debo también obedecer, y sin su disposición no puedo yo elegir mis ocupaciones, ni lugar y casa para vivir; y es razón estemos á la obediencia de los que son nuestros cabezas y superiores».

Á estas razones de la Princesa del cielo, Santa Isabel sujetó su dictámen y deseos, y con humilde rendimiento dijo: «Señora mia, yo quiero obedecer á vuestra voluntad y reverencio vuestra doctrina. Si lo que de

mis deseos he propuesto no puedo conseguirlo, ni es conforme á la divina voluntad; á lo menos, si posible fuere, deseo, Reina mia, que no me desampareis antes que salga á luz el hijo que tengo en mis entrañas; para que así como en ellas ha conocido y adorado su Redentor en las vuestras, goce de su divina presencia y luz, antes que de ninguna otra criatura, y reciba vuestra bendición que dé principio á los pasos de su vida, á la vista del que se los ha de encaminar rectamente. Y Vos, que sois la Madre de la gracia, le presentéis á su Criador, vea yo á mi hijo en vuestros brazos, donde se ha de reclinar el mismo Dios. No se estreche ni coarte por mis culpas la grandeza de vuestra maternal piedad, ni á mí me negueis este consuelo, y á mi hijo tan gran dicha, que como Madre se la solicito, y la deseo, sin merecerla».

No quiso María Santísima negar esta última petición á su santa Prima, y ofreció pedir al Señor el cumplimiento de su deseo, y á ella le encargó lo hiciese para saber su santísima voluntad. Se retiraron las dos al oratorio de la divina Princesa, y puestas en oración, presentaron al Altísi-

mo sus peticiones. María Santísima tuvo un éxtasis donde conoció muchas cosas del precursor San Juan, y Su Majestad la respondió: «Esposa mia, mi beneplácito es que asistas y consueles á mi sierva Isabel, asistiéndola en su parto, que ya está muy vecino; porque sólo le faltan ocho días; y después, que se haya circuncidado el hijo que pariere, te volverás á tu casa con José tu esposo. Y me presentarás á mi siervo Juan después que haya nacido, que para mí será aceptable sacrificio; y persevera, amiga mia, en pedirme la salud eterna para las almas». Al mismo tiempo acompañaba Santa Isabel con sus peticiones á la Reina del cielo y suplicaba al Señor mandase á su santísima Madre que no la desamparase en su parto; y le fué revelado como estaba muy cerca, y otras cosas de grande alivio y consuelo.

Volvió María Santísima de su raptó, y dijo: «Amiga y Prima mia, el Altísimo ha oido y admitido nuestras peticiones, y se ha dignado mandarme que cumpla vuestro deseo, y os sirva en esta ocasión, como lo haré, aguardando no sólo vuestro parto, pero también á que vuestro Infante quede

circuncidado según la ley, que todo se ejecutará en quince días». Por este beneficio Santa Isabel dió humildes gracias al Señor y á María Santísima.

Llegó la hora de nacer al mundo el Precursor, y como tenía ya uso de razón, pidió la bendición al Señor. Sobrevinieron á su Madre Santa Isabel algunos dolores moderados, dió aviso á la princesa María, la que la envió las mantillas y fajas que tenía prevenidas para envolver al dichoso Infante. Nació muy perfecto y crecido, testificando en la limpieza de su cuerpo la que traía en su alma; envolviéronle en las mantillas, y dentro un breve espacio, estando ya Santa Isabel compuesta y aliñada, salió María Santísima de su oratorio y fué á visitar al niño y á la Madre, y darle la enhorabuena.

Recibió María en sus brazos al recién nacido á petición de su Madre, y le ofreció como oblación nueva al Eterno Padre, y Su Majestad la recibió con aprobación y agrado. El felicísimo niño, que lleno del Espíritu Santo conoció á su legítima Reina y Señora, la hizo reverencia no solo interior, sino exterior, con una disimulada inclina-

ción de la cabeza, y de nuevo adoró al Verbo divino hecho hombre en el tálamo de su Madre. Luego que se divulgó el nacimiento de Juán, toda la parentela y vecindad vinieron á dar la enhorabuena á Zacarías y á Santa Isabel, porque su casa era rica, noble y estimada por toda la comarca, y la santidad de los dos tenía granjeados los corazones de cuantos los conocían.

Era inexcusable la vuelta de María Santísima para Nazareth; aunque Santa Isabel se conformaba en esto con la divina disposición, con todo deseaba compensar en algo su soledad con la enseñanza y doctrina de la Madre de la sabiduría; y así suplicó á su Prima, que antes de su partida la diese alguna instrucción para gobernar todas sus acciones para mayor agrado del Altísimo. María Santísima la respondió entre otras muchas cosas estas palabras: «Prima y amiga mia, el Señor os eligió para sus obras y sacramentos altísimos, de que se dignó comunicaros tanta luz, y que yo os manifestase mi corazón. En él os llevo escrita para presentaros ante su grandeza; y no me olvidaré de vuestra piedad humilde, que habeis mostrado con la más

inútil de las criaturas; pero de mi Hijo santísimo espero recibireis copiosa reenumeración.

Levantad siempre vuestro espíritu y mente á las alturas, y con la luz de la gracia que teneis no perdais de vista al inmutable ser de Dios, y la dignación de su bondad inmensa, con que se movió á criar y hacer de la nada las criaturas, para levantarlas á su gloria, y enriquecerlas con sus dones. Á Zacarías, vuestro marido y cabeza, procurad con especial rendimiento obedecerle, amarle y servirle. Á vuestro milagroso hijo ofrededle siempre á su Criador; y en Su Majestad, y para Él, podeis amarle como madre, porque será gran profeta. En toda vuestra casa y familia procurad con ardiente celo que sea temido, venerado y reverenciado el santo nombre de nuestro Dios. Tendreis grande cuidado de favorecer á los necesitados y pobres cuanto fuere posible: enriquecedlos con los bienes temporales que con abundante mano os concedió el Altísimo, para que con la misma liberalidad los dispenseis á los menesterosos, pues son más suyos que vuestros, cuando todos somos hijos de un Padre que está en

los cielos, cuyo es todo lo criado; y no es razón que siendo el padre rico, quiera un hijo ser y estar sobrado, mientras que su hermano vive pobre y desvalido: y en esto sereis muy aceptable al Dios de las misericordias. Continudad lo que haceis y ejecutad lo que teneis pensado, pues Zacarías lo remite á vuestra disposición. Con todos los trabajos que el Señor os diere confirmareis vuestra esperanza, y con las criaturas sereis benigna, mansa y humilde, apacible y muy paciente, aunque sean algunas instrumento de vuestro ejercicio y corona. Por los altísimos misterios que el Señor os ha manifestado, bendecidle eternamente, y pedidle la salud de las almas con incesante amor y celo; y por mí rogareis á su grandeza me gobierne y encamine, para que yo dispense dignamente el sacramento que en tan humilde y pobre sierva ha fiado su bondad inmensa. Enviad por mi Esposo que me acompañe».

Estas palabras de vida eterna que habló María Santísima, hicieron en el corazón de Santa Isabel efectos tan divinos, que quedó por un rato absorta y enmudecida, y después de moderadas algo sus lágrimas,

habló y dijo: «Señora mía, y Reina de todo lo criado, entre mi dolor y mi consuelo estoy enmudecida. Oid las palabras de lo íntimo de mi corazón, las que no os puedo manifestar. Mis afectos os dirán lo que mi lengua no puede pronunciar. Al Todopoderoso remito el retorno de lo que me favoreceis; sólo os pido que me alcanceis gracia y fuerzas para ejecutar vuestra doctrina y tolerar la ausencia de vuestra dulce compañía, que es grande mi dolor».

Trataron de la circuncisión del niño, se juntaron en casa de Zacarías conforme á la costumbre de los judios muchos deudos y otros conocidos, para conferir que nombre se daría al recién nacido, y habiendo Isabel propuesto que se le diese el nombre de Juán, se consultó á su padre Zacarías, pidió por señas una pluma, y al escribir *Joannes est nomen ejus*, usando María de la potestad que tenía de Reina, concedida por Dios, sobre las cosas criadas, mandó á la mudez de Zacarías, que le dejase libre, y á su lengua que se desatase y bendijese al Señor. Habló Zacarías y dijo: «Bendito es el Señor de Israel, porque ha visitado y hecho la redención de su pueblo, etc.»

Doctrina de la Reina del mundo.

Hija mia, cuando el deseo de la criatura nace de afecto pio y devoto, encaminado con intención recta á santos fines, no se desagrada el Altísimo de que se le proponga, como sea con rendimiento á su mayor agrado y con resignación, para ejecutar lo que su divina providencia dispusiere en todo. Cuando las almas se ponen en presencia del Señor con esta conformidad é igualdad de ánimo, como piadoso padre las mira, y siempre les concede lo que es justo, y las niega y desvía lo que no les conviene para su salud verdadera. Siempre es medio eficacísimo con Su Majestad, pedirle con buena voluntad é intención por medio de mi intercesión y devoción.



CAPÍTULO XIX.

Despídese María Santísima de casa de Zacarías para volverse á Nazareth.

PARA volver María Santísima á su casa de Nazareth, vino de ella su felicísimo esposo llamado por orden de Santa Isabel. Llegando á casa de Zacarías, fué recibido con incomparable devoción y reverencia de Isabel y Zacarías. Recibióle también su divina Esposa con humilde y prudente júbilo, y arrodillándose en su presencia, le pidió la bendición como solía, y que la perdonase lo que había faltado á servirle aquellos casi tres meses que había estado asistiendo á Isabel su prima. El santo José la respondió, que con haberla visto quedaba aliviado de su ausencia, y lo que su presencia le hubiera dado de consuelo: y habiendo descansado algún día, determinaron el de su partida.

Despidióse la princesa María del sacerdote Zacarías, que como ya estaba ilustrado con la ciencia del Señor, la habló con suma reverencia como á sagrario vivo de la divinidad y humanidad del Verbo eterno. «Señora mia, la dijo, alabad y bendecid á vuestro Hacedor, que se dignó por su misericordia elegiros entre todas las criaturas por Madre suya; acordaos, Señora, de mí vuestro siervo, para pedir á nuestro Señor y Dios me envíe en paz de este destierro á la seguridad del verdadero bien que esperamos; y que por Vos merezca ser digno de llegar á ver su divino rostro que es la gloria de los Santos. Acordaos también, Señora, de mi casa y familia, en especial de mi hijo Juan, y rogad al Altísimo por vuestro pueblo». La gran Señora se puso de rodillas delante del Sacerdote y le pidió su bendición. Retrajase de hacerlo Zacarías, antes le suplicaba le diese ella su bendición á él. Pero la maestra de humildad logró de Zacarías la bendición, le besó la mano, y le pidió la perdonase lo que pudiera haber cansado y deservido en su casa. El santo Viejo se enterneció mucho en esta despedida, y guardó siempre en su

pecho el secreto de los misterios, que en presencia de María le habían sido revelados.

Dejando á Zacarías lleno de lágrimas, fué á despedirse de su prima Isabel, que como mujer de corazón más blando, como deuda, y como quién había gozado tantos días de la dulce conversación de la Madre de la gracia, y que por su intercesión había recibido tantas de la mano del Señor, dividiásele el corazón; llegando á despedirse de la Señora del cielo y tierra, que amaba más que á su misma vida, con pocas razones, pero con copiosas lágrimas, y le descubría con ellas lo íntimo de su pecho. La serenísima Reina, como invicta y superior á todos los movimientos de las pasiones naturales, la dijo: «Amiga y Prima mia, no queráis afligiros tanto por mi partida; pues la caridad del Altísimo, en quien con verdad os amo, no conoce división ni distancia de tiempo ni lugar. En Su Majestad os miro y en él os tendré presente, y Vos también siempre me hallareis en el mismo. Breve es el tiempo que nos apartamos corporalmente, y alcanzando victoria de nuestros enemigos, muy presto nos veremos en la celestial Jerusalem. En el interín, carísima

mia, todo el bien hallareis en el Señor y también me tendreis y vereis á mí en él: quede en vuestro corazón y os consuele». No alargó más la plática por atajar el llanto de Isabel; y puesta de rodillas le pidió la bendición y perdón de lo que podía haber molestado con su compañía. Hizo instancia hasta que se la dió; y lo mismo hizo Isabel para que la divina Señora le volviese el retorno con otra bendición; y María se la dió.

Llegóse la Reina á ver el niño Juán, y recibéndole en sus brazos le echó muchas bendiciones, y Juán con voz baja la dijo: «Madre sois del mismo Dios y Reina de todo lo criado, depositaria del tesoro inestimable del cielo, amparo y protectora de mí, vuestro siervo, dadme vuestra bendición, y no me falte vuestra intercesión y vuestra gracia;» le besó tres veces la mano, y adoró en su virginal vientre al Verbo humanado, y le pidió su bendición y gracia, y con suma reverencia se ofreció á su servicio. El niño Dios se mostró agradecido á su Precursor, y todo esto lo conoció la felicísima madre María.

Quedó toda la casa de Zacarías llena de la

presencia de María Santísima y del Verbo humanado en sus entrañas, edificada de su ejemplo, enseñada de su conversación y doctrina, y llevándose los corazones de toda aquella familia, los dejó á todos llenos de dones celestiales, que les mereció y alcanzó de su Hijo santísimo. Su santo esposo José quedó en gran veneración para Zacarías, Isabel y Juán, que conocieron su dignidad antes que él mismo se la manifestase. Y despidiéndose el dichoso Patriarca de todos, alegre con su tesoro partió para Nazareth; pero antes de comenzar el viaje, María pidió de rodillas la bendición á su Esposo, y habiéndosela dado comenzaron la jornada.

Estuvieron en esta jornada nuestra gran Reina y San José cuatro días, como en la venida, y tuvieron las mismas pláticas y conversaciones que allí dije; mas, prosiguiendo el camino, hizo en él la Señora del mundo algunas obras admirables, aunque siempre con modo oculto y secreto. Sucedió, que llegaron á un lugar no lejos de Jerusalén, y en la misma posada concurrió aquella noche alguna gente de otro lugar pequeño, que pasaban á la ciudad santa, y

llevaban una mujer moza y enferma á buscarle algún remedio, como en lugar más populoso y grande. Y aunque la conocian por muy enferma, ignoraban sus dolencias y la causa de ellas. Había sido aquella mujer muy virtuosa, y conociendo el demonio su natural y virtudes adelantadas, convirtiéndose contra ella, persiguiéndola, y la hizo caer en algunas culpas; y para llevarla de un abismo en otro, la tentó con falsas ilusiones de desconfianza y desordenado dolor de su propia deshonra; y turbándola el juicio, halló lugar este dragón de entrarse en la afligida mujer y de poseerla con otros muchos demonios. Vió María aquella mujer enferma, y conoció su dolencia, y movida de su maternal misericordia, oró y pidió á su Hijo santísimo la diese salud de cuerpo y alma. Y así sucedió.

Llegando nuestros caminantes á otra posada, que era dueño de ella un hombre de mala condición y costumbres; para comenzar á ser dichoso, ordenó Dios que recibiese con ánimo piadoso y benévolo á María y José su esposo. Hizoles más cortesía y servicios de los que solía hacer á otros huéspedes. La gran Reina, que conoció el

estado de la conciencia estragada de su hospedero, oró por él en paga del hospedaje, dejándole justificada el alma, mejorada la vida, y también la hacienda. Otras muchas maravillas hizo la Madre de la gracia en este viaje, porque sus emisiones eran divinas, y todo lo santificaba, si hallaba disposición en las almas. Dieron fin á su jornada llegando á Nazareth, donde María aliñó y limpió su casa con asistencia y ayuda de sus santos ángeles, que en estos tan humildes ministerios siempre la acompañaban.

Doctrina de la Reina Maria Santisima.

Hija mia, aquella dichosa alma á quien Dios elije para alta perfección, debe tener el corazón preparado para todo lo que Su Majestad quisiere disponer y hacer en ella sin resistencia, y de su parte debe ejecutarlo todo con prontitud. Yo lo hice así cuando el Altísimo me mandó salir de mi casa para venir á la de mi sierva Isabel; lo mismo cuando me ordenó la dejase. El mayor impedimento para llegar á este grado de perfección es admitir inclinaciones particulares á cosas terrenas, porque estas hacen

indigna al alma de que el Señor la elija para sus delicias y la manifieste su voluntad.

No te quiero decir que no has de ser sensible, que esto no es posible á la criatura naturalmente: pero cuando te sucediere alguna cosa adversa, ó te faltare lo que te pareciere útil ó necesario, entonces con alegre igualdad déjate toda en el Señor, y hágasele sacrificio de alabanza, porque se hace su voluntad santa.

También te advierto, que me imites en el respeto y veneración de los Sacerdotes, y que para hablarles y despedirte les pidas siempre la bendición; y esto mismo harás con el Altísimo para cualquier obra que comenzares. Con los Superiores muéstrate siempre con rendimiento y sumisión. Á las mujeres que vinieren á pedirte consejo, amonéstalas (si fueren casadas) que sean obedientes á sus maridos, sujetas y pacíficas en sus casas y familias, recogidas en ellas, y cuidadosas en cumplir con sus obligaciones.



CAPÍTULO XX.

José conoce el preñado de su esposa María, sus cuidados y recelos hasta que el ángel le declaró el Misterio de la Encarnación.

CORRÍA ya el quinto mes del preñado de María, cuando José, esposo suyo, había comenzado á tener algún reparo en el crecimiento de su vientre virginal. Un día, saliendo María de su oratorio, la miró con este cuidado San José y conoció con mayor certeza la novedad. Quedó el varón de Dios herido el corazón con una flecha de dolor, que le penetró hasta lo más íntimo, por el amor castísimo y verdadero que tenía á su fidelísima Esposa; aunque conoció el efecto, suspendió el juicio de la causa, porque si se persuadiera á que su Esposa tenía culpa; sin duda muriera de dolor naturalmente. Juntóse á esta causa la certeza

de que no tenía parte en el preñado, que conocía por sus ojos; y que la deshonra era por esto inevitable, cuando se llegase á saber. La causa que daba mayor dolor al santo Esposo, era el riesgo de entregar á su Esposa para que conforme á la ley fuese apedreada (que era el castigo de las adúlteras), si fuese convencida de este crimen. Entre estas consideraciones, se halló el corazón de José herido, sin hallar otro alivio que la cumplida satisfacción que tenía de su Esposa. Pero como todas las señales testificaban la novedad, no veía ninguna salida, ni se atrevía á comunicar su dolorosa aflicción con persona alguna. Apeló al Señor por medio de la oración con estas ó semejantes palabras: «Altísimo Dios y Señor eterno, no son ocultos á vuestra divina presencia mis desos y gemidos. Combatido me hallo de las violentas olas, que por mis sentidos han llegado á herir mi corazón. Yo lo entregué seguro á la Esposa, que recibí de vuestra mano. De su grande santidad he confiado; y los testimonios de la novedad que en ella veo, me ponen en cuestión de dolor y de frustrarse mis esperanzas. Nadie que hasta hoy la ha conoci-

do, pudo poner duda en su recato y excelentes virtudes, pero tampoco puedo negar que está preñada. Juzgar que ha sido infiel será temeridad, á la vista de tan peregrina pureza y santidad; negar lo que la vista me asegura, es imposible. La razón la disculpa, el sentido la condena. Ella me oculta la causa del preñado, yo lo veo; ¿qué he de hacer? Suspendo el juicio y me detengo, ignorando la causa de lo que veo. Recibid mis lágrimas en acepto sacrificio, y si mis culpas merecieron vuestra indignación, obll-gueos, Señor, vuestra clemencia y benignidad, y no desprecieis tan vivas penas». Perseveró en esta oración San José con muchos más afectos y peticiones. Fluctuaba por una y otra parte sin determinarse á creer cosa alguna con que vencer la duda, y aquietarse el corazón, y obrar conforme á la certeza que de una parte ó de otra tuviera para gobernarse.

Todo lo que pasaba por el corazón de San José en secreto, era manifiesto á la Princesa del cielo, que lo estaba mirando con ciencia divina, y luz que tenía. Y aunque su corazón estaba lleno de ternura y compasión de lo que padecía su Esposo, no le

hablaba palabra de ello, pero servíale con sumo rendimiento y cuidado. Hacía la divina Señora continua oración por él, y pedía al Altísimo le mirase y consolase; y remitiase toda á la voluntad de Su Majestad. Procuraba el santo José reducir á duda el preñado de su Esposa, pero el aumento del vientre virginal que se iba manifestando, le sacaba de toda duda, y aunque siempre se conformaba su espíritu con la voluntad de Dios, pero la carne enferma sintió lo sumo del dolor del alma, con que llegó á su punto y no tuvo salida la causa de su tristeza. Sintió quebranto en las fuerzas del cuerpo, se puso algo macilento, y se le conocía en el rostro la profunda tristeza y melancolía que le afligia.

No era menor el dolor que á María penetraba el corazón; determinó asistirle más y cuidar de su salud y regalo. Aunque hubiera podido aliviar María á su Esposo manifestándole el misterio, no lo hizo, por respetar y guardar el sacramento del Rey celestial, pues no tenía orden de manifestarlo. Hacía María cuanto podía por su amado Esposo, hablábale de su salud, preguntábale qué deseaba hiciese ella para su

servicio y alivio, y le rogaba tomase algún descanso.

Atendía San José á todo lo que su Esposa divina hacía, y ponderando consigo aquella virtud y discreción, y sintiendo los efectos santos de su trato y presencia, dijo: ¿Es posible que mujer de tales costumbres, y donde tanto se manifiesta la gracia del Señor, me ponga á mí en tal tribulación? Cómo se compadece esta prudencia y santidad con las señales que veo, de haber sido infiel á Dios, y á mí, que tan de corazón la amo? Si quiero despedirla ó alejarme, pierdo su compañía, todo mi consuelo, mi casa, y mi quietud. Ocultarse el suceso, no es posible, porque todo lo ha de manifestar el tiempo, aunque ahora lo disimule y calle. Hacerme yo autor de este preñado, será mentira vil contra mi propia conciencia y reputación. Pues ¿qué haré en tal aprieto? El menor de mis males será ausentarme y dejar mi casa antes que llegue el parto.

La Princesa del cielo, que con gran dolor miraba la determinación de su Esposo en dejarla y ausentarse, se dirigió á los santos ángeles custodios suyos, les pidió, rogó

y suplicó que sin dilación acudiesen al aprieto en que se hallaba su fidelísimo Esposo, y que aliviándole de sus penas, le quiten del ánimo y pensamiento la determinacion que ha tomado de ausentarse. Obedecieron los ángeles, y enviaron al corazón de San José muchas inspiraciones santas; se sosegaba un poco el turbado espíritu de San José, pero como el objeto de su tristeza no se mejoraba, luego volvía á ella sin hallar salida de cosa fija y cierta en que asegurarse, y volvió á renovar los intentos de ausentarse y dejar á su Esposa. Conociendo esto la divina Señora, juzgó que ya era necesario prevenir este peligro, y pedir al Señor con más instancia el remedio. Convirtióse toda á su Hijo santísimo que tenia en su vientre, y con íntimo afecto y fervor le suplicó, «que por el amor que os obligó á venir á las entrañas de vuestra esclava, para remedio de los hombres, tengais por bien de consolar á vuestro siervo José y disponerle, para que ayude al cumplimiento de vuestras grandes obras. No permitais, Dios y Señor mio, que ejecute su determinación y ausentándose me deje».

El Altísimo la respondió: «Paloma mia y

amiga, yo acudiré con presteza al consuelo de mi siervo José, y en declarándole yo por medio de mi ángel el sacramento que ignora, le podrás hablar con claridad todo lo que contigo he obrado, sin que para adelante guardes en esto más silencio. Yo le llenaré de mi espíritu, y te asistirá á todo lo que te sucediere».

Al mismo tiempo estaba San José confiando sus dudas consigo mismo, habiendo ya pasado dos meses en esta gran tribulación, y vencido de la dificultad dijo: «Yo no hallo medio más oportuno que ausentarme. Partiré luego, y dejaréme á la providencia del Señor que me gobierne». Determinó partir aquella noche siguiente, y para la jornada previno un vestido que tenía, con alguna ropa que mudarse, y todo lo juntó en un hacecillo. Había cobrado un poco de dinero que de su trabajo le debían; con esta provisión dispuso partir á media noche. Pero por la novedad del caso y por la costumbre, oró al Señor y le suplicó que, atendido lo que le pasaba, no le desamparase, pues sólo deseaba su mayor honra y servicio: hizo voto de llevar al templo de Jerusalén parte de aquel dinero que tenía para

su viaje; y esto era porque Dios amparase y defendiese á su esposa María de las calumnias de los hombres, y la librase de todo mal. Luego se recogió á dormir un poco, para salirse á media noche á escondidas de su Esposa. La divina Señora, que veía todo lo que pasaba en el corazón de su santo esposo José, estaba aguardando el remedio y solicitando con humildes peticiones el reparo.

El santo arcángel Gabriel fué á San José y le habló en sueños, y le declaró todo el misterio de la Encarnación y Redención. Despertó San José sabedor del misterio revelado, y de que su Esposa era Madre verdadera del mismo Dios. Y entre el mismo gozo de su dicha, y el nuevo dolor de lo que había hecho, se postró en tierra, y con otra humilde turbación, temeroso y alegre, hizo actos heroicos de humildad y reconocimiento. Dió gracias al Señor por el misterio que le había revelado, y por haberle hecho esposo de la que escogió por Madre, no mereciendo ser esclavo suyo.

Con esta mudanza salió de su pobre aposento, deslió el haz que había prevenido, derramando abundantes lágrimas, previno

la casa, limpió el suelo y preparó otros menesteres que solía remitir á la divina Señora cuando no conocía su dignidad; y determinó aplicarse al oficio de siervo, para que ella fuese señora. Al abrir María Santísima la puerta de su aposento, José se arrojó á sus piés y con profunda humildad le dijo: «Señora y esposa mia, Madre verdadera del Eterno Verbo, aquí está vuestro siervo postrado á los piés de vuestra clemencia. Por el mismo Dios y Señor vuestro, que teneis en vuestro virginal vientre, os pido perdoneis mi atrevimiento. Grande fué mi osadía en intentar dejaros, y no ha sido menor la grosería con que hasta ahora os he tratado como á mi inferior, sin haberos servido como á Madre de mi Señor y Dios. Pero sabeis que lo hice todo por ignorancia, porque no sabía el sacramento del Rey celestial, y la grandeza de vuestra dignidad. No atendais, señora mia, á las ignorancias de una vil criatura, que ya reconocida ofrece el corazón y la vida á vuestro obsequio y servicio. No me levantaré de vuestros piés sin saber que estoy perdonado de mi desorden, alcanzada vuestra benevolencia y bendición».

Oyendo María Santísima las razones de San José, levantó de sus piés al santo Esposo, y ella se puso á los suyos, y le dijo: «Yo, Señor y esposo mio, soy la que debo pedir os me perdoneis, y Vos quien ha de perdonar las penas y amarguras que de mí habeis recibido: del oculto sacramento que en mí tiene encerrado el brazo del Altísimo, no pudo mi deseo daros noticia alguna por sola mi inclinación; porque como esclava de su Alteza, era justo aguardar su voluntad perfecta y santa;» con estas y otras razones consoló y sosegó á San José, y le levantó del suelo, para conferir todo lo que era necesario.

*Doctrina de la Santísima Reina
y Señora nuestra.*

Hija mia, en lo que has entendido en este capítulo, tienes un dulce motivo de alabar al Señor, conociendo el orden admirable de su sabiduría en afligir y consolar á sus siervos escogidos: en lo uno y otro sapientísimo, para sacarlos á todos con mayores aumentos de merecimiento y gloria. Sobre esta advertencia, quiero que procures

con toda atención conservarte siempre en tranquilidad y paz interior, sin admitir turbación que te la quite é impida por ningún suceso de esta vida mortal, sirviéndote de ejemplo lo que sucedió á mi esposo San José en lo que has escrito en este capítulo. Trabaja, pues, y vive cuidadosa contigo misma; y si alguna vez te destemplares, turbares ó desconcertares, procura atender á la divina luz, recibíendola sin inmutación ni recelos, como lo hizo mi esposo José, que sin tardanza dió crédito al santo ángel, y con pronta obediencia ejercitó lo que le fué mandado. Y si tanto se humilló, sin haber pecado en lo que hizo, sólo por haberse turbado con tantos fundamentos, aunque aparentes, considera tú que eres un pobre gusanillo, cuanto debes pegarte al polvo, llorando tus negligencias y culpas, hasta que el Altísimo te mire como Padre y como Esposo.



CAPÍTULO XXI.

Determina San José servir en todo con reverencia á María Santísima, sus pláticas y vida hasta el Nacimiento del Mesías.

CONOCIÓ San José con divina luz, que él era siervo y que María era Señora de cielo y tierra, y para satisfacer á su afecto, cuando á solas la hablaba ó pasaba por delante de ella, le hacía genuflexión con grande reverencia, y no quería consentir que ella le sirviese, ni administrase, ni se ocupase en ciertos ministerios humildes, como era limpiar la casa, los platos y otras cosas semejantes; porque todas quería hacerlas el felicísimo Esposo. Pero la divina Señora pidió á San José que no le diese aquella reverencia de doblar la rodilla en su presencia, porque aunque aquella veneración se debía al Señor, que estaba en su vientre, no se manifestaba, y no se podía distinguir

la persona de Cristo de la suya. Sobre ejercitar las acciones y obras serviles, tuvieron humildes contiendas, porque San José no se podía vencer en consentir que María las hiciese, y por esto procuraba anticiparse; lo mismo hacía la divina Esposa, ganándole por la mano en cuanto podía. Viendo la divina Señora que su amado Esposo le frustraba sus anhelos continuados en ser sierva, acudió á Dios con humildes querellas y le pidió que con efecto obligase á su Esposo, para que no le impidiese el ejercitar la humildad.

Oyó Dios esta petición, y dispuso que el santo ángel custodio le hablase interiormente y le dijese: «No frustres los deseos humildes de la que es superior á todas las criaturas del cielo y de la tierra. En lo exterior da lugar á que te sirva, y en lo interior guárdale suma reverencia, y en todo tiempo y lugar da culto al Verbo humanado, cuya voluntad es con su divina Madre, venir á servir, y no ser servido, para enseñar al mundo la ciencia de la vida, y la excelencia de la humildad».

Con esta instrucción dió lugar San José á los ejercicios humildes de la divina Prin-

cesa, y entrambos tuvieron ocasión de ofrecer á Dios sacrificio acepto de su voluntad; Maria Santísima con su profundísima humildad obrando, y San José obedeciendo.

La humilde pero dichosa casa de José estaba distribuida en tres aposentos; en un aposento dormía San José, en otro trabajaba y tenía las herramientas de su oficio de carpintero, y en el tercero asistía de ordinario y dormía la Reina de los cielos, y en él tenía una tarima hecha por mano de San José; nunca tuvieron criado ni criada. Antes de saber José la dignidad de su Esposa, iba muy raras veces á verla, pero después que fué informado de la causa de su felicidad, acudía muy de ordinario al retrete de la soberana Señora para visitarla, y saber que le mandaba.

El descanso de María era la tarima que dije arriba, y en ella tenía dos mantas entre las cuales se recogía para tomar algún breve y santo sueño.

Su vestido interior era una túnica ó camisa de tela como algodón, la que jamás se la mudó después que salió del Templo, ni se envejeció, ni manchó, ni la vió persona alguna. El vestido exterior era de co-

lor de ceniza como he dicho, y sólo éste y las tocas mudaba alguna vez, no porque estuviese manchado, antes porque siendo visible á todos, excusase la advertencia de verle siempre en un estado, porque cosa alguna de las que llevaba en su virginal cuerpo, se manchó, ni ensució, porque ni sudaba, ni tenía las pensiones que en esto padecen los cuerpos sujetos á pecado de los hijos de Adán. Las labores de sus manos eran hechas con sumo aliño y limpieza; la comida era parvísima y limitada, nunca comió María carne, aunque José la comiese y ella la guisase; su sustento era fruta, pescado, y lo ordinario pan y yerbas cocidas; pero de todo tomaba en medida y peso, y lo mismo en la bebida.

Jamás salía de casa, sino con urgentísima causa del servicio de Dios, y beneficio de los prójimos; porque si otra cosa era necesaria, acudía á traerla aquella dichosa mujer su vecina, que dije sirvió á San José mientras María estuvo en casa de Zacarías; y de estos servicios recibió tan buen retorno, que no sólo ella fué santa y perfecta, pero toda su casa y familia fué bien afortunada con el amparo de la Reina y

Señora del mundo, que cuidó mucho de esta mujer, y por estar vecina acudió á curarla en algunas enfermedades, y al fin á ella y á todos sus familiares los llenó de bendiciones del cielo.

Antes que San José tuviera noticia del misterio de la Encarnación, solia María leerle algunos ratos las divinas Escrituras, y como sapientísima Maestra se las explicaba; y el santo Esposo le preguntaba muchas cosas, admirándose y consolándose con las respuestas que su Esposa le daba; pero después que el Santo fué ilustrado con la noticia de este gran sacramento, hablaba con él nuestra Reina, como con quien era elegido para coadjutor de los misterios admirables de nuestra reparación, y con mayor claridad y desahogo conferían todas las profecias y divinos oráculos de la concepción del Verbo de una Madre Virgen, de su nacimiento, educación y vida santísima. Todo lo explicaba su Alteza, previniendo y confiriendo lo que debían hacer cuando llegase el día tan deseado en que el Niño naciese al mundo.

Entre otras cosas milagrosas durante el preñado de María, sucedió que vinieron

muchas aves de diferente género á festejar á la Reina de las criaturas, y rodeándola como quien le hacía un coro, le cantaron con admirable armonía, como solían otras veces; y siempre eran cánticos milagrosos, como el venir á visitar a la divina Señora. Nunca San José había visto hasta aquel día esta maravilla; y lleno de admiración y júbilo dijo á su Esposo: «¿Es posible, Señora mia, que han de cumplir las avecillas simples y las criaturas sin razón con sus obligaciones mejor que yo? Razón será que si ellas os sirven y reverencian, me deis lugar á mí para que cumpla con lo que debo». La Virgen le respondió: «Señor mio, en lo que hacen estas avecillas, nos ofrece su Autor un eficaz motivo para que nosotros, que le conocemos, hagamos digno empleo de todas nuestras fuerzas y potencias en su alabanza, como ellas le vienen á reconocer en mi vientre; pero yo soy criatura, y por esto no se me debe á mí la veneración, sólo debo procurar que todos alaben al muy Alto, porque miró á su sierva y me enriqueció con los tesoros de su divinidad».

Sucedía también que los divinos Esposos se hallaban pobres y destituidos de los so-

corros necesarios para la vida; porque con los pobres eran liberalísimos de lo que tenían; y el Señor disponia que la fé y paciencia de su Madre y San José no estuviesen ociosas, porque María se juzgaba indigna del sustento necesario para vivir, y sólo por su santo esposo José, al que reputaba por digno, pedía al Señor le diese en la necesidad el socorro que de su mano esperaba. No se olvidaba Dios de sus pobres, porque dando lugar al merecimiento y ejercicio, daba también el alimento en el tiempo más oportuno. Unas veces, moviendo el corazón de sus vecinos y conocidos, para que les acudiesen con alguna dádiva; otras y más de ordinario, las socorría Santa Isabel desde su casa, ya unas veces la Señora de las criaturas mandaba á las aves del aire que le trajesen frutas del campo, ó peces del mar, y lo ejecutaban al punto: otras veces eran socorridos por ministerio de los santos ángeles: pues aunque los santos Esposos trabajaban, jamás pedían precio por la obra, porque hacían las obras, no por interés, sino por obediencia y caridad para quien las pedía, y dejaban en su mano que les diese algún retorno, recibiendo no tanto

por paga como por limosna graciosa. Un día que pasaba la hora ordinaria, se hallaron sin tener cosa alguna que comer; y para dar gracias al Señor por este trabajo, y esperar que abriese su poderosa mano, se estuvieron en la oración hasta muy tarde, y en el interín los ángeles les trajeron la comida, y les pusieron la mesa, y en ella algunas frutas, y pan blanquísimo y peces, y sobre todo un género de guisado ó conserva de admirable suavidad y virtud. Luego los ángeles llamaron á su Reina y á San José, y éstos al reconocer el beneficio dieron gracias al muy Alto, y comieron.

Estaba ya muy adelante el divino preñado de María, y habló á su santo Esposo y le dijo: «Señor mio, ya es tiempo de prevenir las cosas necesarias para el nacimiento de mi Hijo; y aunque quiere ser tratado como los hijos de los hombres, humillándose á padecer sus penalidades; pero de nuestra parte es razón que le reconozcamos por nuestro Dios y verdadero Rey. Si me dais licencia, comenzaré á disponer las fajas y mantillas para recibirle y criarle. Yo tengo una tela hilada de mi mano, que servirá para los primeros pañales de

lino, y Vos buscareis otra de lana de color humilde para las mantillas; que para adelante yo le haré una túnica inconsútil y tejida, que será á propósito». Y para el debido acierto hicieron oración, y Su Majestad les dijo: «Yo he venido del cielo á la tierra para levantar la humildad y humillar la soberbia, para honrar la pobreza y despreciar las riquezas; y por esto es mi voluntad que me trateis en lo exterior como si fuera hijo de entrambos, y en el interior me reconozcais por Hijo de mi eterno Padre y verdadero Dios».

Luego San José, en cambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, una blanca y otra de color más morado que pardo, y de ellas cortó la divina Reina las primeras matillas para su Hijo santísimo, y de la tela que Ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas con que cubrirle. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo María por sus manos, y los cosió y aderezó, estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción, y San José previno flores y yerbas, y otras cosas aromáticas de que la diligente Madre hizo agua

olorosa, con la que roció las fajas, y los dobló y aliñó, y puso en una caja.

Doctrina de la Santísima Virgen.

Hija mia, si los mortales tuvieran desocupado el corazón para considerar dignamente este gran sacramento, poderosa fuera su memoria para reducirlos al camino de la vida. Porque siendo los hombres capaces de razón, si de ella usáran con la dignidad que deben, ¿quién fuera tan duro, que no se muriera á la vista de su Dios humanado y humillado á nacer pobre, despreciado, desconocido en un pesebre entre animales brutos, sólo con el abrigo de una madre pobre y desechada de la necedad y arrogancia del mundo?

En presencia de tan alto misterio, ¿quién se atreverá á amar la vanidad y soberbia, que condena el Criador con su ejemplo? ¿Quién podrá aborrecer la humildad, pobreza y desnudez, que el mismo Señor amó y eligió para sí, enseñando el medio verdadero de la vida eterna? Pocos son los que se detienen á considerar esta verdad y ejemplo, pocos son los que consiguen el fruto de tan grandes sacramentos.

CAPÍTULO XXII.

Publicase el edicto del emperador César Augusto. Viaje de María y José á Belén. Nacimiento del Mesías.

MANDÓ César Augusto empadronar á todo el mundo en el registro común de su propia ciudad; este edicto obligaba á San José á pasar á Belén, y al ver á su divina Esposa tan adelante en su preñado le dijo: «Reina del cielo y tierra y Señora mia, páreceme forzoso que yo vaya á cumplir con este edicto del Emperador. Yo siento el dejaros, mas al venir conmigo, ya estando vuestro parto muy cerca, ya por mi gran pobreza, temo poneros en grande riesgo. Suplicoos, Señora mia, lo presenteis delante del Altísimo, y le pidais oiga mis deseos de no apartarme de vuestra compañía». Obedeció la humilde Esposa y respondióle Su Majestad: «Amiga y paloma mia, obedece á mi siervo José en lo que te ha pro-

puesto y desea. Acompáñale en la jornada; yo seré contigo, y te asistiré con paternal amor y protección en los trabajos y tribulaciones que por mí padecerás». Mandó el Señor, á más de los ángeles que la guardaban, á nueve mil que asistiesen á su Reina y Señora, y la sirviesen de suerte, que la acompañasen diez mil juntos, desde el día que comenzase la jornada. La gran Reina dió aviso á su esposo José que era voluntad del Señor que le acompañase á Belén.

Determinaron el día de su partida, y José anduvo por Nazareth para buscar alguna cabalgadura en que llevar á la Señora del mundo; hallada, previnieron lo necesario para el viaje, que fué jornada de cinco días, y la prudentísima Virgen llevó consigo las mantillas y fajas para su divino parto, y dejaron encargada su casa á quien cuidase de ella mientras volvían. Llegó la hora de partir para Belén, y José pidió con grande afecto le advirtiese de todo lo que deseaba, y que él ignorase, para su agrado y descanso, y dar beneplácito al Señor, que llevaba en su vientre virginal. Agradeció María estos afectos de su Esposo; y para dar

principio á la jornada se hincó de rodillas la Emperatriz y pidió á San José le diese su bendición. Se resistía José, no obstante lo hizo con gran temor y reverencia, y luego con abundantes lágrimas se postró en tierra, y la pidió le ofreciese de nuevo á su Hijo santísimo y le alcanzase perdón y su divina gracia.

Partieron de Nazareth para Belén los divinos Esposos á los ojos del mundo tan solos, como pobres y humildes peregrinos, pero muy ricos, pues llevaban consigo el tesoro del cielo y de la misma Divinidad, y acompañados de diez mil ángeles. No obstante en las posadas donde fatigados llegaban, oían en unas, palabras ásperas, en otras los despedían como gente inútil y despreciable; y muchas veces admitían á la Señora del cielo y tierra en un rincón de un portal, y otras veces se retiraban á otros lugares más humildes y menos decentes en la estimación del mundo.

Conoció la divina Señora de todos cuantos veía, si estaban en gracia ó en pecado, si habían de perseverar, caer ó levantarse; á unos alcanzaba la perseverancia, para otros eficaz auxilio con que se levantaban del pe-

cado á la gracia: á los enfermos, afligidos y necesitados consolaba por el camino, sólo con orar por ellos, y pedir á su Hijo santísimo el remedio de sus trabajos y necesidades. Este era el retorno que la Madre de misericordia daba á los mortales por el mal hospedaje que de ellos recibía. Á más sucedió alguna vez que llegaban á las posadas con grandes frios de las nieves y lluvias, y era necesario retirarse á los mismos lugares viles donde estaban los animales, y la cortesía y humanidad que faltaba á los hombres la tenían los animales, retirándose y respetando á su Hacedor y á su Madre.

Llegaron nuestros peregrinos á la ciudad de Belén el quinto día de su jornada, á las cuatro de la tarde. Entraron en la ciudad buscando alguna casa de posada; y discurrendo por muchas calles, no sólo por posadas y mesones, pero por las casas de los conocidos y de su familia más cercana, de ninguno fueron admitidos, y de muchos despedidos con desvío y con desprecios. Seguía la honestísima Reina á su Esposo, (llamando Él de casa en casa y de puerta en puerta) llegaron á la casa donde estaba el registro y padrón público, se escribieron

y pagaron el fisco y la moneda del tributo real, con que salieron de este cuidado. Prosiguieron su diligencia, y fueron á otras posadas; y habiéndola buscado en más de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos. Eran las nueve de la noche, cuando el fidelísimo José lleno de amargura se volvió á su Esposa y la dijo: «Señora, mi corazón desfallece viendo que no puedo acomodaros, acuérdome que fuera de los muros de la ciudad está una cueva que suele servir de albergue á los pastores y su ganado; lleguémonos allá, que si por dicha está desocupada, allí tendreis del cielo algún amparo cuando nos falta de la tierra». Respondióle la prudentísima Virgen: «Esposo y Señor mio, no se aflija vuestro corazón, el lugar que me decis, será muy á propósito para mi deseo. Conviértanse nuestras lágrimas en gozo con el amor y posesión de la verdadera riqueza, que es el tesoro rico é inestimable de mi Hijo santísimo. Vamos contentos á donde el Señor nos guia». Se dirigieron al portal ó cueva y la hallaron desocupada. Entraron San José y María Santísima en este hospicio, luego se hincaron de rodillas, alabaron

al Señor y le dieron gracias por este beneficio. María determinó limpiar con sus manos aquella cueva, que luego había de servir de trono real, y el Santo José le suplicó no le quitase á él aquel oficio que entonces le tocaba; y adelantándose, comenzó á limpiar el suelo y rincones de la cueva, le ayudó su amada Esposa y los santos ángeles, y en un momento fué limpiada y llena de fragancia. San José encendió fuego con el aderezo que para ello traía, y como el frio era grande, se llegaron á él para recibir algún alivio: y del pobre sustento que llevaban comieron ó cenaron con incomparable alegría de sus almas. Dieron gracias al Señor, como acostumbraban después de haber comido; y deteniéndose un breve espacio en conferir los misterios del Verbo humanado, la prudentísima Virgen rogó á José se recogiese á descansar y dormir un poco. Obedeció José y le pidió que también ella hiciese lo mismo; y para esto aliñó y previno con las ropas que traían el pesebre, y dejando á María Santísima acomodada en su pobre tálamo, se retiró el Santo José á un rincón del portal donde se puso en oración. Fué luego visitado del Espíritu

divino y fué elevado en un éxtasis, donde se le mostró todo lo que sucedió aquella noche en la cueva dichosa; porque no volvió á sus sentidos hasta que le llamó su divina Esposa.

La Virgen tuvo un éxtasis de los más raros y admirables de su vida santísima. Llegó á la visión clara de la Divinidad; vió intuitivamente al mismo Dios con tanta gloria y plenitud de ciencia, que todo entendimiento angélico y humano ni lo puede explicar, ni adecuadamente entender. Declaróla el Altísimo á su Madre Virgen, como era tiempo de salir al mundo de su virginal tálamo, y el modo como esto había de ser cumplido y ejecutado. Postróse María ante el trono real de la Divinidad, y dándole gloria, gracias y alabanzas por sí, y por todas las criaturas, pidió á Su Majestad nueva luz y gracia para obrar dignamente en el servicio, obsequio y educación del Verbo humanado. Esta petición hizo la divina Madre con humildad profundísima; Su Majestad la dió de nuevo título de Madre suya; la mandó que, como Madre legítima y verdadera, ejercitase este oficio y ministerio; que le tratase como á Hijo

del Eterno Padre, y juntamente Hijo de sus entrañas. Estuvo María Santísima en este raptó y visión beatífica más de una hora inmediata á su divino parto. Y al mismo tiempo que salía de ella y volvía en sus sentidos, puesta de rodillas en el pesebre, los ojos levantados al cielo, las manos juntas y llegadas al pecho: el espíritu elevado en la Divinidad, y toda ella deificada, dió al mundo al Unigénito del Padre, y suyo, y nuestro Salvador Jesús, Dios y hombre verdadero, á la hora de media noche.

Al punto que el Verbo humanado salió á luz, le recibieron en sus manos con incomparable reverencia San Miguel y San Gabriel y le presentaron á su Madre; recíprocamente se miraron Hijo y Madre, haciendo ella el corazón del dulce Niño y quedando juntamente llevada y transformada en él; y el Príncipe celestial á su feliz Madre dijo: «Madre, asimilate á mí, que por el ser humano que me has dado, quiero desde hoy darte otro nuevo ser de gracia más levantado, que siendo de pura criatura se asimile al mio, que soy Dios y hombre, por imitación inefable». Respondió la prudentísima Madre: «Llévame, Señor, y

tras de tí correremos en el olor de tus ungüentos». Con las palabras que oyó María de la boca de su Hijo amadísimo, juntamente le fueron patentes los actos interiores de su alma santísima unida á la Divinidad; para que imitádoles se asimilase á él. Acabados estos y otros coloquios, el Niño Dios suspendió el milagro y se mostró en su ser natural y pasible. Y en este estado le vió también su Madre purísima, y con profunda humildad y reverencia adorándole, le recibió de las manos de los santos ángeles, y al tenerlo en las suyas le dijo: «Dulcísimo amor mio, venid en hora buena al mundo, Sol de justicia, para desterrar las tinieblas del pecado y de la muerte. Dios verdadero, recibid para vuestro obsequio á vuestra esclava, y suplid mi insuficiencia para serviros. Hacedme, Hijo mio, tal como quereis que sea con Vos». Y dirigiéndose al Eterno Padre, dijo: «Altísimo Criador de todo el universo, aquí está el altar y el sacrificio aceptable á vuestros ojos. Desde esta hora, Señor mio, mirad el linaje humano con misericordia; y cuando merezcamos vuestra indignación, tiempo es de que se aplaque con vuestro Hijo y mio».

Dirigióse también á todos los mortales, y hablando con ellos, les dijo: «Consuélense los afligidos, alégrense los desconsolados, levántense los caidos, resuciten los muertos, regocíjense los justos, alégrense los santos, y todas las generaciones alaben al Señor. Venid, pobres; llegad, párvulos; que en mis manos tengo hecho cordero manso al que se llama león. Venid por la vida, llegad por la salud, acercaos por el descanso eterno. No queráis ser tardos ni pesados de corazón, y Vos, dulce bien de mi alma, dadme licencia para que reciba de Vos aquel deseado ósculo de todas las criaturas». Con esto la felicísima aplicó sus divinos labios á las caricias tiernas del Niño Dios, y teniéndole en sus brazos, los diez mil ángeles en forma humana, adoraron á su Criador hecho hombre. Luego entonaron aquel nuevo cántico *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. La prudentísima Señora llamó á San José, que volvió del éxtasis mediante la voluntad de su divina Esposa; y restituido en sus sentidos, lo primero que vió fué al Niño Dios en los brazos de su Madre Virgen, arrimado á su sagrado rostro

y pecho. Allí le adoró con profundísima humildad y lágrimas. Luego de haber adorado San José al Niño, la prudentísima Madre pidió licencia á su mismo Hijo para sentarse (que hasta entonces había estado de rodillas), y administrándole San José las fajas y pañales que traía, le envolvió en ellos con incomparable reverencia, y así empañado y fajado, le reclinó en el pesebre, aplicando algunas pajas y heno á una piedra para acomodarle en el primer lecho que tuvo Dios-Hombre en la tierra. Vino luego de aquellos campos un buey con suma presteza, y entrando en la cueva se juntó al jumentillo, que la misma Reina había llevado. Y ella les mandó que adorasen con la reverencia que podían, y reconociesen á su Criador. Obedecieron los humildes animales al mandato de su Señora, y se posttraron ante el Niño, y con su aliento le calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres.

*Doctrina de la Reina y Señora
del cielo y tierra.*

Hija mía muy amada, quiero que conozcas y conozcan los mortales el peligroso

engaño que reciben de las cosas temporales y visibles. ¿Quién hay de los hombres que no esté comprendido en la fascinación de la desmedida codicia? Todos comunmente ponen su confianza en el oro y en los bienes temporales, y para acrecentarlo emplean todo su cuidado, y en esto ocupan todo el tiempo que les fué dado para merecer la felicidad y descanso eterno. Esta ciega codicia es raíz de todos los males porque el Altísimo aparta de ellos su vista como objetos aborrecibles, y les niega su paternal protección, que es la última desdicha en la vida humana. El Señor se constituye por amparo y protección de los humildes que fían en Él; porque los mira con amor y caricia, regálase con ellos y atiende á todos sus deseos y cuidados. Pobres éramos José y Yo, y padecimos grandes necesidades, pero ninguna fué poderosa para que en nuestro corazón entrase el contagio de la avaricia ni codicia.



CAPÍTULO XXIII.

De la adoración de los pastores y circuncisión del Señor.

LUEGO de haber celebrado los ángeles el nacimiento de su Dios humanado en el portal de Belén, fueron despachados algunos de ellos por el mismo Señor á diversas partes para que evangelizasen las dichas nuevas. San Miguel fué á los Santos Padres del limbo, y les anunció como el Unigénito del Padre hecho hombre había ya nacido, y quedaba en el mundo y en un pesebre entre animales, humilde y manso cual ellos le habían profetizado. Habló á los santos Joaquín y Ana de parte de la dichosa Madre, y les dió la nueva de que ya tenía en sus brazos al deseado de las gentes. San Joaquín y Ana, por medio de San Miguel, pidieron á María su hija que en su nombre reverenciase al Niño Dios, fruto bendito de su virginal vientre. Otro ángel fué enviado á San-

ta Isabel y á su hijo Juán, quienes postrados en tierra adoraron á su Dios humanado en espíritu y verdad. Pidieron San Juán y su Madre á nuestra Reina por medio del mismo ángel, que en nombre de los dos adorase á su hijo santísimo, y les ofreciese de nuevo á su servicio; y todo lo cumplió María.

Con este aviso despachó luego Santa Isabel un propio á Belén, y con él envió un regalo á la feliz Madre del Niño Dios, que fué algún dinero, lienzo y otras cosas para abrigo del recién nacido, y de su pobre Madre y Esposo. Fué el propio con sola orden que visitase á su prima y á José, y que atendiese á la comodidad y necesidad que tuviesen, y de esto y de su salud trajese nuevas ciertas. De las cosas que les envió tomó alguna parte la Reina, para suplir algo de la pobreza en que se hallaba, y lo demás lo distribuyó á los pobres, que de éstos no quiso le faltase compañía los días que estuvo en el portal.

Fueron también otros ángeles á dar las mismas nuevas á Zacarías, á Simeón, y Ana la profetiza, y á otros justos y Santos. El sol apresuró su curso, las estrellas die-

ron mayor resplandor, muchos árboles dieron flor, y otros frutos. Algunos templos de los ídolos se arruinaron; y otros ídolos cayeron, y salieron de ellos los demonios. Sólo entre los justos hubo muchos que creyeron que Dios había nacido. Entre éstos fueron muy dichosos los pastores de aquella región, que desvelados guardaban sus rebaños á la misma hora del nacimiento; pues ellos fueron los primeros á quienes el mismo Dios les envió el arcángel San Gabriel y les dijo: «Os evangelizo un grande gozo, y es, que para vosotros ha nacido hoy el Salvador Cristo Señor nuestro en la ciudad de David. Y os doy por señal de esta verdad, que hallaréis el Infante envuelto en paños y puesto en un pesebre». Llegaron de improviso gran multitud de ángeles cantando gloria en las alturas á Dios, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Confiriendo entre si mismos los pastores lo que cada uno sentía de la nueva embajada, se determinaron de ir á toda prisa á Belén, y ver la maravilla que habían oído de parte del Señor. Partieron luego sin dilación, y entrando en la cueva hallaron á María, á José y al Infante reclinado en el

pesebre. Postráronse todos en tierra y adoraron al Verbo humanado, y no ya como hombres rústicos é ignorantes, sino como sabios y prudentes le alabaron, confesaron y engrandecieron por verdadero Dios y hombre, Reparador y Redentor del linaje humano.

Estuvieron en el portal desde el punto de amanecer hasta después del medio día, que habiéndoles dado de comer nuestra gran Reina los despidió llenos de gracias y de consolación celestial. En los días que estuvieron en el portal, María, el Niño y José, volvieron alguna vez á visitarlos estos santos pastores, y les trajeron algunos regalos de lo que su pobreza alcanzaba.

La primera vez que el santo esposo José recibió al Niño Dios en los brazos, le dijo María Santísima: «Esposo y amparo mío, recibid en vuestros brazos al Criador del cielo y tierra, y gozad de su amable compañía y dulzura; tomad el tesoro del eterno Padre, y participad del beneficio del linaje humano». El fidelísimo Esposo se humilló hasta la tierra y respondió: «Señora y Reina del mundo, esposa mía, ¿cómo yo, indigno, me atreveré á tener en mis brazos al

mismo Dios, en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo? Cómo este vil gusanillo tendrá ánimo para admitir tan peregrino favor? Polvo y ceniza soy; pero Vos, Señora, suplid mi poquedad, y pedid á su Alteza me mire con clemencia, y me disponga en su gracia». Puesto de rodillas le recibió, derramando dulcísimas y copiosas lágrimas.

El Niño Dios le miró con semblante caricioso, y al mismo tiempo le renovó todo en el interior con tan divinos efectos, que no es posible explicarlos.

Después que por algún tiempo había gozado de tanta dicha, le volvió á la feliz Madre, estando entrambos arrodillados para darle y recibirle. Y con esta reverencia le tomaba siempre y le dejaba de sus brazos la prudentísima Señora, y lo mismo hacía su Esposo cuando le tocaba esta dichosa suerte; y antes de llegar á Su Majestad, hacían tres genuflexiones, besando la tierra con actos heróicos de humildad, culto y reverencia, que ejercitaban, cuando le daban y recibían de uno á otro.

Cuando la divina Madre juzgó que ya era tiempo de darle el pecho, con humilde

reverencia pidió licencia á su mismo Hijo; y lo mismo practicó en adelante las tres veces que al día le daba su virginal leche, humillándose y reconociéndose inferior, porque si bién le debía alimentar como á Hijo y hombre verdadero, le miraba juntamente como á verdadero Dios y Señor; y así cuidaba de alimentar, servir y guardar á su Niño, no con conturbada solicitud, sino con incesante atención, reverencia y prudencia, causando admiración á los mismos ángeles; de manera, que sólo para tomar algún sustento le dejaba de sus brazos, poniéndole en los de San José, ó en los de los santos príncipes Miguel y Gabriel, pues estos dos arcángeles la pidieron que mientras comían ó trabajaba San José, se le diese á ellos.

Antes que se cumplieran los ocho días del nacimiento, la prudentísima Señora, puesta en la presencia del Señor, le dijo: «Altísimo Rey, aquí está vuestra esclava con el verdadero sacrificio y hostia en las manos. Conozca yo, Señor, vuestro divino beneplácito en lo que debo hacer con vuestro Hijo y mio para cumplir con la ley. Y si con padecer yo los dolores de su rigor, y mucho más, puedo rescatar á mi dulcísimo Ni-

ño, aparejado está mi corazón, y también para no excusarlo, si por vuestra voluntad ha de ser circuncidado». Respondióla el Altísimo: «Hija mía, y paloma mía, no se aflija tu corazón por entregar á tu Hijo al cuchillo y dolor de la circuncisión; pues yo lo envié al mundo para darle ejemplo, y para que dé fin á la ley de Moisés cumpliéndola enteramente. Ya sabes, hija mía, que para este y otros mayores trabajos me has de entregar á tu Unigénito y mio: déjale, pues, que derrame su sangre, y me dé primicias de la salud eterna de los hombres.»

Con esta determinación del Eterno Padre se conformó la divina Señora, como co-operadora de nuestro remedio, y previno á San José que buscase un pomito de cristal ó vidrio en que recibir la sagrada reliquia de la circuncision del Niño Dios para guardarla consigo, y que previniese la medicina que á la herida se suele aplicar á los otros niños: y ella previno paños en que cayese la sangre que se había de comenzar á verter en precio de nuestro rescate, para que ni una gota se perdiese ni cayese por entonces en la tierra.

Trataron de ponerle Jesús como el ángel había revelado á los dos, y al mismo instante descendieron de las alturas innumerables ángeles en forma humana, con una divisa en el pecho, como grabada ó embutida en él, debajo un viril en que cada uno tenia escrito el nombre dulcísimo de Jesús, y como por cabezas de este ejército los dos príncipes San Miguel y San Gabriel, llevando los dos en las manos con mayores letras el nombre santísimo de Jesús, y dijeron á María: «Señora, este es el nombre de vuestro Hijo.»

En la ciudad de Belén había particular sinagoga donde se juntaba el pueblo á orar y á oír la ley de Moisés, la cual leía y declaraba un sacerdote en el púlpito con alta voz, para que el pueblo entendiese sus preceptos. El sacerdote, que era ministro de la ley, solía serlo de la circuncisión, no por precepto que obligase, porque cualquiera podía circuncidar, aunque no fuese sacerdote, sino por especial devoción de las madres, que muchas se movían pensando que los niños no peligrarían tanto si eran circuncisos por mano de sacerdote.

Nuestra gran Reina, no por temor, sino

por la dignidad del Niño, quiso que el ministro de su circuncisión fuese el sacerdote que estaba en Belén, y para este fin le llamó el esposo San José.

Vino el sacerdote al portal ó cueva donde le esperaba el Verbo humanado y su Madre Virgen, que le tenía en sus brazos: y con el sacerdote vinieron otros dos ministros, que solían ayudar en el ministerio de la circuncisión. El horror del lugar desazonó uu poco al sacerdote. Pero la prudentísima Reina le habló y recibió con tal modestia y agrado, que eficazmente le compelió á mudar el rigor en devoción y admiración, y al poner los ojos el sacerdote en el semblante de la Madre y del Niño, que tenía en sus brazos, sintió en el corazón un nuevo movimiento que le inclinó á gran devoción y ternura, admirado de lo que veía entre tanta pobreza, y en tan humilde y despreciado lugar. Y cuando llegó al contacto de la carne deificada del Infante Dios, fue renovado todo con una oculta virtud, que le santificó y perfeccionó, y dándole nuevo ser de gracia, le llevó hasta ser santo y muy agradable al altísimo Señor.

Para hacer la circuncisión con la reverencia exterior que en aquel lugar era posible, encendió San José dos velas de cera; y el sacerdote dijo á la Virgen Madre que se apartase un poco, y entregase el Niño á los ministros para que la vista del Sacrificio no la afligiese. Pero la gran Señora pidió al sacerdote con humilde sumisión, que si era posible, ella asistiese al sacramento de la circuncisión, por lo que le veneraba; y que también se hallaba con ánimo de tener en sus brazos á su Hijo; y sólo le suplicaba que con la piedad posible se hiciese la circuncisión por la delicadeza del Niño. El sacerdote ofreció hacerlo, y permitió que la misma Madre tuviese el Niño en sus manos para el ministerio. Desenvolvió la divina Madre á su Hijo de los paños en que estaba, y sacó del pecho una toalla ó lienzo que tenía prevenido al color natural, por el rigor del frío, y con este lienzo tomó en sus manos al Niño, de manera que la reliquia y sangre de la circuncisión se recibiesen en él: y el sacerdote hizo su oficio, y circuncidó al Niño Dios y hombre verdadero. Lloró el Niño y lloró también la Madre, y con recíproco amor y compa-

sión él se retrajo para la Madre, y ella dulcemente le arrimó con caricia á su virginal pecho; y recogió la sagrada reliquia y sangre derramada, y la entregó á San José, para cuidar ella del Niño Dios y envolverle en sus paños. El sacerdote les preguntó qué nombre daban al Niño circuncidado; y la gran Señora, atenta siempre al respeto de su Esposo, le dijo lo declarase. El Santo, con la veneración digna, se convirtió á ella, dándole á entender que saliese de su boca tan dulce nombre.

Y con divina disposición los dos á un mismo tiempo pronunciaron: «Jesús es su nombre». El sacerdote le escribió en la nómina de los demás del pueblo. Al escribirle sintió grande conmoción interior, que le obligó á derramar muchas lágrimas, y admirado de lo que sentía, dijo: «Tengo por cierto que este Niño ha de ser un gran Profeta del Señor. Tened gran cuidado de su crianza y decidme en qué puedo yo acudir á vuestras necesidades». Respondieron María y José al sacerdote con humilde agradecimiento, y con alguna ofrenda que le hicieron de las velas y otras cosas, le despidieron.

La prudentísima Madre curó al Niño Dios de la herida del cuchillo con las medicinas que á otros solian aplicarse; y el tiempo que le duró el dolor y la cura no le dejó un punto de sus brazos de día y de noche. El santo José propuso á su Esposa que le parecia necesario dejar aquel lugar desamparado y pobre, por la incomodidad que en él habia para el abrigo del Niño Dios, y de ella misma; y que ya en Belén se hallaría posada desocupada, donde podian recogerse mientras llegaba el dia de poder llevar el Niño á presentarle en el templo de Jerusalén. La humilde Reina respondió: «Esposo y señor mio, yo estoy rendida á vuestra obediencia, y á donde fuere vuestra voluntad os seguiré con mucho gusto; disponed lo que mejor os pareciere». Puso este desprendimiento á San José en mayor cuidado, pues deseaba que su Esposa determinase lo que debian hacer. Estando en esta conferencia, los dos príncipes Miguel y Gabriel, dijeron: «La voluntad divina ha ordenado que en este mismo lugar adoren al Verbo divino los tres Reyes, que vienen en busca del Rey del cielo, del Oriente. Diez días hace que caminan, y llegarán aquí con bre-

vedad; y se cùmplirán los vaticinios de los Profetas.» Con este nuevo aviso quedó San José gozoso é informado de la voluntad del Señor, y su Esposa le dijo: «Señor mío, este lugar escogido por el Altísimo para tan magníficos misterios, aunque es pobre y desacomodado á los ojos del mundo, más en los de su sabiduría es rico, precioso y el mejor de la tierra , pues el Señor de los cielos se ha pagado de él, consagrándole con su real presencia.» María previno el portal para la llegada de los Reyes, limpiándole de nuevo, lo que permitía sa natural desaliño y pobreza humilde del sitio.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mía, quiero renovar en tí la doctrina y luz que has recibido para tratar con suma reverencia á tu Señor, porque la humildad y temor reverencial han de crecer en las almas, al paso que reciben más particulares y extraordinarios favores. Por no tener esta ciencia muchas almas, unas se hacen indignas de grandes beneficios; otras que los reciben, llegan á incurrir en una torpe grosería, que ofende mucho al Se-

ñor; porque de la suavidad dulce y amorosa con que las regala y acaricia, suelen tomar un linaje de osadía para tratar á la Majestad infinita sin la reverencia que deben. Sea, pues, regla inviolable para tí, hija mía, que cuando gozares de los más estrechos abrazos y regalos del Altísimo, tanto más atenta estés á respetar la grandeza de su ser infinito, á magnificarle, y amarle juntamente.



CAPÍTULO XXIV.

Adoración de los Reyes magos del Oriente al Verbo humanado en Belén.

Los tres Reyes, guiados por una estrella, se pusieron en camino para adorar al Rey de los Judíos, y con su luz llegaron á Belén, y al portal del nacimiento sobre el cual detuvo su curso, y se inclinó entrando por la puerta; y menguando su forma corporal, hasta ponerse sobre la cabeza del Infante Jesús, no paró, y le bañó todo con su luz; y luego se deshizo. Aguardaba la divina Madre con el Infante Dios en sus brazos á los devotos y piadosos Reyes; y estaba con incomparable modestia y hermosura, descubriendo entre la humilde pobreza indicios de majestad más que humana, con algo de resplandor en el rostro. El Niño resplandecía mucho más y derramaba grande refulgencia de luz, con que estaba toda

aquella caverna hecha un cielo. Entraron en ella los tres Reyes, y á la vista del Hijo y de la Madre quedaron por gran rato admirados y suspensos. Postráronse en tierra, y en esta postura reverenciaron y adoraron al Infante, reconociéndole por verdadero Dios y hombre y reparador del linaje humano. Y con el poder divino, y vista, y presencia del dulcísimo Jesús, fueron de nuevo ilustrados interiormente. Levantáronse en pié, y dieron la enhorabuena á su Reina y nuestra, de ser Madre del Hijo del Eterno Padre; hincadas las rodillas le pidieron la mano para besársela; y la prudentísima Señora retiró la suya, y ofreció la del Redentor del mundo; y dijo: «Mi espíritu se alegró en el Señor y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las naciones os llamó y eligió, para que con vuestros ojos llegueis á ver y conocer lo que muchos reyes y profetas desearon y no lo consiguieron, que es el eterno Verbo encarnado y humanado». Con estas razones de María, se humillaron de nuevo los tres Reyes, adorando al Infante Jesús. Hablaron al Santo Esposo José, engrandeciendo su felicidad de ser esposo de la Madre del mis-

mo Dios, y por ella le dieron la enhorabuena. Pasaron en estas cosas tres horas, y pidieron licencia á María para ir á la ciudad á tomar posada, por no haber lugar para detenerse en la cueva y estar en ella. Despidiéronse y fuéronse, quedando María y José con el Infante solos.

Colocados á la posada y retirándose aquella noche á solas, estuvieron grande espacio de tiempo, con abundancia de lágrimas y suspiros, confiriendo lo que habían visto, y los efectos que á cada uno había causado, y lo que habían notado en el Niño Dios y en su Madre Santísima. Con esta conferencia se inflamaron más en el amor divino, admirándose de la majestad del Niño, de la prudencia de la Madre, de la santidad de José, y de la pobreza de todos tres. Determinaron enviarles luego alguna cosa, y les remitieron por medio de sus criados muchos de los regalos, que para ellos estaban prevenidos, y otros que buscaron. Recibieronlos María y José con humilde reconocimiento; y el retorno fué muchas bendiciones eficaces de consuelo espiritual para los tres Reyes. Tuvo con este regalo nuestra gran Reina con que hacerles á sus or-

dinarios convidados, los pobres, opulenta comida; pues acostumbrados á sus limosnas, y más aficionados á la suavidad de sus palabras la visitaban.

El día siguiente en amaneciendo, volvieron á la cueva para ofrecer al Rey celestial los dones que traían prevenidos. Llegaron, y postrados en tierra le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra. Hablaron con la divina Madre, y no sabían apartarse de ella. Recibió María los dones de los Reyes, y en su nombre los ofreció al Infante Jesús, que con agradable semblante mostró que los admitía, y les dió su bendición, de manera que los mismos Reyes lo vieron. Á la divina Princesa ofrecieron algunas joyas de gran valor; las que no admitió, y para dejarlos más consolados, les dió algunos paños de los que había envuelto al Niño Dios. Recibieron los Reyes estas reliquias con tanta veneración y aprecio, que guarneciéndolas en oro y piedras preciosas, las guardaron, y en testimonio de su grandeza daban tan copioso olor, que se percibía casi á una legua de distancia, pero con esta diferencia, que sólo se comunicaba á los que

tenían fé en la venida de Dios al mundo. Ofrecieron también los Reyes á la Madre servirla con sus haciendas y posesiones, y si no gustaba de ellas, y quería vivir en aquel lugar del nacimiento de su Hijo, le edificarían allí casa para estar con más comodidad; estos ofrecimientos agradeció la Madre sin admitirlos. Y para despedirse de ella, los Reyes la rogaron que jamás se olvidase de ellos, lo mismo pidieron á San José; y con la bendición de todos tres se despidieron y se volvieron á sus casas, guiados de la misma estrella.

Despedidos los tres Reyes magos, María y José confirieron como se distribuyesen los dones en tres partes; una para llevar al templo de Jerusalén, que fué el incienso y mirra y parte del oro; otra para ofrecer al sacerdote que circuncidó al Niño, que se emplease á su servicio y de la sinagoga que había en Belén; y la tercera para los pobres, y así lo ejecutaron. María Santísima dió parte del oro destinado á los pobres á una mujer pobre piadosa, que vivía cerca del portal y la había visitado algunas veces, y ofrecido su casa con grande instancia, viendo la incomodidad del portal.

Aceptaron la oferta María y José y fueron á hospedarse á la casa de la feliz mujer, que los recibió con suma caridad, y les dejó libre lo mejor de la habitación que tenía; y al salir de la cueva los santos Esposos, puso Dios un ángel que la guardase, y nunca más entró en aquel lugar santo algún animal. Retirada la Sagrada Familia á la posada que halló cerca del portal, perseveró en ella hasta el tiempo de la Purificación ó Presentación del Niño Dios al Templo.

Desde el nacimiento habló el Infante Jesús con su dulcísima Madre á solas; pues el santo José nunca le oyó hablar, hasta que tuvo un año, que habló con él. En los días que la Reina Santísima se detuvo en Belén, concurrió alguna gente á visitarla y hablarla, aunque casi todos eran de los más pobres. Unos por la limosna que de su mano recibían; otros por haber sabido que los Magos habían estado en el portal. Todos hablaban de esta novedad y de la venida del Mesías, con esta ocasión encaminaba María muchas almas al conocimiento de Dios, las confirmaba en la fé, é instruía en las virtudes.

Doctrina de la piadosísima Virgen.

Hija mía, grandes fueron los dones que ofrecieron los Reyes á mi Hijo santísimo; pero mayor el afecto con que los daban, y el misterio que significaban, por esto le fueron muy agradables á Su Majestad. Esto quiero que tu le ofrezcas, dándole gracias porque te hizo pobre en el estado y profesión; porque te aseguro que no hay para el Altísimo otro más precioso don que la pobreza voluntaria, pues son muy pocos hoy en el mundo los que usan bien de las riquezas temporales, y que las ofrezcan á su Dios con la largueza y afectos de los Santos Reyes. Los pobres del Señor experimentan bien cuán cruel y avarienta se ha hecho la naturaleza humana, pues son tan poco remediados de los ricos. Esta impiedad ofende á los ángeles y contrista al Espíritu Santo; pudiendo los ricos comprar la vida eterna con la hacienda, en lugar de granjearse su perdición, por abusar de este beneficio del Señor, como hombres insensatos y necios.

CAPÍTULO XXV.

De la presentación del Infante Jesús al Templo.

TRATÓ la gran Señora con su Esposo de la jornada, y habiéndola ordenado y prevenido lo necesario, se despidieron de la piadosa mujer, su hospedera, y dejándola llena de bendiciones del cielo, fueron luego á visitar la cueva del nacimiento. Entregó la Madre á San José el Niño Jesús para postrarse en tierra y adorar el suelo, testigo de tan venerables misterios; y habiéndolo hecho, dijo á su Esposo: «Señor, dadme la bendición, para hacer con ella esta jornada, como me la dais siempre que salgo de vuestra casa. También os suplico que me deis licencia para hacerla á pié y descalza». San José la respondió que se levantara y dijo: «El Altísimo, Hijo del Eterno Padre, que tengo en mis brazos, os dé su bendición. Sea también enhorabuena, que caminando á pié le lleveis en los vuestros; pero no habeis de ir descalza; porque el tiempo no lo permite; y vuestro deseo será

acepto delante del Señor, que os le ha dado». Cubrióse con un manto para el camino, y recibiendo en sus brazos al tesoro del cielo, y aplicándole á su pecho virginal, le cubrió con grande esmero, para defenderle del temporal del invierno.

Partieron del portal, pidiendo la bendición los dos al Niño Dios, y Su Majestad se la dió visiblemente. San José acomodó en el jumentillo las fajas del divino Infante, y con ellas la parte de los dones de los Reyes, que reservaron para ofrecer al Templo. Era en aquella ocasión el tiempo tan destemplado de frío y hielos, que el Niño Dios, temblando como verdadero hombre, lloraba en los brazos de su amorosa Madre. En el tiempo que hacía la jornada nuestra divina Señora con el Niño Dios, sucedió en Jerusalén que Simeón, sumo sacerdote, fué ilustrado del Espíritu Santo, como el Verbo humanado venía á presentarse al Templo en los brazos de su Madre. La misma revelación tuvo la santa viuda Ana, y de la pobreza y trabajo con que venían acompañados de José, esposo de la purísima Señora. Confiendo los dos Santos esta revelación, llamaron al mayordomo del Templo y dándole

las señas de los caminantes que venían, le mandaron saliese á la puerta del camino de Belén, y los recibiese en su casa con toda benevolencia y caridad. Así lo hizo el mayordomo, con que la gran Reina y su Esposo recibieron mucho consuelo, por el cuidado que tralan de buscar posada que fuese decente para su divino Infante.

Dejándolos en su casa el dichoso hospederero, volvió á dar cuenta al sumo Sacerdote. Aquella misma tarde llevó San José al Templo los dones de los Reyes, y de regreso llevó las tortillas que habían de ofrecer al Templo con el Infante Jesús. En aquella misma noche fué Simeón ilustrado con la divina luz, y en ella conoció con la mayor claridad todos los misterios de la Encarnación y Redención humana, y que en María Santísima se habían cumplido las profecías de Isaias y de otros Profetas, y por esto fué llevado Simeón al Templo en espíritu el día siguiente. También Ana tuvo revelación la misma noche de muchos de estos misterios, y fué grande el gozo que tuvo; pues ella había sido la maestra de nuestra Reina.

Llegada la mañana, la divina Señora, pre-

venidas las ~~torillas~~ y dos velas, acomodó al Infante Jesús en sus paños, y con el santo esposo José salieron de la posada para el Templo, acompañados de innumerables ángeles. Llegando á la puerta del Templo, sintió María altísimos afectos interiores de devoción; y prosiguiendo hasta el lugar donde llegaban las demás, se inclinó, y puesta de rodillas, adoró al Señor en espíritu y verdad. Luego se le manifestó con visión intelectual la Santísima Trinidad, y salió una voz del Padre, oyéndola sola María, que decía: «Este es mi amado Hijo, en el cual tengo mi agrado». El dichoso José sintió nueva conmoción de suavidad del Espíritu Santo, que le llenó de gozo y luz divina.

El sumo sacerdote Simeón entró en el Templo, y encaminándose al lugar donde estaba María con su Infante Jesús en los brazos, vió á Hijo y Madre llenos de resplendor y de gloria. La profetiza Ana vino allí á la misma hora, y vió á la Madre con el Hijo con admirable y divina luz. Llegaron llenos de júbilo celestial á la Reina del cielo, y el Sacerdote recibió de sus manos al Infante Jesús en sus palmas. Y levan-

tando los ojos al cielo, lo ofreció al Eterno Padre y dijo: «Ahora, Señor, despedirás á tu siervo, según tu palabra, en paz, porque ya mis ojos vieron al Salvador que nos has dado, al cual pusiste delante la faz de todos los pueblos; lumbre para la revelación de las gentes, y gloria de Israel tu pueblo». Y dirigiéndose á la Madre del Infante Jesús, la dijo: «Advertid, Señora, que este Niño está puesto para ruína y para salvación de muchos en Israel; y para señal ó blanco de grandes contradicciones. Y á vuestra alma, suya de él, traspasará un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones». Y como sacerdote, dió la bendición á los felices Padres del Niño. La profetiza Ana reconoció al Verbo humanado. Y con luz del Espíritu divino habló acerca de sus misterios muchas cosas. Al mismo tiempo que el Sacerdote pronunciaba las palabras proféticas de la pasión y muerte del Señor, el Niño Jesús bajó la cabeza en señal de aceptación. La amorosa Madre conoció y vió todo cuanto su Hijo había de padecer, y le quedaron en la memoria sin olvidarlas jamás, las palabras proféticas de Simeón. Acabado este acto, la gran Señora

besó la mano al Sacerdote y le pidió de nuevo la bendición; y lo mismo hizo con Ana, su antigua Maestra, y se volvió á su posada con el Niño Dios, su Esposo, y catorce mil ángeles que la acompañaban.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mía, quiero renovar en tí la doctrina y luz que has recibido, para tratar con suma reverencia á tu Señor, porque la humildad y temor reverencial han de crecer en las almas, al paso que reciben más particulares y extraordinarios favores. Por no tener esta ciencia muchas almas, unas se hacen indignas de grandes beneficios; otras que los reciben, llegan á incurrir en una torpe grosería, que ofende mucho al Señor; porque de la suavidad dulce y amorosa con que las regala y acaricia, suelen tomar un linaje de osadía para tratar á la Majestad infinita sin la reverencia que deben. Sea, pues, regla inviolable para tí, hija mía, que cuando gozares de los más estrechos abrazos y regalos del Altísimo, tanto más atenta estés á respetar la grandeza de su ser infinito, á magnificarle y amarle juntamente.

CAPÍTULO XXVI.

De la huida á Egipto.

DETERMINARON María y José perseverar en Jerusalén nueve días, y en ellos visitar el Templo nueve veces, en acción de gracias por los beneficios que habían recibido. Comenzaron la novena, y cada día iban al Templo antes de la hora de tercia; y estaban hasta la tarde en oración; y haciendo María grandes peticiones á favor de los hombres, y prosiguiendo en ellas en el quinto día, el Altísimo la dijo: «Esposa y paloma mía, tus intentos y deseos son gratos á mis ojos, y en ellos me deleito siempre. Pero no puedes proseguir los nueve días de tu devoción, porque quiero tengas otro ejercicio de padecer por mi amor, y que para criar á tu Hijo y salvarle su vida, salgas de tu casa, y pases á Egipto, donde estaréis hasta que yo ordene otra casa; porque Herodés ha de intentar la muerte del Infante. La jornada es larga y de muchas incomodidades; padécelas por mi, que yo

estoy y estaré contigo». La prudentísima Madre respondió: «Señor mío, aquí está vuestra sierva con corazón presto á morir, si fuere necesario, por vuestro amor». Pero el amor que tenía la gran Reina á su Hijo enterneció su corazón, y derramando muchas lágrimas, salió del Templo para su posada. Turbóse un poco José viendo á su amada Esposa tan llorosa y afligida; y esta fué una de las causas porque aquella misma noche, estando José durmiendo, se le apareció el santo Ángel y le dijo: «Levántate, y con el Niño y su Madre huye á Egipto, y allí estarás hasta que yo te vuelva á dar otro aviso, porque Herades ha de buscar al Niño para quitarle la vida». Al punto se levantó José y llamó á su Esposa y la dijo: «Señora mía, la voluntad del Altísimo quiere que seamos afligidos; pues su ángel me ha declarado que con el Niño nos vayamos huyendo á Egipto, porque trata Herodes de quitarle la vida. Animaos, Señora, y decidme qué tengo de hacer para vuestro alivio, pues tengo el ser y la vida para servicio de nuestro dulce Niño y vuestro». «Esposo y Señor mío, respondió la Reina; si de la mano del Altísimo recibimos tantos

bienes de gracia, razón es que con alegría recibamos los trabajos temporales; vamos á cumplir su voluntad». Llegaron María y José á donde estaba en una cuna el Infante Jesús; descubrióla la divina Madre, y no despertó. Más la divina Madre, hincadas las rodillas, despertó y tomó en sus brazos al divino Infante. Y él, para enternecerla más, y mostrarse verdadero hombre, lloró un poco. Más luego se calló. Y pidiéndole la bendición su Madre y San José, se la dió el Niño viéndolo entrambos. Y cogiendo sus pobres mantillas, partieron sin dilación á poco más de media noche, llevando el jumentillo.

Muchos trabajos y cuidados saltearon el corazón de los Padres santísimos, al partir con tanta prisa desde su posada; pero moderóse este dolor con la manifestación de los diez mil ángeles, y al salir de las puertas de la ciudad adoraron al Verbo humanado en los brazos de su Madre, y á ella se le ofrecieron á su servicio y obediencia. Salieron por la puerta de Nazareth, y María se inclinó, con algún deseo de llegar al lugar del nacimiento, para adorar aquella cueva y pesebre; pero los ángeles la dijeron:

«Conviene que apresuremos el viaje; Herodes ha mandado que con gran desvelo os busquen». Obedeció la Reina, y desde el camino hizo reverencia al sagrado lugar; y el ángel de la guarda de aquel lugar salió en forma visible y adoró al Verbo en los brazos de su divina Madre. Inclínose también á tomar el camino de Hebrón, pues en aquella ocasión estaba allí su prima Isabel, con su hijo San Juan. Pero San José la dijo: «Señora mía, yo juzgo que nos importa mucho no detener un punto la jornada, para retirarnos luego del peligro». «Hágase vuestra voluntad, respondió la humilde Reina; pero con ella, pediré á uno de los ángeles vaya á dar aviso á Isabel, mi prima, de la causa de nuestro viaje, para que ponga en salvo á su niño». Con la voluntad de José despachó uno de los principales ángeles para que diese noticia á Santa Isabel. Llegó el santo ángel á la bendita Isabel, y la informó de todo lo que convenia. Díjola, como la Madre del mismo Dios iba con él huyendo á Egipto de la indignación de Herodes, y que por asegurar á Juan le ocultase y pusiese en salvo. Con esta embajada quedó Santa Isabel llena de admiración y

gozo, y preguntó al santo ángel si podría alcanzarlos, el cual la respondió no podía detenerlos, y dando al ángel dulces memorias para Hijo y Madre, quedó muy llorosa. Despachó luego Santa Isabel un propio, al alcance de los divinos caminantes, con cosas de comer, dineros, y con qué hacer mantillas para el Niño, previniendo la necesidad con que iban á tierra no conocida. Alcanzólos el propio en la ciudad de Gaza, distante de Jerusalén, poco menos de veinte horas, en donde por haberse fatigado San José y el jumentillo en que iba la Reina, descansaron dos días. Del regalo de Isabel hizo convite á los pobres, y de las telas un mantillo para abrigar al Niño Dios, y para San José otra capa acomodada para el camino y tiempo, y previno algunas otras cosas para el viaje. En los días que estuvieron en aquella ciudad, hizo María algunas obras maravillosas; entre otras, libró dos enfermos de peligro de muerte, dándoles salud, y á otra mujer baldada la dejó sana. Á más obró efectos divinos en las almas de muchos.

El día tercero emprendieron el viaje, y dejando luego los poblados de Palestina, se

metieron en los desiertos arenosos de Bersabé. Era forzoso pasar las noches al sereno y sin abrigo, en todas las sesenta leguas de despoblado. La primera noche se arrimaron á la falda de un montecillo, y la Reina del cielo, con su Niño en los brazos, se sentó en la tierra, y allí tomaron algún aliento y cenaron de lo que llevaban. La Emperatriz dió el pecho á su Infante Jesús, San José, con su propia capa y unos palos, formó un pabellon, para que el Verbo divino y María Santísima se defendiesen algo del sereno. Los diez mil ángeles hicieron cuerpo de guardia á su Rey y Reina. El Niño Dios durmió un poco, el santo José se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban, y la Reina en vela teniendo coloquios divinos con el Altísimo, y con los ángeles. Prosiguieron el camino, y luego les faltó la prevención de pan y de algunas frutas que llevaban, con que María y José llegaron á sentir el hambre de manera, que un día pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento. Á más del hambre, cansancio y desamparo, se levantó un temporal de

agua y vientos que los cegaba y fatigaba mucho, de manera que el Niño Dios llegó á llorar y tiritar de frio. La Madre, usando del poder de Reina, mandó á los elementos que no ofendiesen á su mismo Criador, y luego se templó el viento y cesó la lluvia. Faltábales la comida, y afligiales la necesidad; pero el Señor les proveyó por mano de los ángeles, pues les trajeron pan suavísimo, y frutas muy hermosas y sazonadas, y á más de esto un licor dulcísimo, y á más los recreó visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad, pues llegando la divina Madre á descansar y sentarse en el suelo con su Infante Dios, venían de las montañas á ella mucho número de aves, que con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenían y recreaban, y la divina Señora las mandaba que reconociesen á su Criador y le hiciesen cánticos en acción de gracias.

Llegó, pues, el Infante Jesús con su Madre y San José á la tierra poblada de Egipto; y al entrar en los lugares, el Niño Dios oraba al Padre, y pedía por la salud de aquellos moradores, cautivos del demonio, y los que allí estaban en los ídolos los lan-

zaba y arrojaba al profundo; al mismo tiempo caían con grande estrépito los ídolos, se hundían los templos, y se arruinaban los altares de la idolatría. La Madre acompañaba á su Hijo en sus peticiones, como cooperadora en todo de la salud humana. Admirábanse los pueblos de tan impensada novedad, y algunos con la curiosidad de ver los forasteros, llegaban á nuestra gran Reina y á San José y les hablaban de la ruina de sus templos, y dioses que adoraban. Tomando ocasión de estas preguntas la Madre de la Sabiduría, comenzó á desengañar aquellos pueblos, dándoles noticia del verdadero Dios, y enseñándoles que sólo Él era el único y Criador del cielo y de la tierra, y que los demás eran falsos y mentirosos.

Como la divina Señora era tan suave y dulce en sus palabras, y ellas tan vivas y eficaces, y los efectos de sus pláticas tan saludables, corría la voz de los peregrinos en los lugares donde llegaban, y concurría mucha gente á verlos y oírlos. Y como al mismo tiempo obraba la petición del Verbo humanado, era increíble la conmoción de la gente, y la mudanza de los corazones,

convirtiéndose al conocimiento del verdadero Dios, y haciendo penitencia de los pecados. Prosiguieron Jesús y María por muchos pueblos de Egipto, obrando estas y otras muchas maravillas, desterrando los demonios de los ídolos, y de muchos cuerpos, curando muchos enfermos, alumbrando los corazones de varias gentes, y catequizando y enseñando la divina Señora y San José el camino de la verdad y vida eterna.

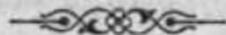
Llegaron á la ciudad de Hermópolis, y en un árbol que estaba á la entrada de la ciudad había un demonio muy poderoso; al llegar el Verbo humanado á su vista, el demonio huyó y el árbol se inclinó hasta el suelo, como agradecido por su suerte, y después las hojas y fruto de aquel árbol curaban varias enfermedades. Se conserva la memoria de una fuente, que está cerca la ciudad de la cual la divina Señora cogió agua, y bebió ella y el Niño, y lavó las mantillas; recibiendo los infieles algunos beneficios temporales de la mano del Señor, tal vez para que se conservase entre ellos aquella memoria. Pregunté á la gran Reina como con el Niño Dios había peregrinado

tantas tierras, pareciéndome que por esta causa se habían aumentando mucho sus trabajos y penalidades. Respondióme: «No te admires de que para granjear tantas almas peregrinásemos mi Hijo Santísimo y yo: pues por una sola, si fuera necesario, recorreremos todo el mundo, si no hubiera otro remedio.» Finalmente, después de haber discurrido por varios lugares y ciudades, llegaron á la ciudad de Heliópolis; tomaron aquí su asiento, porque los ángeles que les acompañaban dijeron á María y José que en aquella ciudad habían de parar, donde, á más de la ruina de los ídolos y sus templos, determinaba hacer el Señor otras maravillas para su gloria y rescate de muchas almas.

Con este aviso tomaron allí posada común; y luego San José salió á buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo; y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre, retirada de la ciudad como deseaba la Reina del cielo, y á ella se recogió la Sagrada Familia, y la Virgen, postrada en tierra, la besó, y dió gracias al Altísimo por haber hallado aquel descanso después de tan molesta y prolija peregrinación.

Doctrina de María Santísima.

Hija mía, la doctrina que has escrito, te enseña que has de estar preparada para admitir lo próspero y adverso, lo dulce y amargo con igual semblante. No puedes seguir á Cristo si no abrazas la cruz y te alegras con ella; ni tampoco me hallarás á mí. Si las criaturas te faltan, si la tentación te amenaza, si la tribulación te aflige, y los dolores de la muerte te cercaren, por ninguna de estas cosas te has de turbar; responde animosa: El Señor es mi salud, ¿á quién temeré? Es mi protector, ¿cómo ando fluctuando? Tengo Madre, Maestra, Reina y Señora, que me amparará y cuidará de mi aflicción. Procura conservar la paz interior, y no me pierdas de vista, para imitar mis obras y seguir mis pisadas. Advierte el dolor que traspasó mi corazón con las profecías de Simeón, y en esta pena estuve igual, sin inmutarme, aunque traspasada el alma y corazón de dolor.



CAPÍTULO XXVII.

Jesús, María y José toman asiento en la ciudad de Heliópolis; ordenan allí su vida.

NUESTROS divinos forasteros tuvieron casa, faltábales todo lo demás de la comida y menaje necesario para la vida; y habiendo llegado á padecer hambre, salió San José los tres días primeros á pedir limosna, tanto para si como para su amada Esposa. Luego que José con su trabajo empezó á ganar, hizo una tarima para la Madre y una cuna para el Hijo, y él descansaba sobre la dura tierra, hasta que después de algunos días, con el trabajo del santo Esposo y la piedad de unas devotas mujeres, alcanzaron á tener alguna ropa con que abrigarse todos. Viendo la gran Señora la extremada pobreza con que estaban, se valió de las mismas mujeres que la visitaban para buscar labores, y como todo cuanto

hacia y tocaba salía de sus manos tan perfecto, nunca le faltó en qué trabajar para alimentar á su Hijo, hombre y Dios verdadero.

Para ganar lo necesario, trabajaba María á la presencia del Niño Dios, y un día desde la cuna la dijo: «Madre mía, yo quiero disponer el orden de vuestra vida y trabajo corporal.» Púsose de rodillas la divina Madre y respondió: «Amor mío, y dueño de todo mi ser, hablad que vuestra sierva oye.» «Madre mía carísima, la dijo, desde entrada la noche dormiréis y descansaréis algo. Y de media noche hasta el amanecer os ocuparéis en los ejercicios de la contemplación conmigo y alabaremos á mi Eterno Padre. Luego acudiréis á prevenir lo necesario para vuestra comida y la de José. Después de darme á mi alimento, me tendréis en vuestros brazos hasta la hora de tercia, que me pondreis en los de vuestro Esposo para alivio de su trabajo: y os retiraréis á vuestro recogimiento hasta la hora de administrarle la comida: y luego volveréis á la labor. Y porque aquí no teneis las Escrituras Sagradas, leeréis en mi ciencia la doctrina de la vida eterna, para que en todo

me sigais con perfecta imitación. Y orad siempre á mi Eterno Padre por los pecadores.» Con esta instrucción se gobernó María Santísima todo el tiempo que estuvo en Egipto, y continuó en dar el pecho al Niño Dios tres veces cada día.

Al entrar en dicha ciudad, como era tan poblada de ídolos, templos y altares del demonio, todos se hundieron con grande estruendo y pavor de los vecinos que fueron muchos á hablar á nuestra gran Reina y á José. La divina Madre respondió á todos, hablándoles muy al corazón, dejándolos admirados de su agrado, ilustrados con la altísima doctrina que les decía, y con curar algunos enfermos de los que iban á ella; en breve tiempo vino tan grande concurso de gente á buscar á María, que se vió obligada á preguntar á su Hijo la ordenase lo que era su voluntad hiciese con aquella gente. El Niño Dios le respondió, que á todos los informase de la verdad y conocimiento de la Divinidad, y les enseñase su culto y cómo habían de salir del pecado. En testimonio de lo que enseñaba, la divina Señora curaba toda especie de enfermedades, y endemoniados, iba á los hospitales y allí hacía

admirables beneficios á los enfermos; y en todas partes consolaba á los tristes, aliviaba á los afligidos, y remediaba á los necesitados.

Con los calores destemplados de Egipto, y muchos desórdenes de aquella miserable gente, eran graves y ordinarias las enfermedades, de manera que algunos años de los que allí estuvieron Jesús y María, se encendió peste en Heliópolis y otros lugares. Con estas causas y la fama de las maravillas que obraban, concurría mucha gente á ellos y volvían sanos en el cuerpo y en las almas. Pidió la piadosa Madre á Su Majestad, que San José acudiese al ministerio de la enseñanza y á curar los enfermos, y el tercer año que estaban en Egipto comenzó el Santo á curar y catequizar á los hombres, y la gran Señora á las mujeres. Ofrecíanla muchos dones y haciendas, pero jamás admitió cosa alguna para si, y si admitía alguna, la distribuía á los pobres y necesitados, porque siempre se alimentaron del trabajo de sus manos y de San José.

Supo la Virgen el degüello de los infantes, y como su prima Isabel, viuda, estaba oculta en una cueva, donde con trabajo y

descomodidad grande se sustentaba á sí, y á su niño Juán, pidió licencia á su divino Hijo para cuidar desde allí á su prima y al niño Juán; y obtenida, por medio de los ángeles les remitía algunas cosas de comida; y cuando llegó la hora de morir Santa Isabel, la envió gran número de ángeles para que la asistiesen y ayudasen junto con su hijo Juán, que entonces era de cuatro años, y con los mismos ángeles enterró á su madre difunta en aquel desierto. Y desde entonces, cada día envió la Reina á San Juán la comida, hasta que tuvo edad para sustentarse por su industria y trabajo con las yerbas, raíces y miel silvestre con que vivió en tan admirable abstinencia.

Hablando José y María de los misterios del Señor, el Infante Jesús, que María tenía en sus brazos, se dirigió á José y le dijo: «Padre mío, yo vine del cielo á la tierra para ser luz del mundo, y rescatarle de las tinieblas del pecado, para buscar y conocer mis ovejas como buen pastor, y darles pasto y alimento de vida eterna, enseñarles el camino para ella, y abrir las puertas, que por sus pecados estaban cerradas; quiero que seais los dos hijos de la

luz, pues la teneis tan cerca.» Se arrodilló José á los piés de Jesús, y le dió las gracias, porque la primera palabra que le había oido pronunciar le había llamado Padre.

Todo el año primero del Niño Dios le había traído la divina Madre envuelto en las fajas y mantillas, como suelen estar los otros niños; determinó, pues, ponerle en pié, y se lo pidió á su Hijo, el que la respondió: «Vestiréisme, Madre mía, de una túnica talar de color humilde y común; esta sola llevaré y crecerá conmigo. Y ha de ser sobre la que en mi muerte se han de echar suertes, porque aún ésta, no ha de quedar á mi disposición, sino de otros; para que vean los hombres que nací pobre, y desnudo de las cosas visibles que, como son terrenas, oprimen y oscurecen el corazón humano.» Y añadió: «Que con su ejemplo enseñaba y reprendía al mundo, para que ame la pobreza y no la desprecie, pues cuando yo, que soy Señor de todo, lo desví y renuncio todo, será confusión de los que me conocieren por la fé, codiciar lo que yo enseñé á despreciar.» La Madre le pidió «que admitiese para los piés algún reparo que os defienda; y al mismo tiempo conoz-

co que la vestidura áspera que me pedís, sin usar debajo otra de lienzo, ha de lastimar mucho vuestra delicada naturaleza y edad». El Niño respondió: «Madre mía, admito para los pies alguna cosa pobre, hasta que llegue el tiempo de mi predicación, porque entonces la he de hacer descalzo; pero el lienzo no le quiero usar, porque es fomento de la carne y de muchos vicios en los hombres, y con mi ejemplo quiero enseñar á muchos, que la renunciarán por mi imitación y amor».

La gran Reina buscó lana natural, y sin teñir, la hiló y de ella tejió una tunicela de una vez y sin costura, tejida en un telarillo, como los labores que llaman punto, sacándola toda de una pieza inconsútil misteriosamente. Y tuvo dos cosas milagrosas: la una que salió toda igual y sin arruga; la otra que mudó el color natural de la lana, á petición y voluntad de la divina Señora, en el color entre morado y plateado perfectísimo. Hizo también unas sandalias como alpargatas de un hilo fuerte con que calzó al Niño Dios. A más de esto hizo una media tunicela de lienzo para que le sirviese de paños de honestidad. Para vestir el Ni-

ño Dios, la prudentísima Señora se puso arrodillada delante de su Hijo, y le pidió licencia, y le ofreció el vestido que le había hecho con sus manos. Admitió el Niño el obsequio de su Madre, y luego ella le vistió y calzó, cuyo vestido le duró hasta la muerte, y permaneció siempre como nuevo. Anduvo luego sólo en presencia de sus padres, que se alegraron muchísimo. Recibió el pecho de su Madre hasta año y medio, y en adelante comió por la mañana, tarde y noche, siempre poco en la cantidad y en la calidad.

Su comida era al principio unas sopillas de aceite y frutas ó pescado, que la Virgen Madre le daba tres veces, á la mañana, tarde, y á la noche. Jamás el Niño Dios lo pidió, pero la amorosa Madre cuidaba de darle en sus tiempos la comida, hasta que ya crecido comía á las mismas horas que los divinos Esposos, y comiendo con ellos siempre aguardaban que el Niño divino diese la bendición al principio de la comida, y las gracias al fin.

Luego empezó á retirarse en el oratorio de su Madre; y habiéndole pedido la prudentísima Señora si podía acompañarle en la

oración, la respondió que sí, para que le imitase en sus obras, y la gran Señora se constituyó discípula de su Hijo. Vió la Virgen que su Hijo en la oración lloraba y sudaba sangre por la perdición de las almas.

Crecía el Infante Jesús con admiración y agrado de todos los que le conocían, y al llegar á los seis años empezó á salir de su casa para ir á los enfermos y hospitales, donde visitaba á los necesitados, y misteriosamente los consolaba y confortaba en sus trabajos. Muchos niños se llegaban á nuestro Infante Jesús, y él les enseñaba el camino del cielo. Es imposible enumerar durante los siete años que la Sagrada Familia permaneció en Egipto, los enfermos que curaron, los pobres que aliviaron, los afligidos que consolaron, los hombres y mujeres que convirtieron, y las almas que salvaron, pues toda aquella provincia quedó santificada y llena de bendiciones.

Doctrina de la Reina del cielo y tierra.

Hija mía, unos esperan en las riquezas, si las tienen; otros las codician, si no las poseen; otros las procuran por caminos y me-

dios muy perversos; otros confían en los poderosos, y los lisonjean y aplauden; con que vienen á ser muy pocos las que conozcan por Padre al Señor, que cuida de sus hijos, los alimenta y conserva, sin desamparar á ninguno en la necesidad.

Comunmente todos los hombres confiesan que desean las riquezas para remediar su necesidad; pero en hecho de verdad mienten muchos, porque apetecen lo superfluo y no lo necesario, para que sirva, no á la natural necesidad, sino á la soberbia del mundo. Si desearan los hombres sólo aquello que con verdad necesitan, fuera desatino poner su confianza en las criaturas y no en Dios, que con inefable providencia acude hasta á los polluelos de los cuervos, como si sus clamidos fueran voces que claman á su Criador.

Y porque yo fiaba del Señor, acudía su Providencia en el tiempo del aprieto. Y tu, hija mía, haz lo mismo.



CAPÍTULO XXVII.

De la vuelta de la Sagrada Familia á Nazareth.

DORMÍA José, y un ángel del Señor le avisó que tomase al Niño y la Madre y se volviese á la tierra de Israel; porque ya Herodes y los que con él procuraban la muerte del Niño Dios, eran muertos. Dió José aviso al Niño y á la Madre, distribuyendo á los pobres por las manos de Jesús las pocas alhajas que tenían.

Se despidieron de los conocidos y amigos, y éstos derramaban muchas lágrimas, confesando que se les iba su consuelo, su amparo, y el remedio de sus necesidades. Partieron de Heliópolis, yendo la gran Reina en un asnillo con el Niño Dios en su falda, y San José caminaba á pié muy cerca del Niño y de la Madre. Por el camino todos cuantos se acercaron á los divinos pasajeros con afecto más ó menos piadoso,

salieron de su presencia ilustrados de la verdad, socorridos de la gracia, y heridos del divino amor; y sentían una oculta fuerza que los movía á seguir el bien, dejando el camino de la muerte y buscar el de la vida eterna. Á la vuelta padecieron los santos Peregrinos los mismos trabajos que á la ida; pero cuando llegaron á los términos de Palestina, supo el cuidadoso Esposo que Arqueláo había sucedido en el reino de Judea á Herodes su padre, y torció el camino; y sin subir á Jerusalem ni tocar en Judea, atravesaron por la tierra de la tribu de Dan, y de Isacar, á la inferior Galilea; caminando por la costa del mar Mediterráneo llegaron á Nazareth. Hallaron su antigua y pobre casa en poder de la parienta de José, á quien al partir para Egipto, había encargado cuidase de ella y de todo lo que habían dejado. Todo lo hallaron muy bien guardado, y la parienta de José les recibió con gran consuelo, por el amor que tenía á María, aunque no sabía su dignidad. Entró en ella María Santísima con su Hijo y San José, y luego se postró en tierra, adorando al Señor y dándole gracias por haberles traído á su quietud, libres de la

crueldad de Herodes, y defendidos de los peligros de su destierro, y de tan largas y molestas jornadas; y sobre todo porque venia con su Hijo tan crecido y lleno de gracia y de virtud.

Ordenó luego la beatísima Madre su vida y ejercicios con disposición del Niño Dios; aunque la mayor solicitud era cooperar con su Hijo santísimo á la salud de las almas, que era la obra encomendada del Eterno Padre. El santo esposo José dispuso también lo que tocaba á sus ocupaciones y oficio, para granjear con su trabajo el sustento del Niño Dios, de la Madre y de sí mismo. La Reina servía á José, cuidaba de su pobre comida y regalo con incomparable atención, esmero, agradecimiento y benevolencia; y aquella pobre casa se convirtió en nuevo cielo.

Determinó el Altísimo que la divina Señora fuese la primera discípula de su escuela y primogénita de la nueva ley de gracia, la estampa adecuada de su idea, y la materia dispuesta, donde como en cera blanda se imprimiera el sello de su doctrina y santidad, para que Hijo y Madre fuesen las dos tablas verdaderas de la nueva

ley que venía á enseñar al mundo. Y para conseguir este altísimo fin, le manifestó todos los misterios de la ley evangélica y de su doctrina durante los veinte y tres años que estuvieron en Nazareth antes de la predicación. En este tiempo sola Maria Santísima fué discípula de su Hijo unigénito. El mismo Señor echó los fundamentos, probándola en la fortaleza del amor y de todas las virtudes. Para esto se le ausentó el Señor interiormente, le ocultó su vista, y suspendió los efectos dulcísimos que con ella tenía. Á más de esto se le mostró más severo que solía, y estaba menos con ella corporalmente; porque se retiraba muchas veces y la hablaba pocas palabras, y aquellas con grande entereza y majestad. Esta novedad fué el crisol en que se renovó y subió de quilates el oro purísimo del amor santo de nuestra gran Reina. Humillábase más que el polvo, hacía heróicos actos de todas las virtudes, se juzgaba indigna de la vista del Señor, y todo lo atribuía á su ingratitud y poca correspondencia, hacía continuas peticiones con lágrimas, con gemidos y con repetidos suspiros de lo íntimo del corazón, derramaba su

corazón á la presencia del Señor, y ofrecia su tribulacion ante el divino acatamiento. Le decia: «Criador de todo el universo, Dios eterno y poderoso, bien sé que conoceis la herida que traspasa mi corazón; si como inútil sierva he faltado á vuestro servicio, ¿por qué no me afligís y castigais con todos los dolores y penas de la vida mortal en que me hallo; y que no vea yo la severidad de vuestro rostro que merece quien os ha ofendido? Todos los trabajos fueran menos: pero no sufre mi corazón hallaros indignado; porque sólo Vos, Señor, sois mi vida, mi bien, mi gloria, mi tesoro». Acudia también á los santos ángeles y les decia: »Príncipes soberanos y privados íntimos del supremo Rey amigos suyos y custodios míos, os pido que me digais la causa de su enojo, si lo tiene. Clamad por mí, para que por vuestros ruegos me perdone; acordadle, que soy polvo, que no se olvide de esta pobre hasta el fin, pues humilde le confiesa y engrandece. Decidme, ¿cómo mereceré la alegría de su rostro?» Respondiéronla los ángeles: «Reina y Señora nuestra, dilatad vuestro corazón para que no le venza la tribulación, y nadie como Vos sabe cuan cer-

ca está el Señor del afligido que le llama. Atento sin duda está á vuestro afecto, y no desprecia vuestros gemidos». Consolaban algo los santos ángeles á su Reina; y aunque su Hijo santísimo en cuanto hombre, con el natural amor que como á Madre la debía y tenía, llegaba á enternecerse muchas vecea con la natural compasión de verla tan afligida y llorosa, pero la ocultaba con la entereza de su semblante. Algunas veces que la amantísima Madre le llamaba para que fuese á comer, se detenía, y otras iba sin mirarla, y sin hablar la palabra. En estas ocasiones la gran Señora derramaba muchas lágrimas, y representaba á su Hijo santísimo las amorosas congojas de su pecho; lo hacía con tan gran medida y peso, que si en Dios pudiera haber admiración, la tuviera Su Majestad de hallar en una pura criatura tan gran lleno de santidad y perfecciones. Pero el Infante Jesús, en cuanto hombre, recibía especial gozo y complacencia de ver tan bien logrados en su Madre Virgen los efectos de su divino amor y gracia.

Para que el Infante Jesús durmiese y descansase, le tenía su amorosa Madre una

tarima, y sobre ella una manta; y cuando su Alteza le quiso prevenir mejor cama, respondió el Hijo santísimo que la suya, donde se había de extender, sería sólo el tálamo de la cruz; y desde entonces le imitó en este modo de reclinarse la divina Señora. Por la noche la celestial Maestra de humildad se postraba delante de su Hijo, y le pedía la perdonase no haberse empleado aquel día con más cuidado, ni ser tan agradecida á sus beneficios como debía: lo mismo practicaba por la mañana; y no se levantaba del suelo hasta que su Hijo unigénito se lo mandaba, y la bendecía. Pero en esta ocasión de prueba, cuando su Madre llegaba á reverenciarle y adorarle en su acostumbrado ejercicio, aunque acrecentaba sus lágrimas y gemidos de lo íntimo del corazón, no le respondía palabra, además de oírla con severidad, y mandaba que se fuese. No hay ponderación que llegue á manifestar los efectos que obraba en el corazón purísimo de la amorosa Madre ver á su Hijo Dios y hombre tan mudado en el semblante, tan grave en el rostro, y tan escaso en las palabras, y en todo el exterior, tan diferente de lo que solía mostrarse con ella. Duróle

muchos días este ejercicio en que su Hijo santísimo la probó. Mas un día entró la humilde Reina á la presencia del Niño Dios, y arrojándose á sus piés, con lágrimas y suspiros le dijo: «Dulcísimo amor y bien mio, si no he acertado á servirlos, como confieso debo, castigad mis negligencias y perdonadlas; pero vea yo, Hijo y Señor mio, vuestra cara; aquí está la pobre pegada al polvo, y no me levantaré de vuestros piés hasta que vea claro el espejo en que se miraba mi alma.» Su Majestad le respondió con mucho agrado: «Madre mía, levantaos.» Esta palabra tuvo tanta eficacia, que con ella instantáneamente quedó la divina Madre toda transformada y elevada en un altísimo éxtasis, en que vió la Divinidad abstractivamente. Manifestóle Su Majestad grandes misterios de sus altos fines en la nueva ley evangélica. Volvió de su éxtasis la divina Madre, y de nuevo adoró á su Hijo santísimo, y le pidió le perdonase si en su servicio había cometido alguna negligencia. Su Majestad la respondió: «Madre mía, de vuestro corazón y afectos estoy muy agradado. Yo cumpliré la voluntad de mi Padre, y escribiré en vuestro pecho la

doctrina evangélica que vengo á enseñar al mundo. Y Vos, Madre, la pondreis en ejecución, como yo deseo y quiero. Respondió la Madre: «Hijo y Señor mío, halle yo gracia en vuestros ojos, y gobernad mis potencias por los caminos rectos de vuestro beneplácito. Y hablad, dueño mío, que vuestra sierva oye, y os seguirá hasta la muerte.» En esta conferencia se le descubrió y manifestó de nuevo á la gran Señora todo el interior del alma santísima de Cristo, con sus operaciones; y en su Hijo santísimo vió toda la nueva ley evangélica, con todos sus misterios, sacramentos y doctrina, según el divino Arquitecto la tenía ideada en su mente, y determinada en su voluntad de reparador y maestro de los hombres.

Doctrina de la pacientísima Virgen María.

Hija mía, en las obras que el Altísimo hizo conmigo, mandándome peregrinar de unas partes y reinos á otros, nunca se turbó mi corazón, ni se contristó mi espíritu; porque siempre le tuve preparado para ejecutar en todo la voluntad divina. Y aunque

Su Majestad me daba á conocer los fines altísimos de sus obras, pero no era esto siempre en los principios, para que más padeciese; porque en el rendimiento de la criatura no se han de buscar más razones, que de que lo manda el Criador, y que él lo dispone todo. Y sólo por estas noticias se reducen las almas que sólo aprenden á dar gusto al Señor, sin distinguir sucesos prósperos ni adversos, y sin atender á los sentimientos de sus propias inclinaciones. En esta sabiduría quiero de tí que adelantes; y á imitación mía, recibas lo próspero y adverso con una misma cara, igualdad y serenidad.



CAPÍTULO XXVIII.

De la pérdida del Infante Jesús.

José y María, religiosos observadores de la ley de sus Padres, iban todos los años al templo de Jerusalem en compañía del Infante Jesús. Este quizo hacer el viaje á pié, y aunque el primer año que hicieron esta jornada, tuvo cuidado la divina Madre y su Esposo de aliviar algo al Niño Dios, recibiéndole alguna vez en los brazos; pero este descanso era muy breve, y en adelante fué siempre por sus piés, dándole la mano unas veces la Madre, otras José. En todas estas jornadas ejecutaban heróicas obras en beneficio de las almas, y las sacaban de pecado y las justificaban, reduciéndolas al camino de la vida eterna. Hacían las noches unas veces en las posadas, otras en el campo. El niño Dios y su Madre purísima nunca se dividían uno de otro. Siem-

pre la gran Señora asistía con su Hijo y Maestro, y atendía á sus acciones para imitarlas en todo, y seguirlas.

Mas llegando el Niño Dios á los doce años, cuando convenia ya que amaneciesen los resplandores de su inaccesible y divina luz, subieron á Jerusalem como lo acostumbraban; pasado el día séptimo de la solemnidad se volvieron para Nazareth, y al salir de la ciudad dejó el Niño Dios á sus Padres sin que ellos lo pudiesen advertir. Se valió del concurso de las gentes que era muy grande en aquellas solemnidades, ya de la costumbre que los hombres se apartaban de las mujeres, y que los niños podían ir con sus padres ó bien con sus madres, ya también que el poderoso Señor infundió en su divina Madre una visión intelectual de la Divinidad con que la fuerza de aquel altísimo objeto la llamó y llevó toda al interior; y quedó tan abstraída, enardecida y llevada de los sentidos, que sólo pudo usar de ellos para proseguir el camino por grande espacio; y en lo demás quedó toda embriagada en la suavidad de la divina consolación y vista del Señor; y al ver que no tenía el Niño á su lado, pensó

que estaba con José, y el santo Esposo pensaba que era con María Santísima. Con esta presunción caminaron María y José todo un día, y al llegar al lugar donde habían de pasar juntos la primera noche, viendo la gran Señora que el Niño Dios no venía con San José como había pensado, y que tampoco el Patriarca le hallaba con su Madre, quedaron los dos casi enmudecidos con el susto, sin poderse hablar por mucho rato. Y cada uno se atribuía la culpa de haber perdido á su Hijo; cobraron algún aliento, y rompiendo el silencio la amorosa Madre, dijo á San José: «Esposo y señor mío, no sosegará mi corazón, si no volvemos con toda diligencia á buscar á mi Hijo santísimo.» Hiciéronlo así, comenzando la pesquisa entre los deudos y conocidos, y ninguno pudo darles noticia de él.

Convirtiósese la divina Madre á sus santos ángeles y les dijo: «Amigos y compañeros míos, bien conoceis la justa causa de mi dolor; yo os pido que en tan amarga aflicción seais vosotros mi consuelo, dándome noticia de mi Amado, para que yo le busque y le halle.» Los santos ángeles le respondieron, consolándola con otras razones.

Discurría consigo misma si Arquelao, imitando la crueldad de su padre Herodes, le había preso. Si por ventura le había ella disgustado; si se había retirado al desierto con su futuro precursor San Juan. Perseveró la candidísima Paloma en lágrimas y gemidos, sin descansar, sin sosegar, sin dormir ni comer, los tres días continuos; recorriendo la ciudad por las calles y plazas preguntaba á diferentes personas y daba señas de su Amado. «Mi querido, decía es blanco y colorado, escogido entre millares.» Oyóla una mujer entre otras, que la dijo: «Ese Niño con las mismas señas llegó ayer á mi puerta á pedir limosna y se la di; y su agrado y hermosura robó mi corazón. Y cuando le di limosna, sentí en mi interior una dulce fuerza y compasión de ver pobre y sin amparo un niño tan gracioso.» Con esta nueva dirigió sus pasos al hospital de la ciudad, juzgando hallaría entre los pobres al Esposo y Artífice de la pobreza, y preguntando por él, respondieron, que el Niño que tenía aquellas señales, los había visitado aquellos tres días, llevándoles algunas limosnas, y dejándolos muy consolados en sus trabajos. Contó que, pues no

estaba con los pobres, asistiría sin duda en el Templo como casa de Dios y oración. En esta ocasión vino á la presencia de María su esposo San José, que por doblar las diligencias había tomado otro camino para buscar al Niño Dios. Y todos tres días padeció incomparable y excesiva aflicción y dolor, discurriendo de unas partes á otras, unas veces con su Esposa, otras sin ella, con gravísima pena, y hubiera llegado su vida á manifiesto peligro, si la mano del Señor no le confortara, y si la prudentísima Señora no le consolara y cuidara de que tomara algun alimento, y descansara de su gran fatiga algunos ratos.

Se dirigieron al Templo en ocasión en que los Sabios y Maestros de la ley disputaban si el Mesías había venido. Opinaban los más, que el Mesías no había venido, pues pensaban que vendría con gran majestad y poder para dar libertad á su pueblo; negaban otros, y éstos quedaban oprimidos de la autoridad y razones de los otros. Entró Jesús en medio de todos con rara majestad y hermosura, como quien deseaba preguntar alguna duda, y con agradable semblante les habló y dijo: «La duda que

se ha tratado de la venida del Mesías y su resolución he oído y entendido enteramente. Para proponer mi dificultad, supongo que los Profetas dicen que su venida será con gran poder y majestad, porque Isaias dice «que será nuestro legislador y Rey, que salvará á su pueblo;» y David, «que abrazará á todos sus enemigos,» y Daniel, «que todas las tribus y naciones le servirán.» Pues ¿cómo entenderemos lo que dice el mismo Isaias, «que vendrá de la tierra de los vivientes, que será saciado de oprobios, que será llevado á morir como la oveja al matadero.» David, «que sería el oprobio del pueblo y de los hombres.» Zacarías, «que vendría manso y humilde». «¿Pues cómo será posible, añadió el Niño Dios, ajustar estas profecías? No podemos negar que habiendo de venir dos veces, la primera para redimir al mundo, y otra para juzgarle, las profecías se han de aplicar á estas dos venidas, dando á cada una lo que le toca. El estar el pueblo de Dios debajo del imperio romano, no sólo no es señal de no haber venido el Mesías, pero antes es infalible testimonio de que ha venido al mundo. Pues nuestro Patriarca Jacob dejó esta señal pa-

ra que sus descendientes lo conociesen, viendo á la tribu de Judá sin el cetro y gobierno de Israel. Y el que tuviere memoria se acordará de lo que he oído, que hace pocos años se vió en Belen á media noche grande resplandor; y á unos pastores pobres les fué dicho que el Redentor había nacido; y luego vinieron del Oriente ciertos Reyes guiados de una estrella, buscando al Rey de los judíos para adorarle. Y todo estaba así profetizado. Y creyéndolo por infalible el rey Herodes, padre de Arquelao, quitó la vida á tantos niños, sólo por quitársela entre todos al Rey que había nacido, de quien temía sucedería en el reino de Israel».

Los escribas y letrados enmudecieron, y convencidos se miraban unos á otros y se preguntaban: «¿Qué maravilla es esta? Y qué muchacho tan prodigioso! ¿De dónde ha venido, ó de quién es este Niño?» En esta ocasión, antes que el Niño Dios acabara su razonamiento, llegaron su Madre Santísima y San José. La divina Señora, absorta en el júbilo que recibió, se llegó á su santísimo Hijo, y en presencia de todos los circunstantes le dijo: «Hijo, ¿por qué lo habeis he-

cho así? Mirad que vuestro Padre y yo, llenos de dolor, os andábamos buscando». Su Majestad respondió: «¿Pues para qué me buscábais? ¿No sabéis que me conviene cuidar de las cosas que tocan á mi Padre?» Despidiéronse los letrados, y quedando casi á solas la Madre, echando los brazos sobre el Hijo, le dijo: «No me arrojeis de vuestra cara; admitidme por vuestra esclava. Y si fué descuido mio el perderos de vista, perdonadme y hacedme digna de Vos, y no me castigéis con vuestra ausencia». El Niño Dios la recibió con agrado, y se le ofreció por maestro y compañero hasta el tiempo oportuno y conveniente. Con esto descansó aquel encendido corazón de la gran Señora, y caminaron á Nazareth. Pero en alejándose un poco de Jerusalén, cuando se hallaron solos en el camino, la prudentísima Señora se postró en tierra y adoró á su Hijo santísimo, y le pidió su bendición.

El Infante Jesús la levantó del suelo, y la habló con agradable semblante y dulcísimas razones. Y luego corrió el velo, y le manifestó de nuevo su alma santísima y operaciones con mayor claridad y profun-

didad que antes. Luego pidió á Su Majestad descansase un poco en el campo y recibiese algún sustento. Y lo admitió de mano de la gran Señora, que de todo cuidaba como Madre de la misma Sabiduría. Convirtió nuestro Redentor muchas almas al camino de la salvación en esta jornada. Y en estando presente su Madre Santísima, la tomaba por instrumento de estas maravillas; y por medio de sus razones y santas amonestaciones ilustraba los corazones de todos los que la divina Señora hablaba. Dieron salud á muchos enfermos; consolaron á los afligidos y tristes; y por todas partes iban derramando gracia y misericordia sin perder lugar ni ocasión oportuna, y llegaron, de vuelta, á Nazareth.

Doctrina de Maria Santísima.

Hija mía, por experiencia saben los mortales que no se pierde sin dolor aquello que se ama y posee sin deleite. Esta verdad debía redargüir á los mundanos del desamor que tienen con su Dios, pues donde le pierden tantos, son tan pocos los que se duelen de esta pérdida, porque nunca

merecieron amerle ni poseerle por la fuerza de la gracia. Y como no les duele perder el Bien, qui ni aman ni poseyeron, por esto ya perdido, se descuidan de buscarle. Pero hay gran diferencia en estas pérdidas ó ausencias del verdadero Bien; porque no es lo mismo ocultarse Dios del alma para examen de su amor y aumento de las virtudes, ó alejarse de ella en pena de sus culpas. Lo primero es industria del amor divino y medio para más comunicarse á la criatura que lo desea y merece. Lo segundo es justo castigo de la indignación divina. En la primera ausencia del Señor, se humilla el alma por el temor santo y filial amor, y duda que tiene de la causa.



CAPÍTULO XXX.

Enfermedad y muerte de San José.

LLEGÓ la Emperatriz del cielo á los treinta y tres años de edad y se halló su virginal cuerpo en la perfección natural, tan proporcionada y hermosa, que era admiración, no sólo de la naturaleza humana, sino de los mismos ángeles. El santo José, aunque no era muy viejo, estaba ya muy quebrantado en las fuerzas del cuerpo; porque los cuidados y peregrinaciones, y el continuo trabajo que había tenido para sustentar á su Esposa y al Señor del mundo, le habían debilitado más que la edad; y el mismo Señor, que quería adelantarle en el ejercicio de la paciencia, dió lugar á que padeciese algunas enfermedades y dolores que le impedían mucho para el trabajo corporal. Conociendo esto la Virgen, le dijo: «Esposo y señor mio, hállome muy obligada de vuestra fidelidad, trabajo y cuidado, que

siempre habeis tenido: pues con el sudor de vuestra cara hasta ahora habeis dado alimento á vuestra sierva y á mi Hijo, y en esta solicitud habeis gastado vuestras fuerzas y lo mejor de vuestra salud y vida, amparándome y cuidando de la mía; de la mano del Altísimo recibireis el galardón.

Yo os suplico, Señor mio, que descanséis ahora del trabajo, pues ya no lo pueden tolerar vuestras flacas fuerzas. Yo quiero ser agradecida y trabajar ahora para vuestro servicio en lo que el Señor nos diere vida».

Oyó el Santo las razones de la dulcísima Esposa, virtiendo muchísimas lágrimas de agradecimiento y consuelo, y aunque pidió pudiese continuar su trabajo, se rindió y obedeció á su Esposa.

Cesó el santo José de trabajar, y dieron á los pobres los instrumentos de carpintería. Se convirtió todo á la contemplación de los misterios que guardaba en depósito y ejercicios de las virtudes, y llegó á tanto colmo de santidad, que después de su divina Esposa ó se adelantó á todos, ó ninguno á él. Comenzó María á trabajar más, hilando y tejiendo lino y lana, y ocupada en otros quehaceres, dormía poco, pues que

mucha parte de la noche muchas veces la pasaba trabajando. Tanto María como su divino Hijo no comían carne, su sustento era pescados, frutas y yerbas, y esto con admirable templanza y abstinencia. Para José aderezaba comida de carne, y aunque en todo resplandecía la necesidad y pobreza, suplía uno y otro el aliño y sazón que le daba, y su fervorosa voluntad y agrado con que lo administraba.

El Omnipotente, que amaba á José sobre todos los hijos de los hombres, para acrecentar los merecimientos y corona, le dió en los últimos años de su vida algunas enfermedades de calenturas y dolores vehementes de cabeza; y á más otro modo de padecer más dulce, pero muy doloroso, que le resultaba de la fuerza del amor ardentísimo que tenía, pues muchas veces tenía unos vuelos y éxtasis tan fuertes, que su espíritu purísimo rompiera las cadenas del cuerpo, si el mismo Señor, que se los daba, no le asistiera dando virtud y fuerzas para no desfallecer con el dolor. Jamás José se quejó de sus males, ni pedía alivio de ellos, antes todo lo toleraba con incomparable sufrimiento y grandeza de ánimo. Su santa

Esposa le servía la comida puesta de rodillas, le descalzaba en la misma postura, y le ayudaba, llevándole del brazo, en su flaqueza y debilidad. Jamás hubo otro enfermo tan bien servido, regalado y asistido. Y no contenta la Virgen de sacrificarse por su Esposo, pedía al Señor que la diese á ella los dolores que padecía su Esposo, y le aliviase á él. Otras veces conocía la piadosa Reina la acerbidad y rigor de los graves dolores que su Esposo padecía; y movida de tierna compasión pedía licencia á su Hijo santísimo, y con ella mandaba á los accidentes dolorosos que suspendiesen su actividad y no afligiesen tanto al justo y amado del Señor. También pedía á los santos ángeles que consolasen á San José y le animasen en sus dolores y trabajos, como lo pedía la condición frágil de la carne.

Corrían ya ocho años que las enfermedades ejercitaban á San José, purificando cada día más su generoso espíritu en el crisol de la paciencia y del amor divino. Conociendo María que se acercaba el fin de su santo Esposo, se fué á la presencia de su divino Hijo, y le dijo: «Señor y Dios altísimo, el tiempo determinado por vues-

tra voluntad eterna para la muerte de vuestro siervo José se llega. Yo os suplico que le asista en esta hora el brazo poderoso de vuestra Majestad, para que su muerte sea preciosa en vuestros ojos, para que salga del mundo en paz con esperanzas ciertas de los eternos premios. Acordaos, Hijo mío, del amor y humildad de vuestro siervo; de su fidelidad y solitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí, nos alimentó el Justo con el sudor de su cara.» El divino Hijo respondió: «Madre mía, aceptables son vuestras peticiones, yo le asistiré y le señalaré lugar y asiento entre los Príncipes de mi pueblo, y tan eminente, que sea admiración para los ángeles y motivo de alabanza para ellos y los hombres.» Dió gracias la gran Señora á su Hijo por esta promesa, y nueve días antes de la muerte de San José le asistieron Hijo y Madre de día y de noche, sin dejarlo sólo sin alguno de los dos. En estos nueve días, por mandato del mismo Señor, tres veces cada día los santos ángeles daban música celestial al dichoso enfermo. Conociendo José que se acercaba el fin de sus días, pidió la bendición á su Esposa santísima; y ella á su Hi-

jo que se la diese, y Su Divina Majestad lo hizo. Luego la gran Reina, maestra de la humildad, puesta de rodillas, pidió á San José también la bendijese como esposo y cabeza; la bendijo, y tomando la mano con que la bendijo se la besó, y le pidió que de su parte saludase á los Santos Padres del limbo; y para que el humildísimo José cerrase el testamento de su vida con el sello de esta virtud, pidió perdón á su divina Esposa de lo que en su servicio y estimación había faltado como hombre flaco y terreno, y que en aquella hora no le faltase su asistencia. Á su Hijo santísimo agradecióle también los beneficios que de su mano había recibido toda su vida, y en especial en aquella enfermedad, y las últimas palabras que dijo á su amada Esposa fueron: «Bendita sois entre todas las mujeres y escogida entre todas las criaturas.» Y dirigiéndose á Jesús, intentó ponerse de rodillas en el suelo; pero el dulcísimo Jesús llegóse á el, y le recibió en sus brazos, y estando reclinada la cabeza en ellos, dijo: «Señor mío y Dios altísimo, Hijo del Eterno Padre, Criador y Redentor del mundo, dad vuestra bendición eterna á vuestro esclavo y hechura de

vuestras manos: perdonad, Rey piadosísimo, las culpas que como indigno he cometido en vuestro servicio y compañía. Yo os doy gracias porque entre los hombres me eligió vuestra inefable dignación para esposo de vuestra verdadera Madre.» El Redentor le dió la bendición y le dijo: «Padre mío, descansad en paz y en la gracia de mi Padre celestial y mía, y á mis Profetas y Santos, que os esperan en el limbo, daréis alegres nuevas de que se llega ya su redención.» En estas palabras y en sus brazos espiró el felicísimo José, y Su Majestad le cerró los ojos. Al mismo instante los ángeles hicieron dulces cánticos de alabanza.

La gran Señora de los cielos, viendo á su Esposo difunto, preparó su cuerpo para la sepultura, y le vistió conforme á la costumbre de los demás, sin otra ayuda que los santos ángeles, y para que nada faltase al recato de la Madre Virgen, vistió el Señor el cuerpo difunto de San José con resplandor admirable, que le cubría para no ser visto más que el rostro; y así no le vió la purísima Esposa, aunque le vistió para el entierro. A la fragancia que de él salía

acudió alguna gente, y esto y verle tan hermoso y tratable como si fuera vivo, causaba á todos grande admiración, y con asistencia de los parientes y conocidos y otros muchos, y en especial de Jesús y María y gran multitud de ángeles, fué llevado á la común sepultura. Tuvo María natural sentimiento y dolor de la muerte de San José; porque le amaba como á esposo, como á santo, y como amparo y bienhechor suyo.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mía, quiero que me imites en las virtudes de la prudencia, caridad y justicia; con la prudencia has de prevenir las necesidades de tus prójimos, y el modo de socorrerlas, posible á tu estado. Con la caridad te has de mover diligente y amorosa á remediarlas. La justicia te enseña que es obligación hacerlo así, como para tí podías desearlo, y como lo desea el necesitado. Yo previne la necesidad de mi Esposo, y me dispuse á servirle y sustentarle, juzgando que lo debía, y lo hice por medio de mi trabajo hasta que murió.

Una de las obras más agradables al Se-

ñor y más fructuosa para las almas, es el ejercicio de la caridad con los enfermos; por esto te he mandado que te juzgues por enfermera de todas como la menor y más obligada, y para que aciertes en la práctica, te servirá de estímulo la caridad que yo mostré con mi esposo José en sus enfermedades.



CAPÍTULO XXXI.

De las ocupaciones de María Santísima después de la muerte de San José.

LA perfección de la vida cristiana se reduce toda á las dos vidas que conoce la Iglesia: vida activa y vida contemplativa; á la activa pertenecen las operaciones corporales que se ejercitan con los prójimos, y á la contemplativa pertenecen las operaciones interiores del entendimiento y voluntad, cuyo objeto es nobilísimo y espiritual; el juntar estas dos vidas es el colmo de la perfección cristiana. Sólo María Santísima juntó estas dos vidas en grado supremo; aunque sirvió á su Esposo enfermo y le sustentó con su trabajo, y junto con esto á su Hijo santísimo, no por eso interrumpía ni cesaba su divinísima contemplación, ni se hallaba necesitada de buscar soledad y retiro; pero cuando se halló viuda, ordenó su vida y ejercicios á ocuparse en

sólo el ministerio del amor interior. El mismo Señor le dijo, que para el moderado alimento que habían de usar bastaba trabajar algún rato del día; porque de allí adelante no habían de comer más que una sola vez, pues hasta entonces habían guardado otro orden por el amor que tenían á San José y acompañarle por su consuelo en las horas y tiempo de comida. Pero de aquí adelante comían á las seis de la tarde, y la comida era muchos días sólo pan, otros añadía la divina Señora frutas y yerbas ó pescado, siempre con suma templanza y admirable abstinencia. Cuando eran convidados comían en poca cantidad de lo que se les daba, sin excusarse, comenzando á ejecutar el consejo, que después había de dar á sus discipulos, cuando fuesen á predicar.

Servía la gran Reina á su Hijo santísimo de rodillas la comida, y lo mismo hacía algunas veces cuando la aderazaba. Hacía muchas postraciones y genuflexiones á su divino Hijo, pero las multiplicó después de muerto su santo Esposo. Muchas veces estaba postrada en tierra hasta que el mismo Señor la mandaba levantar, le besaba fre-

cuentemente los piés, otras veces la mano, y de ordinario con lágrimas de profunda humildad y reverencia.

Con los santos ángeles tuvo la Reina del cielo en este tiempo dulcísimas contiendas; la gran Reina quería barrer, arreglar su pobre ajuar, limpiar los platos y vasos, y disponer todo lo necesario; pero los santos ángeles solían adelantarse en prevenir estas acciones antes que su Reina llegase á ellas, y les decía: «Ministros del Altísimo, estos humildes y serviles oficios no convienen á vuestro estado, á vuestra naturaleza y condición, sino á la mía, que á más de ser de tierra, soy la menor de todos los mortales, y la más obligada esclava de mi Señor, y de mi Hijo; dejadme hacer los misterios que me tocan.» «Reina y Señora nuestra, respondían los ángeles: Verdad es que en vuestros ojos y en la aceptación del Altísimo son estimables estas obras, pero advertid que nosotros faltaremos á la obediencia que debemos al Señor si no os servimos como Su Majestad altísima nos ha mandado.»

Conoció la gran Señora, como su Hijo y Dios verdadero miraba y dilataba su vista

sobre todos los mortales, á quienes había de alcanzar la redención en cuanto á la suficiencia, y como para cerrar las puertas del infierno á los mortales y traerlos á la vida eterna, había descendido del cielo á padecer durísima pasión y muerte; y con todo la necedad y dureza de los que nacerían después de haberse puesto en una cruz por su remedio, haría violencia y fuerza para dilatar las puertas de la muerte, y volver á abrir más el infierno; se afligió y sintió grandes congojas la Humanidad de Cristo Señor nuestro, y llegó á sudar sangre (como otras veces lo había hecho); la gran Señora acompañaba á su Hijo santísimo en las congojas, de manera que muchas veces llegó á llorar lágrimas de sangre cuando el Salvador la sudaba, y era traspasada de incomparable dolor; y en estas congojas sucedía que la amantísima Madre llegaba á padecer unos deliquios casi mortales, y fuéranlo sin duda, si la virtud divina no la confortara para que no muriera.

Otras veces el mismo Señor la informaba de lo que había de hacer en comenzando la predicación, y como había de cooperar con Su Majestad y ayudarle en todas

las obras y gobierno de la Iglesia: como había de sobrellevar las faltas de los Apóstoles, la negación de San Pedro, la incredulidad de Tomás, la alevosía de Judas, y otros sucesos que conocía de antemano.

Había llegado Su Majestad á la edad de cerca veinte y siete años, afligiase mucho, oraba, ayunaba y salía más á los pueblos, y á comunicar con los mortales; y muchas veces pasaba las noches en los montes en oración, y solía detenerse dos y tres días fuera de su casa. La prudentísima Señora, que ya en estas salidas y ausencias de su Hijo comenzaba á sentir sus trabajos y penas que se iban acercando, era traspasada en el alma y corazón del cuchillo que columbraba su piadoso y devoto afecto. Pedía á los ángeles fuesen á su Hijo y Señor y le trajesen nuevas de sus ocupaciones y ejercicios. Obedecíanla los ángeles, y con las noticias que la daban frecuentemente, acompañaba desde su retiro al sumo Rey en las oraciones, peticiones y ejercicios que hacía. Cuando volvía su divino Hijo, le recibía postrada en tierra y le adoraba y daba gracias por los beneficios que con los pecadores había derramado.

La Virgen Santísima habló á su Hijo y le dijo: «Señor mio, veo que vuestro ardentísimo amor que teneis á los hombres, no descansa ni sosiega sin emplearse en procurarles su salud eterna, y vuestras palabras y obras llevan tras sí los corazones de muchos. Yo deseo que lo hicieran todos. Aquí está, Señor, vuestra esclava, preparado el corazón para emplearse todo en vuestro mayor agrado, y ofrecer la vida, si fuere necesaria, para que en todas las criaturas se consigan los deseos de vuestro ardentísimo amor.» Su Hijo santísimo la respondió: «Madre, ya se llega el tiempo en que me conviene comenzar á disponer algunos corazones para que reciban la luz de mi doctrina. En esta obra quiero que me acompañeis siguiéndome.» Desde aquel día casi en todas las salidas que hizo el divino Maestro fuera de Nazareth, le acompañó la Madre. Comenzó el Señor en compañía de nuestra gran Reina á dar noticia á los hombres de la venida del Mesías, asegurándoles estaba ya en el mundo, y en el reino de Israel, sin manifestar que era él; á los ignorantes representaba las señales que todos habían sabido de la venida del

Mesías; y á los sabios los testimonios de las profecías que ya eran cumplidas: á más consolaba á los tristes, aliviaba á los oprimidos, visitaba á los enfermos y afligidos, animaba á los pusilánimes, asistía á los agonizantes, curaba á muchos y remediaba grandes necesidades: muchas almas salían de pecado, otras mejoraban la vida, y todas estas y otras muchas quedaban enteradas de grandes misterios, y en especial de que ya estaba en su reino el Mesías que esperaban. La santísima Madre exhortaba, aconsejaba y traía á muchos á la doctrina de su Hijo, y les daba noticia de la venida del Mesías, aunque esta enseñanza la hacía más entre las mujeres, y con ellas ejercitaba las mismas obras de misericordia que su Hijo santísimo hacía con los hombres.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mía, cuando me casé con San José, me mandó el Altísimo que variase el orden en la comida y otras obras exteriores para ajustarme con su modo de proceder, porque era cabeza, y yo en lo común era inferior.

Esto mismo hizo mi Hijo, por estar sujeto en lo exterior al que juzgaba el mundo por su Padre. No quiso Su Majestad que San José se acomodase á nosotros, sino nosotros á él, como lo pedía el orden común de mi estado. Muerto José, volvimos á nuestro orden y gobierno en la comida y otras operaciones. No interpuso Su Majestad milagros, para que él pasase sin el orden y alimento que acostumbraba, para enseñar á todos lo más perfecto; á los padres, que amen á sus hijos, les sustenten, corrijan y encaminen á la salvación; á los hijos, que amen á sus padres, los honren, obedezcan, guardando todos la ley natural y divina; á los superiores, que amen á los súbditos y les manden como á hijos, y éstos han de obedecer sin resistencia, porque representan á Dios.



CAPÍTULO XXXII.

Jesús se despide de su Madre para ir al Jordán y de allí al desierto.

HABIENDO llegado el tiempo en que el Salvador debía manifestarse al mundo, habló con su Madre y la dijo: «Madre mía, dadme vuestra licencia y beneplácito para que yo vaya á cumplir la voluntad de mi Eterno Padre. Ya es tiempo que me despidá de vuestro regalo y dulce compañía, y dé principio á la obra de la redención humana. Pero esta obra de mi padre la quiero hacer con vuestra asistencia, y que en ella seáis compañera y coadjutora mía, entrando á la parte de mi pasión y cruz; y aunque ahora es forzoso dejaros sola, mi bendición quedará con Vos, y mi cuidadosa protección. Después volveré á que me acompañéis y ayudeis en mis trabajos.» El Señor echó los brazos al cuello de la tiernísima Madre, derramando entrambos muchas

lágrimas; arrodillóse la divina Madre y respondió á su Hijo con incomparable dolor: «Señor mio y Dios eterno, verdadero Hijo mio sois, y en Vos está empleado todo el amor que de Vos he recibido; mi vida fuera poco para guardar la vuestra, si fuera conveniente que muchas veces yo muriera para esto; pero la voluntad del Padre y la vuestra se han de cumplir, y para esto ofrezco y sacrifico yo la mía; recibidla, Hijo mio, en aceptable ofrenda y sacrificio, y no me falte vuestra divina protección. Mayor tormento fuera para mí que padeciérais sin acompañaros en los trabajos y en la cruz. Merezca yo, Hijo, este favor que como verdadera Madre os pido.» Le acompañó hasta la puerta de su pobre casa, donde por segunda vez le pidió arrodillada la bendición y le besó los piés, y el divino Maestro se la dió y comenzó su jornada para el Jordan, para ser bautizado de San Juan.

Despedido el Redentor del mundo de la presencia corporal de su santísima Madre, quedaron los sentidos de la purísima Señora como eclipsados y en oscura sombra; pero la interior vista de su alma santísima no perdió ni un solo grado de la divina

luz que la levantaba sobre el supremo amor de los más encendidos Serafines. Encontrándose sola, se entregó del todo á la oración y contemplación de las cosas divinas, pidiendo á Dios para la salud de las almas; eran tan fervorosas sus peticiones, que derramaba lágrimas de sangre, llorando los pecados de los hombres. Hacía genuflexiones y postraciones en tierra más de doscientas veces cada día; con estas obras ayudaba y cooperaba con su Hijo en la obra de la redención, y fueron tan eficaces con el Eterno Padre, que logró que aquellos que por causa de los pecados eran indignos de recibir la ley del Evangelio, la recibiesen de la boca de su divino Hijo.

Pedía á los ángeles noticias de su amado Hijo; y éstos, obedientes, le decían el lugar en donde estaba, y las cosas que obraba; supo por ellos todo lo que pasó con el Bautista en el Jordán, como al llegar Su Majestad entre los demás pidió á San Juan le bautizara y el Bautista le conoció, y postrado á sus piés, le dijo: «Yo he de ser bautizado; y ¿Vos, Señor, venís á pedirme el Bautismo?» Respondió el Salvador. «Déjame ahora hacer lo que deseo, que así con-

viene cumplir toda justicia.» Acabando de bautizar San Juan á Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza, y se oyó la voz del Padre que dijo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo yo mi agrado y complacencia.» Después de haberse despedido del Bautista se retiró al desierto á ayunar y prepararse para empezar la predicación del Evangelio. Al saber la Virgen que su divino Hijo estaba en el desierto, cerró las puertas de su casa, sin que nadie entendiera que estaba en ella; y fué tal su recato, que los vecinos pensaron que se había ausentado. Recogióse á su Oratorio, y en él estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin salir de allí y sin comer cosa alguna, é imitaba en todo á su santísimo Hijo, guardando entrambos la misma forma y rigor del ayuno. Mientras nuestro Salvador estuvo en el desierto, hacía cada día trescientas genuflexiones y postraciones, y otras tantas hacía la piadosa Madre en su Oratorio.

El demonio tentó tres veces á nuestro divino Salvador, pero habiéndole Jesús vencido, los ángeles le administraron y le sirvie-

ron un manjar celestial, para que comiese como lo hizo; y con este divino alimento recobró nuevas fuerzas naturales su sagrado cuerpo. Acudieron también las aves de aquel desierto á recrear con sus cantos y vuelos al Criador, y á su modo lo hicieron también las fieras, formando agradables bramidos en reconocimiento de su Señor. María, que había sido compañera fiel y partícipe del trabajo y del ayuno, era justo que lo fuese también en el consuelo: así la envió el amantísimo Hijo de la comida que los ángeles le habían servido, y les mandó la llevasen y administrasen á su Madre; y fué cosa admirable que gran multitud de las mismas aves, que asistían á la vista del Señor, se fueron tras los ángeles á Nazareth, aunque con más tarde vuelo, y entraron en casa de la Señora, y cuando estaba comiendo el manjar que su Hijo le había remitido, se presentaron á Ella con los mismos cánticos que habían hecho en presencia del Salvador. Comió la divina Señora, y con este alimento quedó recreada y fortalecida en los efectos de tan largo y abstinente ayuno. Dió gracias al Todopoderoso y humillóse hasta la tierra. Determinó Su Divina Majestad

salir del desierto, y para despedirse de aquel yermo, se postro en tierra confesando y dando gracias á su Eterno Padre por todo lo que allí había obrado en gloria de la Divinidad, y en beneficio del linaje humano.

Salió Jesús del desierto y se dirigió al Jordan, y al llegar á la presencia de San Juan, al verle dijo el Precursor: «Mirad al Cordero del Señor, mirad al que quita el pecado del mundo.» Y á la presencia de muchos dijo: «Este es de quien he dicho, que tras de mí venía un varón que era más que yo.» Y luego añadió el Bautista como había visto al Espíritu Santo descender sobre Cristo en el bautismo y que había dado testimonio de la verdad, que Cristo era Hijo de Dios. Se retiró Jesús y se fué á Judea enseñando á los hombres y dándoles noticia de que el Mesías estaba en el mundo, y encaminándoles con su doctrina á la vida eterna.

Al cabo de casi diez meses volvió Jesús á la presencia del Bautista, el cual dijo á Jesús segunda vez: «*Ecce agnus Dei*»; y le siguieron San Andrés y San Juan que oyeron al Bautista estas palabras. Nuestra gran Reina, que sabía todo cuanto obraba su divino Hijo, para imitarle salió de su retiro y

se fué á los lugares circunvecinos acompañada de sus ángeles, dió noticia de la venida del Mesías sin manifestar quién era, enseñó á muchos el camino de la vida, sacábalos de pecado, arrojaba los demonios, é ilustraba las tinieblas de los engañados é ignorantes; prevenialos para que admitiesen la redención, creyendo en su Autor. Entre estos beneficios espirituales hacía muchos corporales, sanando enfermos, consolando los afligidos, y visitando á los pobres.

Doctrina de la Santísima Virgen.

Hija mía, las obras penales del cuerpo son tan propias á la criatura mortal, que el olvido y desprecio de abrazar la cruz tiene muchas almas perdidas. Los hombres deben mortificar su carne por haber sido concebida en pecado; por este pecado original quedó toda la naturaleza humana depravada, sus pasiones rebeldes á la razón, inclinada al mal, y dejándola seguir su propensión, piérdese el alma, precipitándose de un vicio en otros muchos. Pero si esta fiera se refrena con mortificación y penalidades, pierde sus brios, y tiene superioridad la luz de la

verdad. A más ninguno de los mortales ha dejado de pecar, y á la culpa ha de corresponder el castigo en esta vida, ó en la otra. Lo principal que debería obligar á las almas es seguir á su divino Maestro y Señor, ya que sin tener culpas ni pasiones mi Hijo santísimo y yo nos sacrificamos al trabajo, y fué toda nuestra vida una continua aflicción y mortificación de la carne.



CAPÍTULO XXXIII.

Cristo Señor Nuestro dá principio á la predicación manifestándose por verdadero Mesías, bautizó á su Madre y hace el primer milagro público á instancia de su Madre.

ADMITIDOS San Andrés y San Juan por discípulos de Cristo, fueron admitidos después San Pedro, San Felipe y Nathanael. Con estos cinco discípulos entró nuestro Salvador predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea, dándose á conocer por verdadero Mesías y Redentor del mundo. Enseñó á los discípulos que había bajado del seno del Padre á tomar carne humana por nuestra salud, les declaró el modo de su encarnación en el vientre virginal de su Madre santísima, pues convenía que la conociesen y venerasen por verdadera Madre y Virgen, les dió

noticia de las altas prerogativas de su divina Madre, y les infundió una profundísima reverencia y amor, con que deseaban llegar á verla y conocer á tan divina criatura, y en especial San Juan. Pidieron, pues, al Señor que les diese aquel consuelo de ver á su Madre y reverenciarla; y concediéndoles esta petición, caminó via recta á Nazareth, aunque siempre fué predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna.

Llegó á su casa el Salvador del mundo, y la beatísima Madre lo aguardaba en la puerta, y al entrar Su Majestad se postró en tierra, y le adoró besándole el pié y después la mano, pidiéndole la bendición. Luego hizo una confesión á la Santísima Trinidad altísima y admirable, y á la humanidad; y todo en presencia de los nuevos discípulos. Con este ejemplo los discípulos quedaron más devotos de su Reina, y luego se pusieron de rodillas en su presencia, y la pidieron los recibiese por hijos y por esclavos suyos, siendo el primero que hizo este ofrecimiento San Juan.

Hospedó la gran Señora á todos los discípulos y sirvióles la comida, estando siem-

pre advertida á todas las cosas con solicitud de Madre, y majestad de Reina. Á su Hijo santísimo servía hincadas las rodillas en tierra, y á estas devotas acciones añadía algunas razones de gran peso que decía á los apóstoles de la Majestad de su Maestro y Redentor, para catequizarlos en la doctrina verdaderamente cristiana. Aquella noche, retirados los nuevos huéspedes á su recogimiento, el Salvador se fué al Oratorio de su Madre purísima, y la humildísima se postró á sus piés y pidió á Su Majestad le perdonase lo poco que le servía y correspondía á sus inmensos beneficios. Pidióle también que le diese el Sacramento del Bautismo que había instituido. Para celebrarle con la digna solemnidad del Hijo y de la Madre, descendieron del cielo innumerable multitud de ángeles en forma visible, y con su asistencia, el mismo Cristo bautizó á su purísima Madre. Luego se oyó una voz del Eterno Padre, que dijo: «Esta es mi Hija querida, en quien yo me recreo». El Verbo humanado dijo: «Esta es mi Madre muy amada, á quien yo elegí, y me asistirá en todas mis obras». Otra voz del Espíritu Santo dijo: «Esta es mi Esposa escogida

entre millares». Hizo la humilde Madre un cántico de alabanza por el Bautismo que había recibido, y postrada ante su Hijo santísimo le dió por él afectuosísimas gracias.

Continuaba Jesús enunciando á los pueblos el reino de los cielos, y fué convidado con su Madre y sus discípulos á unas bodas que se celebraron en Caná de Galilea. Asistieron, pues, á la boda; la Virgen estaba sentada al lado de su Hijo, y conoció que les faltaba el vino, y tratando de evitar el compromiso en que se hallaban sus parientes, dijo á su Hijo: «No tienen vino». «Mujer, ¿qué me toca á mí, y á tí? Aún no es llegada mi hora». La gran Señora se dirigió á los criados y les dijo: «Haced lo que mi Hijo ordenare». Mandó Jesús á los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias, y convirtió el agua en excelente vino. Á vista del milagro muchos creyeron que era el verdadero Mesías, y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnaum. Acompañóle su Madre, y los dos iban á pié en todas las jornadas; y en todos tiempos sin diferencia, sufriendo la piadosa Señora fatigas y dolores inexplicables. Asistía la Madre á todos los sermones

que predicaba su divino Hijo, y estaba de rodillas durante el sermón, dando sola ella la reverencia y culto que se debía á la Persona y á la doctrina. Y porque conocía las operaciones del alma santísima de su Hijo, que al mismo tiempo que predicaba, estaba orando al Padre interiormente, para que la semilla de su santa doctrina cayese en corazones buenos y diese fruto de vida eterna, hacía la divina Madre esta misma oración y peticiones por los oyentes de su divino Maestro, y les daba las mismas bendiciones con ardentísima caridad y lágrimas.

Á todos los discípulos que seguían al Salvador, y Su Majestad recibía para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduría y prudencia, y á los que fueron señalados para apóstoles tenía en mayor veneración y aprecio: pero de todo cuidaba como Madre, y á todo acudía como poderosa Reina, procurándoles para la vida corporal la comida; y para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora más de lo que se puede comprender, no sólo en las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacía por ellos; pero con el ejemplo, consejo y

advertencias que les daba, los alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Cuando se hallaban los apóstoles y discípulos con alguna duda, ó sentían alguna oculta tentación, luego acudían á la gran Señora para ser enseñados y aliviados con aquella incomparable luz y caridad que en ella resplandecía; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente recreados y consolados. Con su sabiduría quedaban enseñados y doctos, con su humildad rendidos, con su modestia compuestos; y todos los bienes juntos hallaron en ella.

Seguían también á Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres que le acompañaban y servían. Disponíalo así su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre santísima tuviese compañía con ellas con la mayor decencia, de estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina, y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas á los sermones de su Hijo santísimo. Y aunque estaba ilustrada en la doctrina del Evangelio, con todo se valía siempre de lo que todos habían oído á su Hijo santísimo, y con esto daba principio á las exhortaciones y

pláticas que hacía á estas mujeres y otras muchas que en diferentes lugares iban á Ella. Fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo, y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabra, sino que con ejemplo las enseñaba á usar y ejercitar la piedad, visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos; curando por sus manos propias á los llagados, consolando los tristes, socorriendo á los necesitados; con sus oraciones y pláticas privadas hizo mayores conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

Al salir por última vez Jesús de Nazareth acompañado de su Madre santísima, de los apóstoles y discípulos que tenía y otras santas mujeres, confesó al Eterno Padre y le dió gracias en cuanto hombre, porque en aquella casa y lugar había recibido la forma y ser humano, que por el remedio de los hombres ofrecía la pasión y muerte que iba á recibir. Al mismo tiempo conformándose María con su Hijo, oró al Eterno Padre, y en su interior decía: «Dios altísimo y Padre de las misericordias, te

alabo y glorifico eternamente, porque en este lugar, después de haberme criado, tu dignación hizo brillar más tu bondad, levantándome á ser Madre de un unigénito, se ha dignado éste tenerme en su compañía tan deseable treinta y tres años, que he gozado con las influencias de su gracia y magisterio de su doctrina, que ha iluminado el corazón de tu sierva. Hoy, Señor y Padre Eterno, desamparo mi patria, y acompaño á mi Hijo y mi Maestro por tu divino beneplácito, para asistirle al sacrificio, que de su vida y ser humano se ha de ofrecer por el linaje humano. No hay dolor que iguale á mi dolor, pues es de ver al Cordero que quita los pecados del mundo entregado á los sangrientos lobos; al que yo di el ser humano en mis entrañas, entregado á los oprobios y muerte de cruz; y borrada con la fealdad de los tormentos la hermosura de su rostro! Oh si fuera posible que recibiera yo las penas y dolores que le esperan y me entregara á la muerte para guardar su vida! Recibe, Padre Altísimo, el sacrificio que con mi Amado te ofrece mi doloroso afecto para que se haga tu santísima voluntad y beneplácito.» Con esta disposi-

ción salieron de Nazareth los Reyes de cielo y tierra y prosiguieron su jornada para Jerusalem, donde había de padecer Jesús en la primera Pascua, que sería para Su Majestad la última. Y según que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salud de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo; resucitó á Lázaro, alabó á la Magdalena que le ungió los pies y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, que llenó toda la casa de fragancia; aquí empezó la perdición de Judas por su avaricia. Por otra parte la Madre piadosa también hizo mayores beneficios á los hombres, haciendo muchas peticiones, reduciendo muchos al camino de la vida, curando á los enfermos, visitando á los pobres y afligidos, ayudándoles en la muerte, sirviéndoles con su misma persona, especialmente á los más desamparados, llagados, y doloridos: y á más á Judas, que sabía que había determinado vender á su divino Hijo, le propuso su formidable peligro, y le pidió mudase de intento; y si tenía enojo contra su Maestro, tomase contra ella la venganza, que sería menor mal. Y para saciar la co-

dicia de aquel avariento corazón, le ofreció algunas cosas que para este intento había recibido de mano de la Magdalena.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, veo tu cuidado, y emulación santa de la gran dicha de los discípulos de mi Hijo santísimo, y más de San Juan mi siervo y favorecido. Cierto es, que yo le amé especialmente, porque era purísimo y candidísimo como una sencilla paloma, y á los ojos del Señor era muy agradable por esto y por el amor que me tenía. Este ejemplar quiero que te sirva de estímulo para lo que deseo que obres con el mismo Señor y conmigo. No ignoras, carísima, que yo soy Madre purísima, y que admito y recibo con maternales entrañas á todos los que con ferviente y devoto afecto quieren ser mis hijos y siervos de mi Señor; y con los impulsos de caridad que Su Majestad me comunicó, los abrazaré y seré su interesora y abogada.



CAPÍTULO XXXIV.

De la institución del Santísimo Sacramento.

LLEGÓ el jueves, víspera de la pasión y muerte del Salvador, y este día, antes de salir la luz, llamó al Señor á su amantísima Madre, y ella, postrada á sus piés, le dijo: »Hablad, Señor y Dueño mío, que vuestra sierva oye.» Levantóla del suelo y la dijo: «Madre mía, llegada es la hora determinada por la eterna sabiduría de mi Padre para obrar la redención humana, que me encomendó su voluntad santa, razón es que se ejecute el sacrificio de la nuestra, que tantas veces hemos ofrecido. Dadme licencia para ir á padecer y morir por los hombres. Y como vuestra voluntad dió el *Fiat* para mi encarnación, quiero que le deis ahora para mi pasión y muerte de cruz; y el sacrificarme de vuestra voluntad á mi Eterno Padre será el retorno de haberos hecho

Madre mía; pues él me envió para que por medio de la pasibilidad de mi carne recobrase las ovejas perdidas de su casa, que son los hijos de Adán.» Estas palabras traspasaron el corazón de la divina Madre, y venciendo su invencible pena, se postró á los piés de su Hijo, y besándolos con suma reverencia, le dijo: «Señor y Dios altísimo, esclava vuestra soy; aunque sois hijo de mis entrañas, razón es que este vil gusanillo sea reconocido y agradecido á vuestra liberal clemencia, y obedezca á la voluntad del Eterno Padre y vuestra. Yo me ofrezco y resigno á su divino beneplácito, para que en mí, como en Vos, se cumpla y ejecute su voluntad eterna y agradable. El mayor sacrificio que puedo yo ofrecer, será el no morir con Vos, y que no se truequen estas suertes; porque el padecer en vuestra imitación y compañía será grande alivio de mis penas y todas dulces á vista de las vuestras. Oh Hijo mío, dad fortaleza y virtud á vuestra affligida Madre, y admitida por vuestra discípula y compañera, para que participe de vuestra pasión y cruz, y con vuestro sacrificio reciba el Eterno Padre el mío como Madre

vuestra.» Luego le pidió licencia para proponerle otra petición, y obtenida, dijo: «Amado de mi alma, no soy digna, Hijo mío, de lo que anhela mi corazón pedirlos; pero Vos, Señor, sois aliento de mi esperanza, y en esta fe os suplico me hagais participante (si sois servido) del inefable Sacramento de vuestro sagrado Cuerpo y sangre, como teneis determinado de instituirle por prenda de vuestra gloria, para que volviendo á recibirlos en mi pecho, se me comuniquen los efectos de tan admirable y nuevo Sacramento. Volved, pues, Señor y Bien mío, á la primera y antigua habitación de vuestra Madre, de vuestra amiga, y vuestra esclava, á quien para recibirlos en su vientre hicísteis Inmaculada y exenta del común contagio. En mi pecho recibiré ahora la humanidad que de mi sangre os comuniqué, y en él estaremos juntos con estrecho y nuevo abrazo que aliente mi corazón y encienda mis afectos, para no estar de Vos jamás ausente.» Su Majestad la respondió: «Que la daría la Comunión que le pedía, en llegando la hora de celebrar su institución. Desde luego la purísima Madre hizo grandiosos actos de humildad, agrade-

cimiento, y viva fe, para estar preparada para la deseada Comunión de la Eucaristía».

Mandó el Salvador á los santos ángeles de su Madre santísima que la asistiesen en forma visible para ella, y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Ordenóle también á la gran Señora que en partiendo Su Majestad á Jerusalem con sus discípulos, ella la siguiese por algún breve espacio con las mujeres santas que venían acompañándoles desde Galilea, y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrían, viéndole padecer y morir con tantas ignominias, y muerte de cruz afrentosísima; finalmente la dió su bendición.

Despedidos los dos con tan gran dolor, salió el Salvador de Betania para la última jornada á Jerusalem el jueves, que fué el día de la cena, poco antes de medio día, acompañado de los apóstoles que consigo tenía. En seguimiento del Autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de la Magdalena y de las otras mujeres santas que asistían y seguían á Cristo Nuestro Señor desde Galilea. Y como

el Divino Maestro iba informando á sus Apóstoles, y previniéndoles con la doctrina y fe de su pasión para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le viesesen padecer, así también la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo á su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesesen morir á su Maestro.

Proseguía su camino para Jerusalem nuestro Redentor, y los discípulos le preguntaron donde quería celebrar la Pascua del cordero; respondióles el divino Maestro, enviando á San Pedro y á San Juan, que se adelantasen á Jerusalem, y preparasen la cena en casa de un hombre donde viesesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Fueron luego los dos Apóstoles, y con las señas que llevaban, pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida, para celebrar la gran solemnidad de los Ázimos, que así se llamaba aquella Pascua. Aquel padre de familias ofrecía su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una

sala muy grande, colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía.

Prevenido todo, llegó Su Majestad á la posada con los demás discípulos; y en breve espacio fué también su Madre con su congregación de las santas mujeres que le seguían; y luego la humildísima Reina, prostrada en tierra, adoró su Hijo santísimo y le pidió la bendición y la mandase lo que debía hacer. Ordenóla Su Majestad se retirase á un aposento de la casa, y allí estuviese á la vista de lo que la Divina Providencia había determinado hacer aquella noche, y que confortase y diese luz á las mujeres que la acompañaban, de lo que convenía advertirlas. Nuestro Salvador entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce Apóstoles y otros discípulos, y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley, sin faltar á cosa alguna de los ritos, que Él mismo había ordenado por medio de Moisés.

Acabada la cena legal, se levantó Cristo Nuestro Señor para lavar los piés á los Apóstoles; empezó por San Pedro y concluyó con Judas. Concluido el lavatorio de los

piés se sentó el Salvador en medio de los discípulos, les hizo aquel gran sermón, que refiere el evangelista San Juan, y después de haberles enseñado y amonestado, mandó Su Majestad preparar otra mesa, la que cubrieron con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme á la voluntad de Cristo nuestro Salvador. El dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Sentóse á la mesa, Cristo nuestro Bien, con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos, y pidió le trajesen pan cenceño sin lavadura, y púsole sobre el plato; y vino puro, de que preparó el cáliz con lo que era menester. Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima á sus Apóstoles, oró al Eterno Padre, tomó en sus manos venerables el pan que estaba en el plato; levantó los ojos al cielo, y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido transubstancialmente en su verdadero cuerpo; y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz, convirtiéndole en su ver-